



ÚNA FINGAL

En
sueños
fue

zafiro

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

I

II

III

IV

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

Biografía

Referencias a las canciones

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

1920. Paul Clermont, noble de gran fortuna y pianista famoso, vive amargado y recluido en su *château*, en pleno bosque a las afueras de París. Un día aparece una mujer inconsciente cerca de su propiedad. Al despertar, la joven no recuerda nada de su pasado, ni siquiera su nombre, así que Paul decide llamarla Bluebell, por la campanilla azul que lleva prendida en el cabello.

La atracción entre ellos se va haciendo incontrolable, pero ella debe cumplir la promesa de no tratar de verlo, porque de lo contrario, él ya no podría volver junto a ella. Hasta que Bluebell cae en sus brazos una noche entre brumas. A pesar de los impresionantes encuentros nocturnos, los días resultan aburridos y Bluebell va rompiendo las normas, lo cual acarreará la desgracia del señor del *château* y provocará la separación de los amantes.

Cuando Bluebell recupera la memoria todo ha cambiado de un modo desastroso. A pesar de reconocer cuanto la rodea, se siente extraña a todo. Y el anhelo por su amado la consume.

¿Podrá el amor vencer las barreras insalvables trazadas más allá de la razón? Tal vez el eco de la música podría servir de guía para ir tras el rastro de las campanillas azules.

EN SUEÑOS FUE

Úna Fingal

zafiro 

I

Los nervios de Paul Clermont sólo podía percibirlos Oliver Mercier, su representante. Las manos agarrotadas en un prieto puño mientras aguardaba en capilla el momento de salir al escenario eran signo de ello. Tras el telón, el bullicio contenido de un público expectante.

—Vas a arrasar, amigo, ¡ve!

Oliver lo empujó y, de pronto y sin remedio, se vio ante el piano de cola en mitad de un escenario oscuro. Intuyó el auditorio abarrotado de elegantes damas y caballeros y pudo oír sus excitados murmullos. Imaginó el rumor del telón al alzarse con sigilo y la explosión de luz con el encendido de focos. El público, impaciente, se removía en sus asientos. Paul Clermont, prestigioso compositor y concertista, comparecía ante ellos tras una larga ausencia para obsequiarlos en cuerpo y alma con el derroche de su talento.

Sentó su largo cuerpo ante el piano y dispuso las manos para la ejecución. Cerró los ojos, pero sus dedos permanecieron inmóviles, el estómago pinzado propició perlas de sudor en su frente, unos mechones rubios cayeron sobre ella, abrió los ojos, miró sus dedos paralizados, se sintió aplastado por el recinto y se vino abajo, más abajo del suelo. Oliver, incrédulo y preocupado, se destrozaba las uñas entre bambalinas. El telón se elevó, Paul miró las siluetas del público en penumbra, los rostros, y oyó toses ansiosas, cuchicheos, respiraciones y aplausos cohibidos. Se levantó. Los focos se encendieron, sus ojos azules deslumbrados centellearon bajo la máscara. Nadie sabía nada, nadie pudo verlo. El público sólo pudo contemplar unas anchas espaldas con el rostro inclinado, se había dado media vuelta.

—Lo siento —musitó abandonando el escenario.

Una nube de murmullos estupefactos se elevó por encima del auditorio.

La pálida máscara que cubría la mitad de su rostro refulgió a su paso veloz por las tenebrosas bambalinas.

Oliver corrió tras él hasta alcanzar el camerino mientras sorteaba a los incrédulos empresarios que exigían explicaciones mediante un desganado «después». Sonó el golpe de la puerta al cerrarse, pero se abrió de nuevo dando paso a Oliver, que agarró a Paul por el hombro y lo obligó a levantarse. Lo increpó con un zarandeo:

— ¿Qué demonios has hecho? ¡Vuelve ahí y da tu maldito concierto!

—No es posible...

—Pero ¿por qué me haces esto?

—Lo siento, fue una mala idea; nunca debería haber aceptado. No puedo.

—¿Sabes lo que te espera a partir de ahora? Yo te lo diré, el ostracismo hasta en el café teatro más pestilente. Jamás podré conseguirte nada. Te arruinas tú y me arruino yo.

—No te molestes, Oliver. Déjame solo, por favor.

Mercier miró a su representado en el colmo de la desesperación.

—Por favor... —insistió Paul sin fuerza, dándole la espalda.

Oliver, impaciente e irritado, recorrió varias veces la habitación. Al final, se detuvo tras él y le habló con rabia reprimida:

—Ella no volverá, pero, a diferencia de ti, su fama no hace más que aumentar...

Paul no se movió, se diría que ni siquiera respiraba. Se produjo un silencio pesado en el que su espalda parecía contener el estallido de un volcán. Todo se había detenido en aquella habitación, incluidos los latidos de ambos corazones. Tal vez por eso, la voz de Paul sonó estremecedora cuando surgió de las profundidades de su cuerpo inclinado:

—No te atrevas a nombrarla.

—Hoy en día comprendo por qué te abandonó... No hay quien conviva con esa amargura...

La voz de Oliver se interrumpió mientras su rostro quedaba preso del estupor con el cuello atrapado bajo el férreo puño de Paul. Incapaz de respirar o moverse, sólo podía sentir su animalidad fuera de control. Se había girado veloz cual saeta, los ojos llameantes como ventanas del infierno, el rictus salvaje, la media máscara arrugada como el hocico de un lobo a punto de lanzar una feroz dentellada. En la habitación retronó la voz más cavernosa y terrorífica:

—No te atrevas a nombrarla, he dicho...

Lo alzó y luego lo dejó en el suelo como un guiñapo.

—Pensabas que nunca descubriría lo vuestro... —añadió.

Paul se acercó con la mirada de un perturbado, pisó el pecho de Oliver y con ambas manos alzó un busto de mármol que iba directo a aplastar la cabeza del hombre. En ese momento irrumpieron los empresarios del teatro:

—¿Qué hace, monsieur Clermont?... ¡Por Dios, no!

A duras penas lograron aplacar su acción. Más humillado que lesionado, Oliver se retorció y tosía en el suelo, aun así, consiguió gemir una amenaza:

—Lo vas a sentir.

Paul abandonó la habitación con el desprecio en la mirada y una última frase para él:

—Lo único que siento es repugnancia.

Y se fundió en la nada como un soplo de aire cansado. Como el soplo de aire cansado que exhaló ahora para desprenderse de aquel recuerdo tormentoso y volver a la realidad.

Paul Clermont, solo y amargado en su casa de las afueras de París, más allá del bosque de Boulogne, rodeado por la frondosidad de la naturaleza incivilizada, hacía más de un año, tal vez dos, que ni salía ni recibía a nadie. Había cortado todo contacto con la sociedad y ni siquiera respondía a las

notas y a las invitaciones, cada vez menos frecuentes, de sus conocidos. Había descuidado su aspecto, fuera de cualquier convencionalismo. Su cabello rubio sobrepasaba de largo los hombros, su poblada barba alcanzaba el pecho; de este modo, ocultaba buena parte de su rostro sin necesidad de ir medio enmascarado. En cuanto a Oliver y Harrietta, era como si se los hubiese tragado la tierra, no había vuelto a saber de ellos.

Tampoco había tocado más el piano desde el concierto fallido. Componía melodías en su mente y las anotaba sobre partituras sin ejecutarlas, escribía poemas y leía. Desde aquel día, era el hombre más solitario y triste sobre la faz de la tierra. Un ser huraño al decir de una sociedad que, con cada día transcurrido, lo enterraba más en el pozo del olvido.

En efecto, jamás se dejaba ver por nadie a excepción del matrimonio Allard, su médico y su administrador. Solía internarse en el bosque para dar largos paseos con sus perdigueros, tumbarse bajo el sol y contemplar el discurrir de las nubes. Los Allard atendían la casa y sus necesidades con exquisita discreción y lealtad, mientras el tiempo parecía transcurrir a una velocidad distinta en el *château* que en el resto del mundo.

Una lluviosa mañana de otoño sonó la campana de la puerta principal. Cuando la señora Allard abrió, ante ella apareció una hermosa joven pálida y delgada, de grandes y luminosos ojos verdes como esmeraldas. Vestía atuendos y complementos propios de una dama estafalaria: el corte de las ropas de encaje y seda, en tonos grana y negro, no era común; calzaba unas bastas botas, como si las hubiera tomado prestadas a un militar. Su expresión aturdida llamó hasta tal punto la atención del ama que le permitió entrar. No bien hubo puesto un pie en el interior, a la muchacha se le doblaron las rodillas. La mujer, asustada, pidió la inmediata comparecencia de su señor:

—Monsieur, monsieur, venga rápido, por favor.

No bien Paul Clermont hubo aparecido, la extraña sufrió un desvanecimiento. El hombre relevó a su sirvienta de inmediato y sostuvo a la joven en sus brazos. Lo sorprendió su fragilidad, y el peso liviano como de pluma sobre sus músculos lo conmovió. Cayó el capuchón y unos bucles de color rojo ardiente como la puesta de sol se expandieron por doquier. De entre ellos, brotó desprendida una campanilla azul, que danzó leve y graciosa en su viaje hasta los suelos. Un suave aroma a violeta y bergamota emanaba de cada cabello y cada poro de aquella hermosa desconocida, y el hombre sintió su poderoso influjo penetrar hasta el fondo de su ser.

—Ya me ocupo yo, que René traiga al doctor Baudin. Parece herida, tiene sangre en un costado. Rápido.

Con suma delicadeza, posó a la dama sobre los mullidos almohadones de una *chaise longue*, la cubrió con una colcha y avivó el fuego de la chimenea. No sabía qué más podía hacer excepto dar vueltas por la sala y alrededor de sí mismo. Cuando por fin se presentó su amigo, el doctor Baudin, le pareció que había transcurrido una eternidad.

Julien Baudin comprobó que la herida del costado era superficial y no revestía gravedad. Palpó las sienes de la joven y el pulso de cuello y muñecas, después balanceó suavemente su cabeza y, para concluir, le separó los párpados y examinó las pupilas. A continuación, meditó un momento, profirió un carraspeo y extrajo de su maletín un frasco opaco, lo destapó y dispuso el boquete bajo la nariz de la muchacha, que tosió y abrió los ojos asustada. Paul huyó hacia uno de los corredores y la joven volvió en sí.

El doctor tranquilizó a la dama y tiró de la cuerda de la campana. En cuanto apareció la señora Allard le pidió que trajera un consomé con huevo y algo de ave. La mujer no tardó nada en regresar con la comida y un buen vaso de leche. Se lo dieron a la joven, que lo devoró al mismo tiempo que murmuraba frases inconexas suplicando que la dejaran marchar. Acabó con el vaso de leche de un solo trago y se durmió. El doctor comprobó su plácida respiración

y fue en busca de Paul. Lo encontró en la mesa de la biblioteca, semiescondido tras una pila de libros.

—¿Qué tiene? —preguntó nervioso.

—Hambre —afirmó con rotundidad el doctor.

—¿Y la herida?

—Nada preocupante, un rasguño.

—¿Y ahora qué?

—Eso digo yo. No puede esconderse toda la vida, amigo mío.

Paul, furioso, tiró los libros de un manotazo. Por un momento, Baudin divisó parte de su rostro deformado por una cicatriz que surcaba su mejilla izquierda, desde la oreja hasta la boca, y dejaba el ojo parcialmente cerrado.

—Sabe que... —empezó.

—Sé, ¿qué? ¿Qué va a decirme? ¿La piadosa cantinela de siempre? ¿Que puedo operarme? Ahórreselo, esto no lo arregla nadie...

—La cirugía reparadora ha avanzado muchísimo en los últimos años...

—¡A costa de fabricar fenómenos de feria!

—El cirujano de Viena al que lo envié...

—¡Hágame el favor de olvidarse de mí y...!

Ambos guardaron silencio un denso momento, tras el cual Paul inspiró profundamente y tomó la palabra de nuevo:

—Bueno, y ahora, ¿qué hago con esa criatura?

—Cuidarla. Deberá permanecer aquí, al menos hasta que averigüemos su identidad y podamos encontrar a su familia.

—¿Se encarga usted de todo, Baudin?

El médico adoptó una expresión entre sorprendida y molesta.

—Por favor —añadió el arisco anfitrión.

El doctor Baudin distendió su severa expresión y asintió con la cabeza:

—De acuerdo. Yo haré averiguaciones y trámites, mientras usted cuida de la pobre dama. Los iré visitando periódicamente.

—Daré las instrucciones precisas a la señora Allard y yo me trasladaré a la

torre mientras ella esté aquí.

La torre era un espacio prohibido a cualquiera. Tan sólo a René Allard, al doctor y al administrador se les permitía cruzar la pesada cancela enclaustrada en el muro. Construida como prolongación de la planta del *château*, lo separaba en sus dos alas y se había aislado de éste mediante el muro. El único acceso al interior se había previsto a través del enrejado. Era un lugar lóbrego y angosto, más parecido a una mazmorra, con escalones en espiral ascendente esculpidos en la roca. Arriba, en la zona habitable, los ventanales se habían cubierto con pesados cortinajes y tapices. En cuanto a la iluminación, se proveía a base de antorchas y candelabros. Las paredes aparecían cubiertas de libros; a la derecha, una hermosa mesa donde no faltaban papeles, cartapacios y todo lo necesario para escribir; al fondo, un piano pegado a la pared, junto al cual se abría un umbral que daba paso a las otras dependencias: un dormitorio, un gran y lujoso baño y un corredor despejado, rematado por un pequeño tramo de escalones que conducía a las almenas.

Tras la charla con su amigo, el doctor regresó al salón, donde la paciente había despertado. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos y asustados.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? —musitó.

—No debe temer nada, está en buenas manos. Soy el doctor Baudin, y voy a tratarla hasta obtener su recuperación. Se encuentra usted en casa de monsieur Clermont, ¿vino porque lo conoce?

—No, no lo conozco. No sé qué hago aquí... Vine a pedir auxilio. Ayúdeme.

—Bien, si quiere que la ayude, lo primero que debe hacer es tranquilizarse. Dígame, ¿cómo se llama?

—No lo sé... No sé quién soy, señor..., doctor.

—De acuerdo, no se preocupe. ¿Qué ocurrió? ¿Sufrió un accidente?

—No lo sé

—¿Recuerda algo?

—Sólo que desperté sobre una alfombra de campanillas azules, rodeada

por infinidad de ellas, entonces entré en el laberinto y conseguí salir a la avenida y hallar la puerta principal y...

El doctor levantó una ceja y se rascó la perilla.

—Bien —reflexionó—. Veamos, tal vez lleve una identificación en la faltriquera, ¿me permite?

El médico tomó la bolsa de la joven y, a medida que registraba, su ceño se fruncía. No halló ningún billetero, ninguna tarjeta, ni dirección, ni seña alguna, sólo un pañuelo de encaje con la inicial «J» bordada en grana. Observó desgarros en el talle, el dorso y una sisa del vestido. También advirtió que era portadora de excéntricas joyas, no le faltaba de nada y, sin embargo, parecía haberlo perdido todo.

—¿Qué letra es ésta? —señaló el pañuelo con el dedo.

—Una jota...

—¿Le dice algo?

La joven se encogió de hombros.

—Tal vez pertenezca a su nombre de pila... Justine, Josephine, Juliette, Jeannine... Quizá... ¿Joan? ¿Judith, Joyce...?

—¿Cómo voy a saberlo? —prorrumpió ella en un llanto desolador.

Entonces apareció el ama.

—Monsieur Clermont ha dispuesto su alojamiento con el mayor confort, *madeimoselle*. Cuando el doctor lo permita, la conduciré a sus aposentos.

—Gracias, Sophie. Ella es Sophie Allard, el ama de monsieur Clermont. Bien, Sophie, mi recomendación es que la acomode ahora mismo. Señorita, debe descansar. Duerma, duerma mucho y olvide cualquier temor. Le doy mi palabra de que aquí estará muy bien atendida y pronto se repondrá. Déjese cuidar y verá cómo todo se arregla. Le prescribiré un tónico a base de manzanilla, romero y azahar en tisana. Debe tomarlo tres veces al día.

Sophie Allard asintió con un contundente gesto de la cabeza.

—¿De acuerdo, jovencita? Bien, también voy a dejar escritas instrucciones para monsieur Clermont, ¿será tan amable, Sophie?

El ama cruzó los brazos bajo el orondo busto, como ofendida ante la duda, a la par que de nuevo asentía mediante un ostensible ademán. Antes de acabar la redacción de su nota, el doctor encontró a René Allard a su espalda, pendiente de sus disposiciones.

—Yo le serviré, doctor, con permiso —dijo.

Tomó el informe junto con el pañuelo y se alejó silencioso como un espectro. Entonces, su esposa, tras una ligera inclinación, se llevó consigo a la confusa huésped. El doctor elevó un poco la voz para despedirse sólo del vacío:

—Volveré dentro de unos días.

La señora Allard condujo a la joven hasta una espaciosa y confortable habitación del piso superior, donde grandes ventanales proporcionaban una agradable claridad. La cama, con dosel, ambos revestidos por bellos ropajes de raso, chiflón y muselina, parecía confortable. Tanto como las paredes pintadas de azul pálido y salpicadas por diminutas flores blancas y rosadas, los lujosos tapices y las alfombras persas, el hogar crepitante, un armario enorme y un tocador fascinante al que no le faltaba ningún detalle. Sin duda, lo más deslumbrante de éste era su espejo, nada habitual. Ocupaba la pared al completo y un mueble de madera surgía de él como pieza empotrada, la distinguida moldura labrada en hojas y flores unidas por ópalos y rubíes resplandecía. Un pequeño buró con recado de escribir completaba el conjunto.

—Gracias —murmuró—, es muy bonita.

—Fue el salón de música. Madame Clermont, la esposa del señor, cuidaba hasta del último detalle con un gusto exquisito. Pero, sin ella, monsieur Clermont no lo quiso ver más, se deshizo de todo y sólo conservó el espejo. La destinó a cuarto de invitados. De hecho, los dos pianos de la casa se salvaron, por intercesión de René y del administrador.

—¡Oh! ¿Qué ocurrió? ¿Madame Clermont murió?

—No. Lo abandonó.

La joven se llevó una suave y delicada mano al pecho y otra al rostro, enrojeciendo avergonzada.

—Lo siento, no debería haber supuesto nada. Por favor, no piense que...

—Yo no pienso nada, madeimoselle. Usted descanse y repóngase. Mañana vendré a despertarla.

—Gracias.

—En el armario encontrará ropa de su talla y cuanto necesite. Son prendas que coso y a veces llevo a la mercería para intercambiar por lazos, gorros, hilos y telas. Es mi pasatiempo, ¿sabe? Si precisa de cualquier otra cosa, tire de ese cordón.

—Muchas gracias, dígame al señor que lo siento. Mañana se lo diré yo misma.

—Mañana no lo verá.

—¿Cuándo, entonces?

—Nunca.

Tras esa información, la mujer abandonó la estancia mientras la misteriosa dama quedaba desconcertada y asustada.

Fue incapaz de conciliar el sueño. Durante horas oyó ruidos y crujidos, pasos que se acercaban a la puerta, se detenían y huían en precipitada carrera. Para colmo de males, la luz de la luna se colaba entre los árboles y la maleza circundante y proyectaba amenazadoras sombras troqueladas. Los lobos aullaban intranquilos, se los podía oír con claridad en el silencio de la noche. Y una perturbadora imagen sin sentido emergía con fuerza: un velo blanco ingrávido fluctuaba en el aire con la suavidad de una pluma, pero, al alcanzar el azul manto de campanillas, se tornaba rojo y un río de sangre se extendía a su alrededor. Sobrecogida por la desazón, su corazón se desbocaba, le faltaba el aire y el sudor la empapaba por completo. En este estado la encontró por la

mañana Sophie Allard, que, compadecida, se esmeró como si de su propia hija se tratase.

—Sólo ha sido una pesadilla, querida. Olvídela, ahora tomará un baño, un buen almuerzo, y saldremos a pasear. Le mostraré los alrededores. Yo me ocupo.

La joven, aún temblorosa e incapaz de pronunciar una sola palabra, la siguió cual desvalido corderillo.

Monsieur Clermont espiaba agazapado tras la verja, tímido y precavido, como si de un enorme niño pequeño se tratara. Así, las vio cruzar el corredor en dirección a la puerta de acceso al jardín, situada al fondo del ala este. La extraña, vestida de raso celeste, se desplazaba mediante gráciles pasos y parecía avanzar suspendida en el aire, impelida a capricho del viento, errática... ¿Quién era? ¿De dónde venía? ¿Qué le había ocurrido? Su amigo Baudin la suponía bajo los efectos de una dolencia denominada amnesia, sobrevenida a causa de un *shock*. La consecuencia era el bloqueo de cualquier recuerdo, incluida la memoria de su origen e identidad. Para ayudarla habría que proporcionarle afecto y ser pacientes, porque sólo con la serenidad de espíritu precisa sería capaz de recuperar la luz en la zona de su cerebro ahora cubierta por tinieblas. Pensar en ello lo irritaba, ¿por qué había ido allí a alterar su paz? Sin embargo, aquella embrujadora fragancia a bergamota y violeta logró permanecer tras ella cuando ya había desaparecido, arrebató los sentidos y el alma del hombre, que se aplacó y se turbó al mismo tiempo. En efecto, era hermosa y perturbadora, como un raro haz luminoso capaz de romper la profunda oscuridad en la que él existía.

En el exterior, un laberinto daba forma a la arquitectura del paisaje, esculpido a partir de frondosos rosales, camelias, lirios del valle y magnolios. Se trataba de un recinto de grandes dimensiones, y se podían dedicar varias

horas a completar su recorrido. Muros formados por tupidos setos y arboledas lo circundaban: entre las especies se contaban castaños, manzanos, cerezos y robles. El conjunto lucía magnífico aquella mañana en respuesta a un sol espléndido, penetraba en la piel hasta alcanzar los huesos y procuraba al cuerpo ese bienestar que llega al alma. Refulgía el verdor dentro del laberinto, y, así, bajo su cálido abrigo, fue cómo la joven supo de algunas cosas interesantes sobre su anfitrión.

—A propuesta de monsieur Clermont, la llamaremos Bluebell hasta que pueda recordar su nombre. Llevaba una campanilla azul prendida en el cabello cuando llegó, dice que es por eso. ¿Tiene objeción?

—Bluebell... Sueño con un prado repleto de ellas...

—Hermoso sueño.

—No lo sé, siempre siento angustia y después sosiego, resulta extraño. ¿Hay algo parecido por aquí cerca?

—Antes de llegar al bosque umbrío, bajando una pequeña colina, tras bordear un pequeño lago, existe una porción de terreno donde crecen, un plácido y precioso mar azul..., cuenta la leyenda. Sólo es una historia de trovadores. No existe tal cosa, me temo.

—¿Qué más dice la leyenda?

—Dice que en las noches de luna llena no hay que pasear por el prado azul, porque los visitantes desaparecen sin que jamás se vuelva a saber de ellos.

—Estremecedor, dan ganas de pasear por él.

—¿Le gustan las historias fantásticas?

—Sí, eso creo.

—¿Y qué más le gusta?

—No lo recuerdo.

—Debe de ser frustrante, ¿verdad? Pobrecita... También para nosotros.

El rostro de la joven se torció en un gesto hosco.

—Estoy causando molestias.

—En absoluto, querida. Es usted bienvenida, no tema.

—Entonces ¿por qué no conozco aún a mi benefactor?

Sophie Allard pensó un instante antes de hablar.

—Monsieur es un caballero, aunque en ocasiones tiene mal genio su corazón es noble y profundamente bueno. Todo es a causa de una traición, debido a ella sufre mucho. —Chasqueó la lengua y frunció los labios—. No debo contar algo así. Procure no disgustarlo y todo irá bien.

—¿Cómo podría disgustarlo o no si no lo conozco ni sé nada de él?

El ama la miró de nuevo con sus ojillos grises y vivarachos, como intentando contarle mucho más.

—Tan sólo debe observar dos normas, querida. La primera: nunca se acerque a la cancela que conduce a la torre. Jamás, bajo ningún concepto. Recuérdelo.

—¿Y la segunda?

—La segunda se refiere al piano del salón: no lo toque.

—¿Por qué?

—Monsieur Clermont detesta la música.

—¿Cómo puede ser, si el doctor Baudin me dijo que es músico?

—Eso a usted no le interesa.

—Está bien, y a la cancela, ¿por qué no puedo acercarme?

La mujer miró un momento a la joven, como estudiando su alma.

—Porque son las dependencias privadas de monsieur Clermont, y no quiere ser molestado. Debe prometer que no merodeará. Si no va a ser capaz de mantener su promesa, más vale que se vaya ahora.

—No tema, madame, aunque me gustaría hablar con él para agradecerle su hospitalidad, no lo importunaré: espero poder regresar pronto adondequiera que sea de donde procedo.

La muchacha meditó un momento y añadió:

—Transmítale usted mis mayores respetos y mi gratitud.

—Le serán transmitidos, descuide.

Prosiguieron el paseo en silencio, cada una embebida en sus propios

pensamientos, hasta que, fascinada, la joven dama se detuvo para admirar el estanque central: el agua manaba de dos preciosos surtidores en forma de cisne, produciendo multitud de diminutos arcoíris con cada destello. Algunas carpas nadaban cerca de la superficie y varios patos se zambullían y aleteaban con estrépito.

—Es absolutamente maravilloso este lugar, creo que podría perderme por toda la eternidad —exclamó con entusiasmo.

—Estoy segura de ello —rio el ama—. Esta casa pertenece a la familia Clermont desde la antigüedad. El jardín fue diseñado hace más de dos siglos y no ha sufrido modificaciones. Hacía décadas que ya no se utilizaba como residencia principal, por lo tanto, ha estado deshabitada por mucho tiempo. Hará unos dos años, monsieur Clermont dejó su vida en París. Era un compositor y concertista muy reputado. Madame Clermont, su esposa, y él formaban un dúo de éxito, pero un buen día todo se torció y... él se refugió aquí. Desde entonces ni sale ni se deja ver.

—Qué pena —murmuró la joven.

Tras una breve pausa, cambió de tema.

—Me gustaría conocer los contornos, el exterior, la ciudad...

—Es absolutamente asombroso que no recuerde ni reconozca nada.

—Es como ser un fantasma, o un cuerpo sin alma ni corazón.

—Pero usted tiene sentimientos...

—No lo sé...

—Se asusta, se alegra, es amable conmigo...

—Quizá sí...

—Haremos una cosa: nos acompañará al mercado de los Niños Rojos el próximo día de compra, comeremos algo por ahí y daremos una vuelta. ¿Le apetece el plan, madeimoselle Bluebell?

La joven sonrió y aplaudió la idea. Cuando retomaron la andadura en sentido contrario, algo llamó su atención.

—¡Oh!

Se agachó y arrancó una campanilla azul que crecía solitaria en el margen donde los setos aislaban el recinto del resto de la campiña. René Allard la observó mientras recortaba un arbusto próximo.

—Parece que creces desde fuera —murmuró la joven, y acto seguido enredó la flor en su cabello.

—Siente fascinación por esas florecillas, no cabe duda —comentó Sophie.

Una repentina brisa provocó el revoloteo de los largos mechones de la joven, el sol les arrancó destellos rojizos y los elevó hasta la torre, donde hirieron los ojos azules como zafiros encendidos del hombre que observaba. En ese momento Paul comprendió muy a su pesar que la bella intrusa le gustaba más de lo que nunca admitiría. El tiempo se detuvo, sus movimientos se ralentizaron, cuanto la rodeaba pareció desaparecer y tan sólo el más hermoso rostro jamás contemplado, pleno de luz y vitalidad, fue visible para él. Le pareció un ser celestial llamado a rescatarlo de los abismos. Furioso, golpeó el cristal con su propia imagen reflejada y abandonó el lugar.

Siguieron días con sus noches, apacibles y algo aburridos, en palabras de la convaleciente, en los que procuró seguir los consejos del doctor y las advertencias del ama. Escribía en un cuaderno algunos pensamientos intrascendentes y se desesperaba por arrancar recuerdos desde el vacío. Una noche, regresaron los problemas para conciliar el sueño. Una tormenta había desatado su furia sobre el cielo y la tierra, las ramas de los árboles, azotadas, se rozaban y ululaban en modo tenebroso, las contraventanas chocaban entre sí y contra la pared con un molesto repiqueteo, el viento podría irrumpir en cualquier momento asolando la estancia, y los pasos acechantes regresaron. Podía oírlos con claridad, era como si proviniesen de la pared y, para colmo, le pareció que una voz susurraba su nombre: «Bluebell, Bluebell...». Sintió un escalofrío serpentear por su espalda y se arrebujó tanto como pudo bajo las

sábanas. Por fin el cansancio consiguió dormirla, pero tampoco reposó a causa de un extraño y vívido sueño. Reinaba el silencio y ella estaba en calma, oyó el gozne de una puerta al abrirse con suavidad y unos pasos adentrarse en la alcoba con sigilo, notó cómo se detenían junto a su lecho, cómo era contemplada, y también algo más: una cálida y tenue respiración sobre su rostro y su cuello, y una suave fragancia a piel envuelta en cuero y cedro. Sintió el poderoso deseo de abrazar esa presencia y posar los labios sobre aquella piel embriagadora, pero el cuerpo no le respondía, estaba dormida.

Despertó de repente, en medio de la oscuridad absoluta y el silencio total. La tormenta había cesado y ella había olvidado dónde se hallaba, hasta que poco a poco el contorno de la habitación se fue dibujando ante sus ojos y su mente recordó sólo dónde estaba y el sueño. Y el recuerdo del sueño la turbó. Mucho. Puso la mano sobre su pecho para acallar los latidos de su corazón desbocado y a continuación cayó en la nada de un sueño negro y espeso.

II

El doctor Baudin se acercó a la *chaise longue* y tomó asiento junto a su paciente.

—Degustaremos ese fantástico té de la señora Allard y charlaremos. Me complace verla más serena —comentó sonriente.

Cuando Sophie Allard sirvió unas aromáticas y humeantes tazas de oolong, Bluebell observó fascinada su delicada caída dorada sobre la porcelana de Sèvres. Luego posó la taza en sus labios rojos como las cerezas maduras con tal suavidad que al doctor le pareció que la cereza se abría por la mitad, como si ofreciera su máxima dulzura a la vida. Admiró su belleza en silencio.

—¿Le resulta evocador? —la animó.

—Es algo sutil, es como si... Es...

—Tomase esta clase de té habitualmente...

—En efecto, recuerdo este sabor y este aroma. Sí.

—¿Puede asociarlo con algún entorno? ¿Persona? ¿Color?

Ella se concentró de nuevo, pero al cabo de un instante la frustración le provocó un gesto contrariado.

—No, lo siento. Negro. Sólo veo oscuridad.

—Está bien, no es pequeño el avance. Ha logrado recordar que le agrada este sabor, y en el cerebro nada es casual, siempre una cosa conduce a otra mayor. Diferentes estudios en neurología afirman que nuestro cerebro es como una cebolla, cada capa está plena de información, las vivencias más antiguas permanecen en lo más profundo, desplazadas por las nuevas, que se mantienen en la superficie. A causa de un accidente pueden parecer borradas, pero no es así en realidad, porque siguen en el mismo lugar, la conmoción tan sólo las

enturbia, por eso no podemos verlas. Como cuando agitamos un vaso de agua, las ondas chocan unas con otras y parece que todo se enturbia, hasta que retorna la calma y el agua recupera su transparencia, de igual modo sucede en el cerebro. Ahora lo tiene agitado. Pero conseguiremos devolverle la calma.

—Oírlo resulta esperanzador, doctor. Muy esperanzador.

—Excelente, madeimoselle Bluebell. Bienhallado nombre, sin duda le hace justicia. Un nombre muy hermoso, como usted.

—¿Sabe? Me gustaría levantarme cada mañana y recoger un ramillete de ellas; llenaría la casa de ramilletes de campanillas... —ensoñó.

Julien Baudin posó su mano sobre la de Bluebell. Ella, ruborizada, bajó la mirada y la apartó. Entonces, pudieron oír con claridad una gran agitación proveniente del corredor, pasos y un fuerte golpe de la cancela al cerrarse con furia.

Dentro de la torre, Paul, ceñudo, se mostraba ansioso por recibir noticias de su huésped.

—Bueno, qué ha averiguado.

—Me temo que nada. Al menos en París, y en todo el departamento, no hay nadie que busque a una mujer de sus características. La gendarmería no tiene denuncias. Pero no tema, proseguiré con mis pesquisas.

—Qué contrariedad... Parece muy joven, ¿verdad?

—Unos diecinueve años, calculo.

—¿Y su amnesia?

—Algún leve progreso..., poco más. No se impaciente; debe comprender que por pequeño que sea...

—Sí, sí, supone un avance enorme y blablablá... Prosiga, por favor.

—Recuerda que un determinado té es su preferido, oolong.

—Bien, ¿qué más?

—Ha expresado su gusto por las campanillas azules.

Paul Clermont guardó silencio y se revolvió nervioso. De pronto se volvió y plantó cara a su amigo, tanto su mirada como su voz resultaron fieras:

—Lo sé.

—¿Cómo ha podido oírlo? —se arriesgó Julien.

—¿Cómo puede pretenderla, sabiendo...?

—¿Qué sé?

Ambos se midieron desafiantes, sólo un instante, tras el cual el doctor prosiguió con su informe:

—Me refiere dos sueños perturbadores. Uno sobre un tul blanco flotando en el aire que se tiñe de rojo, y otro sobre alguien que permanece a su vera por las noches...

Julien Baudin observaba las contenidas reacciones de Clermont, que le dio la espalda.

—¿Qué más? —repitió con un gruñido de su gruesa voz.

—De momento, es todo... Hum, ¿puedo hacerle una pregunta personal, Paul?

—No, no puede, pero hágala, va a hacerla de todos modos...

—¿Se ha enamorado de la chica?

La mitad izquierda del rostro de Paul, cubierta por una máscara de porcelana blanca, centelleó en la penumbra del salón cuando se volvió para encararse de nuevo con el doctor:

—¿Cómo se atreve?

—Si usted me dice que la ama, yo me retiro.

—¡¿Conque era eso?! ¡¿Conque era eso?!

—Aplaque su ira, amigo mío, se lo ruego, al menos conmigo. Nunca acometería nada desleal contra usted, ¿es que no lo sabe? ¿Cuántos años hace que nos conocemos?

—Perdóneme, Julien, perdóneme. Esto es muy difícil.

—Son veinte años, desde nuestra adolescencia... Hemos pasado una guerra

juntos, hemos sobrevivido... Esto no es muy difícil, sólo tiene que decidir que no lo es.

—Déjelo para otro día, se lo ruego.

—Atrévase a amarla, y luche por ella.

—Sabe que no puede ser.

—¿Y la dejará marchar así, sin que ella sepa nunca lo que siente su corazón?

—Yo no soy nadie para oponerme a nada. Ella es libre de hacer cuanto desee.

—¿Incluso de venirse conmigo a París?

Paul Clermont cerró un puño y golpeó la mesa.

—¡No me la arrebatará!

—¿Cómo iba a arrebatarle algo que no es suyo?

—Puede llevarla donde sea, cuando guste, si ella accede, pero...

—Pero...

—Responderá con su vida si le ocurre algo.

A partir de aquel día el doctor Baudin espació sus visitas. La rivalidad había desplazado a la amistad, y el resentimiento ocupaba el lugar del afecto. En cuanto a Bluebell, cada mañana, de modo invariable, encontraba un ramillete de campanillas azules junto a la puerta. Convencida de que la ofrenda provenía del doctor, así se lo comentó a Sophie cuando el ama entró a llevarle un nuevo traje. Jamás le faltaba de nada en aquel vestidor de ensueño.

—No, querida; las flores no se las trae el doctor.

—Entonces ¿quién?

La señora Allard la miró un instante como quien mira a un niño despistado.

—¿Quién cree usted que podría ser? ¿René?

Las mejillas de la joven se encendieron y enrojeció por completo.

—Monsieur Clermont —musitó.

Y sus ojos se iluminaron con tal intensidad que el ama parpadeó.

Cada momento de la vida de Bluebell en el *château* estaba rodeado o presidido por los más bellos detalles, la mesa donde comía siempre dispuesta de modo refinado con las mantelerías más delicadas, porcelanas, cuberterías y cristalerías distinguidas, sabrosos manjares y bebidas exquisitas. Se le permitía entrar a su antojo en la biblioteca y pasear por donde quisiera, siempre acompañada del ama. Todo era tan satisfactorio que Bluebell parecía haber olvidado no saber quién era. A pesar de ello, la curiosidad por conocer a su anfitrión era su mayor anhelo y su frustración en aquel momento. Solía protestar al respecto ante la señora Allard, que con mano diestra siempre la distraía hacia otros temas. Aquella mañana, como la mayoría, bajó la escalera canturreando una melodía que sólo ella conocía y entendía. El ama la aguardaba abajo para invitarla a acompañarlos al mercado. El trayecto fue un jolgorio para la muchacha, que apreciaba la frondosa floresta de los Altos del Sena como si la descubriera por primera vez. El ama pensaba que allí había un misterio insondable en el que tal vez fuese mejor no hurgar, al menos ella no quería saber nada. Le gustaba aquella joven vital, despreocupada y de fuerte carácter. Le gustaba mucho, y todo estaba bien como estaba.

A su llegada al mercado, René quedó en recogerlas tras el almuerzo, cuando él ya habría acabado su reunión con el administrador y los arrendatarios. Entonces las mujeres se dedicaron a pasar de un puesto a otro encargando toda clase de provisiones. Bluebell, excitada, no sólo se divertía, sino que mostraba una iniciativa y una aptitud experta que sorprendió gratamente al ama. La joven se había ganado su corazón y entre ambas se estableció una gran complicidad. Así, la jornada transcurrió apacible y divertida para las dos.

Comoquiera que nada ha de ser perfecto mucho tiempo, de improviso surgió el drama. Sophie Allard se había rezagado en un puesto de telas y preguntaba el parecer a su acompañante. Se extrañó al no obtener respuesta:

—Es como si estuviese hablando sola, madeimoselle.

Cuando se volvió, no la vio por ninguna parte y perdió los nervios. La llamó sofocada al principio, correteando entre la multitud, para acabar chillando por todo el mercado. La pobre mujer ni siquiera sabía lo que hacía hasta que un gendarme la detuvo para tratar de calmarla. Junto a él, un joven caballero también se interesó.

—Cálmese, señora, a un adulto se le encuentra enseguida. ¿Puede describirla? —pidió el gendarme.

—Muy joven, hermosa, pelirroja, piel muy blanca... Vestido negro, sombrero gris, de paja... Bluebell, de nombre —atropellada, el ama hacía la semblanza.

—He visto una dama parecida hace un momento, creo que sé dónde localizarla —intervino el joven caballero—. Por favor, aguarden aquí.

La divisó en la zona de los pajareros. Miraba en derredor, algo desorientada pero serena. Allí había aves exóticas, pajarillos silvestres y especies de cría, de manera que, junto a las voces de los vendedores, la algarabía resultaba ensordecedora.

—Perdone, señorita, ¿se llama usted Bluebell? —le preguntó con una luminosa sonrisa.

Al descubrirse apareció un oscuro cabello espeso y rizado. El joven de ojos azules como el cielo soleado y seductora sonrisa, al ver que ella lo miraba sorprendida y no respondía, insistió:

—¿Madeimoselle?

—¿Sí?

—¿Se ha perdido?

—No.

—Dispense, pero una mujer muy preocupada anda buscándola por todo el

recinto.

—Ohhhh, pobre ama, me despisté. Cuánto lo siento.

—No conoce este lugar, ¿verdad?

—No, no, creo que no.

—La llevaré junto a ella, ¿me permite?

Cuando el ama los vio aparecer, su rostro angustiado se distendió al momento, pero de sus labios surgió la ineludible regañina:

—Jovencita, no debe separarse de mí, lo sabe. Teníamos un trato.

—Sí, señora, me distraje con los pájaros, con sus cantos y su plumaje... No sé, perdí la noción del tiempo. Lo siento de veras.

—Bien, señoras, si todo está en orden, las dejo en buena compañía —se despidió el gendarme.

—¿Han almorzado?

El gentil joven sonreía de manera irresistible.

—Justo nos disponíamos a ello cuando... —respondió Sophie por las dos.

—Entonces, distinguidas damas, ¿aceptarían mi invitación?

—Aceptamos encantadas, amable caballero —de nuevo el ama decidió por ella y por Bluebell.

En la atestada fonda consiguieron una mesa decente y dieron buena cuenta de las apetitosas viandas, regadas con un buen cabernet y la agradable compañía de su nuevo amigo, que resultó ser un hábil conversador tan ocurrente como brillante. Se presentó como Achille Lapointe, artista pintor y bohemio que retrataba turistas en Montmartre y que pronto iba a exponer en la mejor galería de París de la mano de su mecenas.

Bluebell escuchaba con interés el divertido e ininterrumpido soliloquio del artista cuando sintió un repentino escozor en los ojos, seguido de un lagrimeo. Muy atento, el joven le tendió su pañuelo de seda, ella lo tomó y sus manos se rozaron un instante. Achille notó entonces ascender una bandada de mariposas desde su estómago hasta su pecho. Cuando la joven se alivió, trató de devolverle el pañuelo a su dueño.

—Nooo, quédeselo. Se lo regalo, así no me olvidará.

—Qué amable, Achille, muchas gracias. Me vendría bien, no crea, porque últimamente no recuerdo demasiadas...

Sophie soltó una oportuna risita que desvió el rumbo de la conversación.

—Descuide, caballero; se lo devolveremos limpio y perfumado la próxima vez que vengamos al mercado, y si no lo encontramos a usted, se lo dejaremos al mesonero. Sólo tendrá que venir aquí a por él... ¡Qué pena que no haya más galanes por el mundo! —dijo, y culminó su discurso con un suspiro.

—O también podría pasar yo por su casa para que puedan devolvérmelo en persona.

Bluebell y Sophie se miraron.

—Claro, claro —respondió esquivada Sophie Allard. De pronto, sus ojos se posaron sobre la hoja de papel que el joven rasgaba con un carboncillo—. Caramba, ¡qué bien la ha sacado en tan poco tiempo!

—Aaaaah, es fácil capturar la belleza de una criatura tan inspiradora como la que tengo ante mí, hermosa Bluebell.

La muchacha sonrió.

—Usted ha nacido para ser no sólo amada, sino venerada.

—Caramba, eso que dice resulta abrumador —se sonrojó la joven.

—Se lo dice a todas, querida, es un artista —intervino Sophie.

Achille hizo como que no la oía.

—Ah, el amor... Maravilloso estado, ¿ha conocido el amor, Bluebell?

Ella meditó un momento antes de responder.

—¿Y quién no lo conoce? El amor es eterno... ¿Sabe?, el amor verdadero es tan fuerte que tiene el poder de traspasar el tiempo.

—Caramba, ¿qué es usted?, ¿una filósofa o una enamorada?

—¿Y por qué no ambas cosas?

—El mundo oscurece ante su resplandor, querida.

—Entonces, si pasease en una noche sin luna..., ¿no haría falta encender los faroles?

Si allí se encendió algo fue el ánimo de Sophie Allard ante lo que consideró una coquetería imperdonable.

—Bueno —atajó—, deberíamos ir pensando en regresar, ¿no es cierto, querida?

—Sí, señora Allard, es la hora. Monsieur Lapointe, ha sido un placer.

La joven no le había tendido la mano, pero él se la tomó de igual modo y la besó con galante gesto.

—¿Volveremos a vernos? Venga a mi estudio, necesito pintar el inmenso océano de luz de sus ojos.

Achille Lapointe acompañó sus palabras de una tarjeta que fue recogida al vuelo de rapaz por el ama.

—Es usted un caballero sumamente atento y agradable y le estamos muy agradecidas por cuanto ha hecho por nosotras, no le robamos más tiempo. Adiós, monsieur.

Y, diciendo esto, salieron del mesón dejando al caballero Lapointe de pie, ensoñado en la contemplación de la bella Bluebell, con una ceja levantada y un brazo a la espalda.

En cuanto estuvieron solas, mientras acudían al encuentro del señor Allard, Sophie regañó a su joven pupila:

—Querida, no debería haberle revelado mi nombre a ese caballero.

—¿Por qué no? Lo siento de todos modos, fue sin querer.

—Qué ingenua es usted, se trata de un completo desconocido, es preferible desconfiar, ¿comprende?

—Lo siento mucho, señora Allard. Mucho.

—Tranquila, querida. La primera en meter la pata fui yo. Yo le dije su nombre cuando perdí los nervios... En fin, ya está hecho. Esperemos que pronto se cruce otra hermosa mujer en su camino y se olvide de usted.

—Oh. —Bluebell inclinó la cabeza, como apenada.

—¡Santo Dios! ¡No me diga que le ha gustado! —se alarmó el ama.

—No sé, es guapo y simpático, no me importaría volver a verlo. Eso es

todo.

—El problema es que se aburre usted mucho en el *château*, ¿verdad, querida?

La joven asintió y, tras un instante en silencio, confirmó la suposición del ama:

—Sí, me aburro mucho. Además, creo que no debería seguir abusando de su amabilidad. Me siento fuerte, me siento bien... Debería emprender la búsqueda de mi ser por mí misma, ¿no es lógico?

—Necesita tratar con la sociedad —les recomendaba Sophie Allard a las paredes, que no estaban sordas y respondían mediante portazos—. Aunque la sociedad esté compuesta de una sola persona, o, lo que es lo mismo, el caballero Clermont.

La mujer guardó silencio un momento, ocupada en su tarea de pasar el plumero, y volvió a la carga:

—De lo contrario, nadie podrá reprocharle que abandone el *château* y siga su camino, ¿comprende, monsieur? —insistió—. Al menos, hable con ella, aunque sea con una pared de por medio, como hacemos usted y yo ahora.

El ama hablaba con voz fuerte en la habitación de Bluebell. Tras mirar en todas direcciones, dejó caer el pañuelo de Achille Lapointe sobre el tocador y, tras alisarlo con las manos varias veces, lo dobló y lo guardó en un cajón.

—Si le interesa, vendrá a por este pañuelo —rezongó cerrando la puerta de la estancia tras de sí.

Una mañana al lento discurrir del tiempo se unió una tormenta que lo envolvió todo en tinieblas, rayos y truenos. Trombas de agua se precipitaban

contra los cristales emplomados, unidas a ramas de árboles estremecidas en un frenesí de hojas trémulas. Bluebell, hastiada en su deambular por los rincones del *château*, se encerró en la biblioteca con un portazo. Sophie pensó que monsieur Clermont no le ganaba en temperamento. Maravillada, la joven caminó con parsimonia repasando las hileras de aparadores y anaqueles, acarició los lomos presintiendo sus historias y por fin tomó uno de los libros. Se sentó en una de las butacas y quedó inmersa en su lectura y la contemplación de sus grabados. El libro narraba el amor imposible entre un fantasma y una joven. Más angustiada que al empezar, lo cerró y lo devolvió a su lugar. Sintiendo que nada de cuanto allí hacía tenía sentido, abandonó la biblioteca y dirigió sus pasos a la cocina. La halló vacía y, tras curiosear por todas partes, abrió una de las alacenas, donde descubrió el escondrijo de la llave que abría la cancela de la torre. Cerró el mueble y, atraída por su irresistible aroma, centró su interés en un bol en el que reposaba un apetitoso relleno para croquetas, elaborado a base de bechamel, jamón dulce y huevo cocido. Sin pensarlo, introdujo un dedo y se lo llevó a la boca. Era sabroso, sí que lo era...

—¿Qué hace? —irrumpió René Allard con su espantosa voz ronca—. Que sea la última vez que la veo merodear por aquí.

—Le falta sal —respondió ella indignada.

Molesta y enfadada, Bluebell salió a la tempestad por la puerta de servicio. Atravesó el patio que acababa en la torre mediante un arco, pasó bajo él y llegó a un sendero que ella creía que la conduciría al laberinto. Por el contrario, se trataba de un angosto pasadizo que parecía no tener ni principio ni final. Las paredes, formadas por tupidos cipreses, impedían adivinar qué había al otro lado, y la senda, de tierra ahora convertida en un lodazal, no siempre iba en línea recta, sino que era como un laberinto paralelo al otro. Mojada y aterida, miró atrás para volver sobre sus pasos, pero no pudo divisar el arco, ni ninguna otra cosa que no fuese la pared de ciprés. Entonces, a su izquierda, se abrió un recodo en el que pudo ver un umbral ribeteado de

hiedra y campanillas azules. Era hermoso y de su interior emanaba una extraña y cálida luz, el sendero parecía una auténtica alfombra de florecillas azules. Iba a encaminar sus pasos hacia él cuando cayó un rayo seguido de un furioso trueno y la joven hubo de refugiarse en una capilla practicada justo en la pared de su derecha. Una vez allí, encontró un pequeño corredor en el seto, escaso, apenas visible, pero suficiente para permitir el paso de un cuerpo ágil. Cruzó al otro lado casi sin darse cuenta, sólo con la idea de refugiarse de aquel fin del mundo. Respiró algo más aliviada cuando reconoció el laberíntico jardín por el que tantas mañanas había paseado. En ese momento, una rama desprendida golpeó su cabeza y el suelo embarrado arrulló su cuerpo inconsciente. No tardó mucho en llegar Paul Clermont hasta ella, tomarla entre sus fuertes brazos y conducirla al interior del *château*.

—Debería despedirlo —le rugió a René mientras ascendía la escalera empapado con Bluebell desmayada.

Tras acomodarla en el lecho, la contempló un breve instante con devoción, y entonces vio a Sophie a su lado.

—Ocúpese, por favor, y comuníquemelo cuando haya despertado.

—Sí, monsieur, suerte que salió en su busca.

—Hummm... Ehhh... Dejo esto... —farfulló. Soltó una carta sobre el tocador y abandonó la habitación.

Sophie no pudo reprimir una sonrisa de gran satisfacción.

A la hora de la cena, Bluebell, ya arreglada para bajar, contemplaba el pequeño chichón en su frente. Tenía muchas preguntas para la señora Allard, pero primero rasgó el sobre, sujetó el papel con mano trémula y leyó la carta.

Mi muy apreciada amiga:

A pesar de hacer cuanto puedo por ofrecerle mi mayor hospitalidad, no es suficiente, lo sé. Como anfitrión dejo mucho que desear. No es que

no quiera entablar amistad con usted o conocerla; mi falta de cortesía sólo obedece a causas de fuerza mayor. No tengo derecho a esperar ni pedirle que lo comprenda. Le deseo una feliz estancia en mi casa tanto tiempo como usted crea oportuno y, si dispone lo contrario, también le desearé un feliz viaje. Aunque no pueda creerlo, usted llena de alegría la oscuridad de mis días. Por todo ello, siempre le estaré agradecido.

Suyo afectísimo,

PAUL CLERMONT

Leer tan sentidas y emotivas palabras supuso un revulsivo para la dama. Mordió su labio inferior mientras muchas y diferentes ideas galopaban en algarabía de un lado a otro de su mente, se levantó y tiró de la campana con determinación. Cuando Sophie apareció, le advirtió:

—Señora Allard, dígale a monsieur Clermont que tenga la bondad de acompañarme en la cena. Lo esperaré sin tomar un solo bocado hasta que él se siente a la mesa.

Sophie Allard frunció el ceño:

—No sé si funcionará, querida.

—Tiene que funcionar, es un caballero.

—Lo es, no lo dude. Por dos veces la ha sostenido en sus brazos y le ha ofrecido sus desvelos.

Los ojos de Bluebell brillaron con luz propia y su pálido rostro se encendió por el rubor.

Pero aquella noche la cena se quedó fría sobre la mesa, y la huésped sola en la inmensidad del salón vacío pasó del hambre al enfado cuando se cansó de esperar. En su habitación, escribió unas líneas destinadas a su anfitrión:

Monsieur Clermont:

Agradecida por su generosa acogida, me despido llegado el momento de partir. Me habría gustado decírselo en persona... Lamento no haber sido lo suficientemente interesante para usted.

Suerte con todo,

UNE FEMME INCONNUE

Dobló el papel y, sin ensobrar, lo llevó a la salita del ama, donde la encontró zurciendo una falda.

—Oh, querida, lamento mucho su marcha. ¿Sabe adónde irá?

—Désele, por favor —respondió desabrida—, y asegúrese de hacerlo cuando yo me haya ido.

—Como guste, *madeimoselle*. René la llevará a donde le indique. Aunque tal vez mañana no sea el mejor día: la tormenta ha dejado paso a la nieve; ¿no ha visto cómo ha empezado a nevar? Mire por la ventana, son los primeros copos, ya no parará.

Los augurios de Sophie no erraron y el nuevo día amaneció sepultado bajo una copiosa nevada. No se veía nada en derredor, excepto dunas heladas y un cielo tan blanco como la propia nieve.

—Le di su nota a *monsieur Clermont*... Aunque usted sigue aquí —comentó el ama a *Bluebell* mientras le servía café para desayunar, junto a un huevo duro y pan con mermelada de cereza.

—¿Y dijo algo? —preguntó la joven con sequedad.

—Bueno, no le gustó mucho, pero lo comprende.

El ama esperó alguna respuesta, pero como la joven permaneció en silencio reanudó la conversación:

—El caso es que usted hoy no puede irse; sería mejor aguardar unos días, a que el tiempo no sea tan desapacible, cuando menos.

—Qué remedio —concedió la joven con el fastidio reflejado en su cara—. ¿Sabe? Visitaré a *monsieur Lapointe*, me apetece conocer su estudio y charlar con él, es un chico muy agradable.

—¿Chico? ¿El caballero Lapointe? —se sorprendió el ama.

—¿Qué ocurre? ¿He dicho algo indebido? —se sorprendió a su vez Bluebell.

—Bueno, a veces hace un uso del lenguaje de lo más particular, pero eso es lo de menos. Si quiere hacerme caso, la aconsejaría en algo.

—La escucho, no se apure.

—Yo de usted no frecuentaría ese tipo de personas.

—¿Qué quiere decirme?

—Tan sólo lo que le digo, *madeimoselle*, tan sólo lo que le digo. Ese joven no me gusta. No me fío de él.

Bluebell no respondió. Una puerta se cerró de golpe en algún lugar del *château*.

—Qué susto —exclamó la joven.

—René se ha vuelto a dejar alguna ventana abierta... Un día se nos va a llevar la corriente.

III

Achille Lapointe observaba el manto de nieve sobre los tejados y las chimeneas de la vecindad desde el tragaluz de su buhardilla. Aquella mañana acababa de dar los últimos toques a la recreación al óleo que había hecho del carboncillo de Bluebell. Le había quedado viva y palpitante, al punto que él mismo contemplaba fascinado el resultado.

—Viva y palpitante, como si se hallase presente en esta habitación — comentó el hombre sentado en un butacón a su espalda.

—¿Qué tal América? —le preguntó Achille sin dejar de trabajar.

—Allí se quedó, en su parte del globo, nueva, resplandeciente, bulliciosa, con ganas de comerse al resto del mundo. De paso, también se quedó Harrietta, porque prefirió saltar a la cama de un hotelero multimillonario de Nueva York, le va lo de ser una *socialité*, ¿sabes?

Ahora Achille se volvió para mirar a su interlocutor. Era Oliver Mercier, su marchante y amigo. Cuando Harrietta engordó y perdió la voz, Oliver se pasó a la representación de pintores; por estas cuestiones viajaba con frecuencia a Estados Unidos, de donde acababa de llegar.

—Cuando te conozcan un poco más, te llevaré a las mejores galerías de Nueva York... Y la fama será para ti. ¡Ah, la fama!

Dando pinceladas al aire, Achille replicó:

—Tú me llevarás a la fama y yo a la abundancia, perfecto. ¿Estás bien? Por lo de Harrietta, digo.

—Oh, sí, nada que deba preocuparte. El amor se acaba, ¿sabes? No dura para siempre. Quien afirme lo contrario miente, miente con esas mentiras de la gente triste para conformarse con su suerte.

—¡Vaya! Quisiera creer que no. Quisiera creer que el amor tiene el poder de traspasar el tiempo, si es preciso.

—Caramba, qué poético. ¿Es esa joven del retrato la causante de tamaña cursilería?

—No es ninguna cursilería, y la frase no es mía, sino suya.

—Ah, pero se trata de alguien real.

—Sí, por supuesto. La conocí en el mercado de los Niños Rojos, y ya no la he vuelto a ver, ni he podido apartarla de mi pensamiento.

—En verdad es muy hermosa, divina como una belleza gótica, no me extraña. A menos que la hayas idealizado.

—El retrato es fiel, pero ignoro si le hace justicia... Ella desprendía un aura como si..., no sé cómo explicarlo, una luz especial, como proveniente de algún lugar muy lejano.

—Monsieur Lapointe, está usted enamorado. ¡Viva el amor! Quiero celebrarlo contigo. ¿Cómo se llama la bella?

—Bluebell.

—¿Y qué más?

—Sólo sé eso.

—¿Y por qué no os habéis vuelto a ver?

—El ama que la acompañaba era un auténtico cancerbero.

—Oh, amas. Ya me la imagino: bigotuda, enana y redonda como un tapón de champán.

—Cuánta crueldad innecesaria. No. Era una señora entrada en carnes, sí, pero de aspecto muy agradable. La señora Sophie Allard, muy simpática, además.

Oliver se demudó de pronto. Lúgubre, inquirió:

—¿Qué nombre has dicho?

—Allard.

El marchante Mercier contrajo los puños hasta que los nudillos se le tornaron blancos por completo.

El día era plomizo y el frío penetraba hasta el tuétano de los huesos. Bluebell, hastiada de su encierro, deambulaba por el salón como una fiera enjaulada. Contempló los cuadros de los ilustres desconocidos hasta contar todos los botones de las mangas de los caballeros y las piedras preciosas de cuellos y orejas de las damas, paseó la mirada por las diferentes alegorías en bronce y oro intentando encontrar defectos o abolladuras, incluso se concentró en las diminutas flores labradas de las molduras para decidir si se trataba de dientes de león o belloritas. Incapaz de distinguirlo, su mirada se posó sobre la alfombra persa de tonos purpúreos y sus arabescos para acabar topando con las patas del piano. Ascendió por ellas y lo observó como si lo viera por primera vez. Era de cola, acabado en un lacado negro y reluciente. Y así se quedó con la mente en blanco, tan sólo contemplando el instrumento. Al cabo, como hechizada, se acercó a él y deslizó con suavidad un dedo sobre la tapa. La levantó sin ser consciente de ello y, con el mismo dedo que lo había acariciado, tocó una tecla y sonó un re. Sonrió. Paseó alrededor contemplando su imagen reflejada en el brillante barniz, hasta que de nuevo alcanzó el punto de partida y otra vez sonó el re bajo su dedo. Siguieron las notas hasta contemplar el arpeggio y entonces su garganta se abrió sin querer y lo imitó soltando las notas de un modo delicioso, su voz resultaba dulce, aguda y colorida, y llenó el salón de belleza y armonía. Bluebell sintió una alegría inmensa e inesperada, como antigua y arraigada en su ser, pero desconocida a la vez. Como consecuencia, se desencadenó una emoción muy fuerte que provenía de sus entrañas y ascendía hasta rebasar su pecho y todo su cuerpo para expandirse más allá de sí misma. Guardó silencio durante un momento, cualquier otra cosa que la rodeara dejó de existir, excepto el recorrido de una lágrima por su mejilla; la sentía sólo a ella, era tímida, dulce y cálida. Ni siquiera podía moverse, embargada por dos sensaciones contrapuestas,

incredulidad y la mayor felicidad que jamás había experimentado en su corta y nueva existencia. De nuevo tomó asiento frente a las teclas y vio cómo sus manos se unían al marfil y sus dedos lo recorrían de parte a parte a una velocidad inusitada, creando una melodía que la obligaba a cantar notas muy altas y hermosas. Las palabras de aquella canción surgían de lo más recóndito de su alma sin que su mente pudiese dirigir nada y sin que ella comprendiese lo que ocurría. Su voz era tan potente que salió del salón, vadeó los corredores y llegó a la torre. La sorpresa de Paul resultó mayúscula y se tornó en incredulidad al darse cuenta de que más que enfado sentía emoción, la emoción de aquella joven que entonaba una canción muy extraña. Ésta hablaba de un amor imposible por pertenecer a mundos distintos. El dolor y la aflicción que transmitía le golpearon el corazón, y un nudo apretó su garganta. Se acercó a la cancela, la abrió, la traspasó y se amagó en el umbral del salón, mientras escuchaba entre atónito y embrujado, e importándole muy poco o nada ser descubierto. No quería que aquella magnética voz dejase de sonar jamás, no lo permitiría, y fue entonces cuando sintió que debía ser suya porque sólo a través de ella podría revivir y renacer.

Cuando más emocionado estaba Paul, el silencio brusco lo arrebató de aquel encantamiento y lo devolvió a la cruda realidad de su ser. «Sigue cantando», ordenó su mente, pero sus labios no se despegaron. Con su enorme cuerpo agazapado, la vio de pie, mirando al vacío sin ver nada.

—¡Dios mío, ¿qué hace, madeimoselle?! —susurró alarmada la señora Allard—. ¿No le advertí que no debía tocar el piano? Quién sabe lo que es capaz de hacer monsieur ahora —lamentó.

Paul vaciló un instante. No, no iba a hacer nada, no ahora. Tan sólo extendió una mano, como si con ese gesto pudiese detener la dramática escena, y vio enrojecer y sobresaltarse a su huésped, como si hubiese sido arrancada por la fuerza del mundo de los sueños. Ella volvió en sí con la mayor desolación impresa en su rostro.

—No sé, no sé, ¿qué ocurre? ¿Qué estoy haciendo? —sollozó angustiada.

La voz de René entró en la sala antes que él.

—¡Yo le diré lo que ha hecho, maldita sea! ¡Ha traicionado la confianza de monsieur Clermont, eso ha hecho! Es usted una desconsiderada, madeimoselle, y una desagradecida, ¡eso es! —profirió con demasiada vehemencia y falta de tacto.

Bluebell lo miró un momento, atónita y desencajada, como fuera de lugar. Cuando comprendió, su rostro se transfiguró en desolación. Paul la perdió de vista porque desapareció por el jardín.

—¿Adónde va con este frío y sin abrigo?! —gritó Sophie.

Mientras veía correr a la mujer tras ella, Paul comprendía que debía huir hacia su torre antes de que fuese demasiado tarde. Sin embargo, no había alcanzado la cancela cuando se encontró con René Allard, que acudía en su busca.

—Lo siento. Se lo advertimos, pero ella... Es un ser diabólico, debe marcharse, le traerá problemas, monsieur —advirtió el hombre, enfadado.

—Olvídelo. La música no se les puede prohibir a los ángeles. Asegúrese de que todo el mundo recupera la calma. Y, por favor, en lo sucesivo absténgase de levantarle la voz a madeimoselle Bluebell.

—Pero, monsieur... Ella es demasiado... Se comporta...

—¿Lo ha entendido, René?

—Como disponga, monsieur.

Por la noche, un viento tempestuoso arrancaba quejidos a los árboles, mientras su silbido lograba penetrar hasta lo más profundo del alma para dejar, a cambio, el ánimo abrumado. Bluebell miraba en vano por la ventana de su habitación sin lograr ver nada. Era como si las luces del cielo y la tierra se hubiesen apagado al unísono bajo el reinado de la oscuridad más absoluta. Se metió en la cama y antes de cerrar los ojos ya se había dormido. De

repente, una rama furiosa rozó el ventanal y la despertó. Asustada, se incorporó y le pareció ver una luz proveniente del espejo. Se frotó los párpados incrédula, y al abrirlos de nuevo ya no distinguió nada. A tientas, se dirigió al espejo y encendió una vela, alzó la mirada un segundo y vio claramente un rostro fantasmal que la observaba desde el otro lado, rodeado de la negrura reinante, apenas iluminado desde abajo por un escaso punto de luz. Sus ojos se agrandaron debido al espanto y miró tras de sí, pero a su espalda no había nada, tan sólo oscuridad. Entonces volvió a encararse con el espejo para descubrir que no reflejaba nada salvo la pequeña llama de su propia vela. Extrañada, se mantuvo pensativa, tocó el espejo e imaginó una mano respondiendo al otro lado. Entornó los ojos, pero siguió sin ver nada más que la llama. Cansada, la apagó con un soplo, regresó a la cama, donde se cubrió de pies a cabeza, y se durmió de nuevo.

El doctor Baudin se presentó en el *château* a media mañana. Venía con el ánimo cambiado, ya no portaba la sonrisa de ocasiones anteriores, diríase que una sombra permanente se había prendido de su cara, incluso sus ojos claros parecían haber oscurecido. Si alguna vez había apreciado a su amigo, ese sentimiento ahora se hallaba muy alejado de su corazón. Encontró a Paul ante el piano de la torre, sumergido en profundos pensamientos, las manos a la espalda, la cabeza inclinada. Inmóvil.

—Buenos días, Clermont. Su invitada se encuentra bien, no tema. En las amnesias, esos episodios son frecuentes. Aunque no recuerda nada de su vida, la parte del cerebro que registra el aprendizaje mecánico y psicomotriz no se ve afectada, por eso es capaz de leer, hablar, reconocer objetos y tocar un instrumento, tal y como ha sucedido. Por todo ello estamos de enhorabuena, sabemos algo importante: es una cantante o una pianista. Yo mismo he

comprobado su voz, no es ninguna aficionada. Por tanto, ya tenemos por dónde indagar.

Clermont se volvió, su expresión era de auténtica desolación. Distráido, se dirigió al mueble y le sirvió un jerez.

—¿Lo abrumba algo, Paul? —preguntó Baudin.

Él no lo miró al responder:

—Tantas..., todo, nada, la vida... Existir. No debería.

—¿Existir? ¡Paul Clermont!

—Es inútil, no lo entendería...

—Pruebe, Clermont, pruebe... Quizá se sorprenda. —El desafío oscilaba en la respuesta de Baudin.

Paul Clermont se volvió para mirar a su interlocutor con la intensidad de sus ojos zafiros y el rostro oculto tras su cabello desgreñado.

—Baudin, un día fuimos amigos, ahora una mujer nos separa, no tiene sentido que muestre preocupación alguna por mí. Me las arreglaré.

El médico se mostró ofendido.

—Clermont, reconozco que estoy enfadado con usted, y tal vez celoso. Sí. Pero soy un caballero, y trato de ayudarlo, aunque no lo merezca.

Paul sirvió más jerez en las copas, tomó la suya y se acercó a una ventana. El silencio se adueñó de la reunión y de nuevo fue Julien Baudin quien lo rompió:

—No crea que me resulta fácil admitir esto, pero he sonsacado a la dama —su voz enronqueció al continuar—, y ni siquiera ella es consciente del sentimiento que la embarga por usted.

Paul no dijo nada, su espalda no se movió. Tomó un sorbo del jerez con calma, sólo después hizo uso de la palabra:

—Ella es..., su voz...

—Creo que están hechos el uno para el otro —afirmó por sorpresa y en tono alegre Alphonse Desants.

El administrador había irrumpido para fastidio de Baudin, que no lo

disimuló:

—Tendrán asuntos importantes que despachar, buenos días, caballeros.

—Buenos días —respondió Paul sin volverse.

Desants se sirvió él mismo un jerez.

—Con permiso, señores, a su salud. —Brindó al aire y bebió el contenido de un trago; sus mejillas púrpuras se encendieron.

—Clermont —insistió el doctor—, no lo dude. Sabe que acudiré en cualquier momento a una llamada. En cualquier momento. Además, me gustaría concluir esta conversación.

—Lamento haberlos interrumpido. René me abrió y me dijo que podía subir. Yo...

—No lo sienta, Desants, no ha interrumpido nada importante. El doctor ya se iba —dijo Paul con aspereza.

Tampoco ahora se había dado la vuelta y no pudo ver la cara de Julien Baudin, cómo su mirada se tornaba opaca y sus labios y su mentón se fruncían en un gesto amargo.

—En efecto, Desants, no tiene de qué preocuparse, nosotros ya hemos acabado. Que tengan un buen día, caballeros.

El doctor salió y el administrador se sirvió otra copa.

—Entra bien este jerez —paladeó encantado—. He traído los contratos de los nuevos aparceros para que los revisemos y los firme.

—Gracias, Alphonse, lo haré más tarde. Ahora no podría concentrarme.

—Como guste, Paul. Son los papeles de siempre y no corren prisa.

El administrador se dirigió a la mesa, organizó la carpeta y regresó junto a su administrado.

—Paul, ¿puedo ahondar en un tema personal?

—Todos se empeñan en hurgar en mi vida, pero a usted, amigo mío, puedo consentírselo.

—Me honra, Paul Clermont, doblemente, si pienso que es como un hijo para mí.

—Diga lo que tenga que decir, sin rodeos.

—El ama me ha puesto al corriente de todo. Ya René me había hablado de la situación, con sus típicos recelos.

—El bueno de René..., y usted, ¿qué opina?

—He podido ver a la dama en el jardín, y sólo puedo sentir alegría por usted. Sophie me ha referido el episodio del piano como puro hechizo.

—Sí, ésa es la definición más justa, puro hechizo. Ella es..., su voz... — creció en entusiasmo—. Es la perfección. ¿Sabe?, durante tanto tiempo la busqué, y cuando ya creía que jamás la hallaría... aparece. Aparece ante mí y yo, como un nuevo y desgraciado Midas, sé que sólo puedo mirarla sin tocarla, porque si la toco desaparecerá. ¡Puf! Eso sería todo. Una recompensa volátil y efímera.

—Aférrese a la emoción; las emociones no desaparecen.

—Ella misma es la emoción. La emoción de la vida, el sentido de la existencia. Lo transmite con la llama de su mirada y con el vuelo de su voz. Es el ángel que anida en los corazones bondadosos, es la diosa que mueve la tierra. ¡Es mi musa! ¡Y podría ser...!

El desaliento embargó su corazón y no terminó la frase, el administrador lo hizo por él:

—Su mujer...

Paul se volvió, la tristeza de su semblante respondió antes que él:

—No, Alphonse. No.

Y de nuevo se volvió hacia la ventana para añadir con la voz más cavernosa:

—Un anhelo...

Permanecieron en silencio unos instantes en los que el tiempo parecía haberse detenido sobre sus cabezas. Por fin, Alphonse Desants extrajo el reloj de su bolsillo y lo consultó.

—Se hace tarde —comentó—. Permítame una última pregunta, Paul, de hombre a hombre.

—Dispare.

—¿Cuánto tiempo hace que no ha intimado con una mujer?

Clermont no respondió, pero al administrador le pareció que sus hombros se encogían levemente.

—Entiendo —dijo este último—. ¿Sabe una cosa? El deseo extremo puede perturbar el cuerpo y encender una llama de pasión capaz de consumir el alma si no se satisface el apetito carnal. Somos humanos y débiles por naturaleza... Debe poner remedio o enloquecerá.

—¿Cómo? —rugió Clermont.

—¿Qué podría hacer, Paul? Dígame usted.

—¡Nada! Ni puedo sacarla al mundo ni puedo salir yo... No puedo ofrecerle nada, ¡y casi le doblo la edad!

—Endebles pretextos. Enfréntese, maldita sea. Deje de atormentarse inútilmente y decláresele, sedúzcala, hágale el amor.

—Deje de burlarse de mí, no puedo hablar con ella, y lo sabe.

—¿Y quién ha dicho que necesite hablar?

—¿Cómo?

—¿Cuál es su lenguaje preferido? —respondió el administrador con la mirada puesta en el piano.

La mañana brillaba nítida cuando Bluebell salió al encuentro de Sophie. La alcanzó en el muro de entrada a la avenida, quitaba nieve de la verja. Le habló de súbito por detrás y con la excitación propia de un momento alocado, provocando el lógico sobresalto en la mujer.

—Señora Allard, no logro encontrar el corredor...

—¡Niña, qué susto! Pero ¿de qué corredor me habla?

—El que sale del arco de la torre. Sí, mujer, el que recorre un camino paralelo al laberinto.

A Sophie se le puso cara de interrogante, frunció la boca y continuó con su tarea.

—No sé nada de eso —dijo al cabo de un momento.

—Nunca saben nada en esta casa. —Frustrada, la joven pisoteó la nieve reblandecida por el tímido sol de aquella mañana—. Es el túnel más precioso que he visto nunca, aunque un poco tétrico y da algo de miedo. He pensado que tal vez entré por ahí la primera vez, me gustaría recorrerlo con calma.

—Cuántas tonterías en la cabeza.

—Claro, usted dice eso porque no se encuentra en mi situación, pero yo necesito saber quién soy. Necesito recuperar mi vida, sea la que sea. Desde que canté me siento muy extraña, es como haber encontrado a una desconocida que, sin embargo, podría ser yo. Y tengo miedo, cada minuto que transcurre temo más a Clermont... No observé la norma... Quisiera pedirle disculpas, explicarle que fue accidental..., pero él...

El ama se volvió a mirarla y la tomó por los hombros. La pequeña nariz de la joven estaba enrojecida por el frío, también sus delicados dedos, que sobresalían de los mitones.

—Querida criatura, perdóneme por mi rudeza la mayoría de las veces, por no ponerme en su lugar, tiene razón. No sabe cómo celebraría que usted recuperase su vida, y ojalá pudiese contribuir a ello de algún modo. En cuanto al episodio del piano...

Bluebell apretó las manos del ama con calidez, la mujer prosiguió:

—Yo también creí que se iba a acabar el mundo, pero monsieur se mostró aturdido, confuso, luego mantuvo una larga reunión con el doctor Baudin y el administrador Desants. Al final me entregó una carta para usted, me dijo que el enfado se transformó en otra cosa... Iba a dársela, pero usted ha llegado antes. Yo creo que le gustó lo que oyó. Todos nos sentimos maravillados, ¿de dónde saca esa voz?

—No sabemos si le gustó, no inventes, Sophie —rezongó René tras aparecer de repente.

—René Allard, tú tampoco sabes lo contrario, vamos, digo yo.

—Los melocotones no serán dulces este año, eso sí lo sé —respondió el hombre alejándose.

Ante el espejo, mientras cepillaba su cabello, vestida tan sólo con la ropa para dormir, Bluebell recordó la aparición fulgurante en la noche de tormenta. Miró con insistencia, de cerca y de lejos, y finalmente lo olvidó porque se contempló a sí misma. Se preguntaba si su cuerpo escondería alguna señal que la condujese a recordar quién era. Sintió la necesidad de explorarlo, apartó los tirantes de sus blancos hombros y la suave tela de raso almibarado resbaló por su piel hasta la estrecha cintura. Contempló sus hermosos senos, redondos y grandes, su largo cuello, sus delgadas piernas y sus brazos, palpó la turgencia de sus pechos, deslizó una mano hasta el cuello y la otra hasta la cintura, cerró los ojos y ensoñó la fragancia a cuero y cedro y la cálida piel del hombre velado que aparecía en sus sueños. Deseó verlo, deseó fundirse en un abrazo con él y que la hiciera suya. Su cuerpo reaccionó ante el deseo y cada célula de su ser se erizó, sus pechos, tensos y erguidos, reclamaban una caricia. Imaginó lo que sucedería si las manos de él rozaban aquellas cimas encendidas... Y sintió el poder de su cuerpo al abrirse para él con un estallido de puro fuego. Cuando alzó los párpados le pareció que otros ojos la miraban a través del espejo. Se cubrió apresurada y pegó el rostro a él, pero nada vio. «Reconozco mi cuerpo, pero sigo sin saber quién soy», escribió en el cuaderno. Entonces desvió sus ojos a la carta de Clermont. Tanto era el temor que aún no se había atrevido a leerla. Le dio varias vueltas para reunir valor y la abrió. Leyó:

Madeimoselle Bluebell:

Jamás debería haber tocado el piano. Todavía no sé si puedo perdonar su osadía. Por ello deberá cantar para mí. Sólo eso le pido.

Mañana a las once, en el corredor. No se acerque a la cancela.

La escucharé.

Gracias,

PAUL CLERMONT

La noche transcurrió desapacible, entre pesadillas y duermevela, sin dormir, sin estar despierta. Sin soñar, sin dejar de hacerlo. Si pensaba más allá de aquellas cuatro paredes, sentía vértigo y una sensación de caída eterna. Si pensaba dentro de aquellas cuatro paredes sentía asfixia y mareo. Si intentaba recordar qué había hecho un año atrás no podía ver nada, si intentaba pensar en lo que haría dentro de un año tampoco podía ver nada... ¿Qué tenía? La música.

Por la mañana, su espíritu inquieto ante el desafío la arrancó del lecho con ímpetu. La excitación había vencido al aburrimiento y, aunque sentía cierto temor, la curiosidad y las ganas de participar en la propuesta hicieron que sus ojos y su rostro brillasen con una luz nueva. Escogió un vaporoso vestido de chifón malva y encajes blancos, puso una cinta a juego alrededor de su cabello, se calzó unos zapatos blancos, dio varias vueltas con los brazos abiertos por la habitación, recogió el ramillete fresco, enredó una de las campanillas en un mechón, se perfumó con bergamota y acudió a la cita.

Llegó al corredor un minuto antes de las once. Se apostó en el saliente de la pared que daba al salón. Vio a su izquierda el largo tramo de corredor acabado en la cocina. Justo al lado, el cuarto de labores del ama, más cerca, la biblioteca y, junto a ella, la escalera principal, con el hueco que conducía a la cancela prohibida y a la torre. Luego miró a su derecha, la parte más larga. En el piso de arriba se hallaban las dependencias principales del *château*, habitaciones y un fabuloso salón para eventos repleto de cuadros de antepasados, muebles, objetos y ropajes fastuosos. Abajo, esa parte del corredor desembocaba en una vidriera abierta al magnífico laberinto. En el tramo donde Bluebell aguardaba, el recodo conducía al salón donde más vida

solía hacer ella, que estaba encarado a la fachada y se abría para dar paso al precioso vestíbulo de la entrada principal. Ahora que su vista lo había recorrido todo varias veces y seguía sin saber qué hacer, empezó a sentirse idiota. El reloj había dado las once, el corazón le palpitaba y el estómago bombeaba con tal aceleración que se le cortaba la respiración. No lo podía comprender, incluso las rodillas le flojeaban; tenía la sensación de que caería al suelo en cualquier momento. El señor Allard llegó desde la torre, pasó la cancela, la cerró con una gruesa llave y la miró desconfiado. Se detuvo ante ella.

—Debe cantar, madeimoselle —le dijo.

—¿Con usted delante? No lo sé.

—Monsieur espera... —informó para luego desaparecer por la biblioteca.

Un caos se había formado en la mente de la joven, que, incapaz de articular palabra, sentía cómo el sudor frío recorría su espalda y el estómago oprimido por un férreo puño. Quería irse y no podía moverse de aquel lugar.

En la torre, Paul Clermont, impaciente y decepcionado, se acercó a la escalera.

—¿Está ahí? ¿Por qué no oigo su voz? —preguntó en dirección al corredor; no sonó amable, parecía un rugido.

Cuando fue consciente de su hazaña, era demasiado tarde. No esperaba oír una respuesta, pero la voz de su huésped también le llegó alta y clara a él:

—Lo siento... No puedo. Perdóneme, monsieur Clermont.

Paul torció los labios en un gesto de fastidio y reprimió un exabrupto.

—¿Qué le ocurre?

—No me encuentro bien...

Paul Clermont podía reconocer el pánico escénico, él también lo sufría ahora, y sabía que sólo había un camino de huida posible: hacia delante. Determinado, se dirigió al piano y levantó la tapa. Sus dedos intentaban reabsorberse en sus manos, pero él los empujó contra las teclas. Tras rozarlas apenas, una escala hirió su corazón y atravesó su cuerpo. Ignorando el

desangrado de su espíritu, el músico desplazó al hombre temeroso y acomplejado y tomó posesión del instrumento. Entonces, una furia temperamental emergió a modo de tumulto y repartió notas por todos los rincones de la casa.

Abajo, Bluebell, dichosa cautiva de ellas, permitió que entrasen en lo más profundo de su corazón y le arrancasen el miedo. Y el miedo surgió de su garganta el primero, envuelto en unas débiles notas que tiraron de una hermosa canción, una canción impresa en el alma de la joven mucho tiempo atrás: «En sueños fue cuando te encontré, y aunque nunca te he visto, siempre te amaré. Cuando estás lejos, te siento cerca, pero cerca de mí, te alejas. Me pides que suba al cielo y en el infierno me dejas. Sí, lo haré, subiré al cielo, y no habrá otro tiempo para ti y para mí más que el nuestro. Juntos podemos detener el curso de los ríos y hacer volar el mar, tal vez caminemos por las nubes porque es ahí donde los sueños están. En sueños fue cuando te encontré, y nunca voy a dejar de soñar...».

De pronto, Bluebell guardó silencio y el piano de Clermont también. La voz aterciopelada de la joven todavía acariciaba sus oídos, se enroscaba en sus sentidos y se expandía en su alma. Entonces, la encerró en su corazón sabedor de que allí no podría escapar jamás. Abrió los ojos, cerró el piano y se acercó a la escalera.

—¿Por qué se ha detenido?

—No lo sé... No me sabía más letra...

—¿Sabía?

—Bueno, salido. No me ha salido más...

—Salido. —Clermont soltó una carcajada cínica, la del profesor ante un listillo—. ¡Salido! ¿Acaso piensa que ha creado una obra de arte?

—No... Yo no...

—Tiene muchos defectos para considerarla una buena ejecución siquiera...

Clermont esperó la respuesta, en vano. En su lugar oyó la voz de Sophie.

—No se moleste, monsieur, nuestra huésped ya no puede oírlo.

El hombre exhaló un suspiro de contrariedad.

—¿Y qué le he dicho para que se vaya?

—Averígüelo, cabezota —rezongó el ama abandonando el lugar también.

En algún lugar del mundo alguien me espera, ahora lo sé. Lo sé porque una canción ha salido de mí sin nacer porque ya existía. Estaba ahí todo el tiempo, sólo que no la recordaba. Empiezo a comprender qué clase de persona soy. Ayer el espejo me contó que soy una mujer decidida, con las ideas claras, sin tabúes, enamorada de la vida y tal vez de alguien, quizá me espera más allá del espejo, y no me refiero a un espejo material. No sé, siento, o presiento, que no estoy donde debo, que este lugar es un accidente, no sé explicarlo mejor, pero dentro de mí algo grita que todo es un error. ¿Será ese alguien el hombre velado de mis sueños? Mi anhelo es que lo sea, me roba el sueño de noche y me desvela de día... Oh, eso podría completar la canción, así le gustaría más a Clermont, el gran músico (en voz alta estaría remedando, pero sería injusto). Realmente es electrizante, un genio, pero es un engreído, un hombre antipático que me trata como a una mierda... Es igual. Con la próxima visita del doctor Baudin, partiré con él y dejaré atrás este château más fantasmal que el fantasma que lo habita. Porque eso es Paul Clermont, un fantasma que me persigue, que no vive y no me deja vivir. Esto también lo añado a la canción, y así quedaría: «En sueños fue cuando te encontré, y aunque nunca te he visto, siempre te amaré. Cuando estás lejos, te siento cerca, pero cerca de mí, te alejas. Me pides que suba al cielo y en el infierno me dejas. Robas mi sueño de noche y por el día me desvelas, eres un fantasma y un fantoche, me persigues y no vives, ni vivir me dejas, pero tampoco me consigues. Algo dentro de mí grita que todo es un error, que yo no soy de aquí y tú no eres de allí. Sí, lo haré, subiré al cielo, y no habrá otro tiempo para ti y para mí más que el nuestro. Juntos podemos detener el curso de los ríos y hacer volar el mar, tal vez caminemos por las nubes porque es ahí donde los sueños están. En sueños fue cuando te encontré, y nunca voy a dejar de soñar».

Sophie Allard preparaba café en la cocina cuando Bluebell irrumpió en

tromba, riendo como un cascabel. La mujer se alegró para sus adentros de no verla abatida.

—Buenos días, señora Allard. ¿Qué tenemos hoy para desayunar?

—Un opíparo desayuno inglés. Ahora le sirvo...

—¡Bien! Ah, nooo, siga a lo suyo, lo tomaré aquí y me sirvo yo...

—¡Pero madeimoselle...!

—Déjese de madeimoselle y chorradas, ¿quién le dice a usted que no soy una minera, una obrera, una mendiga...?

Sophie la miraba asombrada mientras la joven se llevaba a la boca cuanto encontraba. Tenía buen apetito aquella mañana y un desparpajo desacostumbrado, que, sin embargo, parecía muy propio de ella.

—¿«Chorradas»? ¿Qué palabra es ésa?

—¿Cómo quiere que lo sepa? No recuerdo nada. Por cierto, quería comentarle algo. —Tomó un largo trago de café y se sentó despreocupada, con las piernas cruzadas sobre la superficie junto al fogón—. El día que venga el doctor, me iré con él.

La joven miraba con los ojos muy abiertos a Sophie, que a su vez la miraba con los ojos más abiertos aún. Algo fundamental había cambiado en ella, se la veía segura, como si hubiese recuperado una buena parte de sí. Se había recogido el cabello en una cola alta y despeinada, le caían greñas por todas partes y le quedaba gracioso. Se había enfundado en unos pantalones de montar y había recuperado sus botas hombrunas. Para colmo, se había apropiado de una camisa de Clermont que le venía grande.

—Pe-pe-pe-pero ¿de dónde ha sacado la camisa de monsieur? ¿Por qué la lleva puesta? ¿Por qué me causa estos problemas?

—La he cogido en el patio, del tendedero, no creo que monsieur la eche de menos.

El ama comenzó a trabajar la masa para el pan, sacudía la cabeza como rechazando las ideas que le pasaban por ella.

—Monsieur quiere que vuelva a cantar —comentó sin dejar de amasar.

—¿De veras? Pues que me lo pida él.

Y, dando un mordisco a una manzana roja, se escabulló hacia el patio. El ama rio por debajo de la nariz, le gustaba mucho la nueva Bluebell.

Paul cerró el cortinaje con rabia tras ver a la mujer que amaba en secreto recorrer cada rincón del laberinto como un avión al planear. ¡Qué extraño comportamiento en una dama! ¡Y qué diferente de otras mujeres! ¿Y por qué imitaba a un aeroplano? No había acudido a la cita, y René le había transmitido su insolente desafío. ¡Qué ínfulas! ¿Quién se había creído que era? De pronto oyó un estruendo proveniente de la cancela, como si alguien quisiera arrancarla de cuajo. Le siguió un vocerío. Era Bluebell, en plena pataleta:

—Abre, ¿por qué no me abres? —gritaba tuteándolo desvergonzada—. ¿Quieres que cante? ¡Déjame entrar en tu puta torre! ¡Maldita sea, ¿por qué me ignoras?!

Paul, estupefacto ante tamaño descaro, no podía enfadarse. ¿Qué verborrea indecente era aquélla? Parecía surgir de la boca de un palafrenero.

—¿Quieres que cante? ¿A través de las rejas? Lo haré, tengo voz para eso y más.

Paul, atónito, empezó a bajar la escalera, se dio prisa y llegó al rincón de la pared antes de que ella se diera la vuelta, donde, oculto, siguió escuchando. Bluebell, ahora agarrada a las rejas, prosiguió con su griterío:

—Escucha, ser altivo y endiosado que me tratas como a una perra, ¿quieres que me arrastre? ¿Quieres que sea tu perra? ¿Eso es lo que quieres para premiarme con tu insigne presencia? Pues eso no lo haré —bajó la voz hasta que sólo quedó un hilo, como una reflexión—, capullo.

Él, boquiabierto, era incapaz de pensar. Entonces Bluebell cantó, pero con la voz desgarrada de un ser demoníaco, siguiendo un ritmo infernal que

chocaba con las piedras y rebotaba contra la cabeza. Su propio corazón se aceleró al oírlo, y del pasmo pasó a la alucinación; ésa fue la palabra que se le ocurrió para definir lo que oyó.

—En sueños fue cuando te encontré, y aunque nunca te he visto, siempre te amaré. Cuando estás lejos, te siento cerca, pero cerca de mí, te alejas. Me pides que suba al cielo y en el infierno me dejas. Robas mi sueño de noche y por el día me desvelas, eres un fantasma y un fantoche, me persigues y no vives, ni vivir me dejas, pero tampoco me consigues. Algo dentro de mí grita que todo es un error, que yo no soy de aquí y tú no eres de allí. Sí, lo haré, subiré al cielo, y no habrá otro tiempo para ti y para mí más que el nuestro. Juntos podemos detener el curso de los ríos y hacer volar el mar, tal vez caminemos por las nubes porque es ahí donde los sueños están. En sueños fue cuando te encontré, y nunca voy a dejar de soñar.

René y Sophie, tan pasmados como Paul, la veían mover la cabeza de arriba abajo con gesto exagerado. Su cabello, desmadejado, barría el aire, barría el suelo, y describía círculos. En cuanto a los brazos, los agitaba de un modo extraño, como si fuese presa de convulsiones.

—Está poseída —gruñó René.

—No, querido, no —respondió Sophie blandiendo un botellín vacío de ginebra.

El ama se acercó a la joven, aguzó el olfato y regresó junto a su esposo apartando el aire de la nariz con la mano.

—En efecto —certificó.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Qué va a decir monsieur?

—Monsieur no va a decir nada más que se la lleven y le hagan pasar la mona —se oyó la voz enojada de Paul.

—Vamos, querida, apóyese en mí. —El ama luchaba por agarrar a la muchacha desmadejada.

—¿Estabas ahí, fantasma? ¿A mi lado? —gritó la joven. De pronto, se detuvo, se dobló y vomitó.

—Pero ¿cuánto ha bebido, criatura? ¿Encontraré más botellines vacíos? —
plañó el ama.

Al día siguiente, la señora Allard entró sin miramientos en la habitación oscura, descorrió cortinajes, permitió la entrada de luz sin compasión y destapó el cuerpo encogido bajo las mantas sin el menor reparo.

—¿Cómo ha dormido, madeimoselle?

—Hummmm...

Bluebell se volvió del otro lado.

—La he dejado dormir hasta bien pasado el mediodía. Le traigo un brebaje que aliviará su estómago y su cabeza. No me lo puedo creer.

—¿Qué ha ocurrido? —La muchacha se incorporó con trabajo.

—Pero ¿no lo recuerda?

—Le prometo que no. Ohhh, mi cabeza...

—Ya veo que no lo recuerda, pues mejor. Mejor así, hijita. Estuvo usted ayer... Dio un recital de impresión.

Ingenua, la joven aplaudió.

—¿Estuve bien? ¿Estuvo satisfecho monsieur?

—Hummm, satisfecho no sé si sería la palabra... Mudo de asombro, más bien.

—Eso es bueno, ¿no?

Sophie levantó las cejas mientras recolocaba la ropa de cama. Le tendió una carta a la joven, ocupada en vestirse.

—Compruébelo usted misma. Seguro que aquí encuentra una opinión sincera.

Cuando estuvo a solas, Bluebell se sentó a leer la carta. La cabeza le iba a estallar, pero logró concentrarse en la bella caligrafía de Clermont.

Madeimoselle:

Tras lo ocurrido ayer se impone una conversación. Ya que ha roto las pocas normas de mi casa, no le daré ninguna orden, sino que le haré una petición. Le ruego que acuda a las cinco ante la cancela. Hablaremos.

Atentamente,

PAUL CLERMONT

A las cinco en punto, la joven se hallaba ante la cancela, no sin cierta aprensión. Observó su lóbrego aspecto, los primitivos peldaños de piedra viva, sintió el frío helado que se desprendía de sus paredes y reparó en interesantes detalles. En el suelo existía una trampilla, una portezuela de madera que cubría una abertura hacia un nivel inferior. ¿Cómo serían los sótanos del edificio? A su derecha, colgando de una rudimentaria alcañata, una gruesa llave, réplica de la celosamente custodiada por René. Introdujo la mano, pero no pudo alcanzarla, y entonces otra mano, grande, fuerte y cálida tomó la suya. La joven, sobrecogida, al principio no la apartó.

—Monsieur Clermont, ¿estaba ahí todo el tiempo? —Sonó dulce, como una caricia.

Paul, trémulo, fue quien la apartó y la retornó al oscuro rincón, pero ella se sorprendió antes la camisa de fino hilo y los largos dedos. Sintió una punzada de amor y locura y se llevó la mano al pecho, casi podía sentir la fragancia que él había dejado.

—Ayer me tuteaba... —sonó la penetrante voz.

—Lamento profundamente cuanto hice. Supongo que me sentía contrariada y enfadada, no lo sé. La señora Allard dice que me emborraché... Me siento muy avergonzada.

—No es usted quien debería sentir vergüenza, sino yo. He sido descortés y desconsiderado...

—No, me ha salvado la vida. Jamás olvidaré su ayuda. Jamás.

El silencio cerró sus labios, pero no sus mentes, ambos querían expresar muchas cosas.

—Yo... —dijeron a la vez.

Bluebell rio de modo espontáneo.

—Su presencia ilumina cada rincón de esta casa, su alegría enciende mi ánimo. Cuando se marche, las tinieblas regresarán.

—Monsieur Clermont, ¿por qué se esconde de mí? ¿Tanto lo horrorizo?

Paul se agitaba en las sombras de su rincón.

—¡Por Dios! ¿Cómo puede siquiera imaginar algo semejante, cuando es al revés? Usted es el ángel y yo el demonio. Usted sería la horrorizada si me viese. Lo lamento tanto...

La joven se mordió el labio inferior y, decidida, tendió la mano al interior de la cancela.

—Deme la mano, Paul Clermont, por favor.

Él tardó un poco en decidirse, pero finalmente su medio brazo apareció y los dedos se unieron a través de la reja. Entonces, ella acercó el rostro a la mano del hombre, posó los labios, retiró la manga con un gesto suave de los dedos y ascendió por un escaso tramo de brazo. Vio cómo su piel se erizaba por completo encendida, y el deseo ardió en ambos. Paul cerró los ojos.

—¿Por qué no eres más sensata, criatura? —susurró rendido.

Bluebell reconoció la fragancia a cuero y cedro, dejó que penetrara en sus sentidos, apretó la mano como en una despedida y la soltó.

—No le temo, Paul Clermont.

—¿Por qué?

—Porque... yo... amo tu..., su...

—Vamos a tutearnos, será más fácil...

—Excelente, sí. Amo tu música y el cambio que ha obrado en mí.

—A propósito de eso... Debes sustituir la palabra «fantoche», por lo demás es una letra maravillosa que iría bien con cualquier melodía, no tiene por qué ser mía. Triunfarás como solista, Bluebell. Tu voz es un prodigio. Fui demasiado duro contigo porque al principio sonabas tímida y miedosa, pero a medida que la canción avanzaba, tú crecías con ella y en ella.

—Hubo un momento en el que me pareció que era por algo más... Tal vez... tal vez te disgustó mi falta de respeto.

Se produjo un silencio en el que Paul se encerró en sí mismo. Bluebell pensó que la conversación había concluido, pero entonces la voz profunda rasgó el aire:

—No. No fue por eso. Eres joven, hermosa y plena de vida... Muchos jóvenes se sentirán atraídos por ti, y a ti te gustarán ellos. Yo no puedo competir, ni tengo derecho a hacerlo.

—No tengo ningún interés en nadie ni remotamente parecido a esa clase de gente que describes. Y me ofende que lo consideres posible siquiera, y también que una idea semejante te enojase.

—Supe de tu afecto por cierto artista... Creí...

—¿Todo esto es por Achille Lapointe? —La joven rio sorprendida y aliviada—. Sólo es alguien simpático con quien me gustaría hablar; suelo aburrirme. No me gusta, no es mi tipo.

Paul se sintió abrumado. La alegría y la timidez lo embargaban por igual.

—Por favor, no —dijo—. Sólo trataba de conseguir que vencieras el pánico escénico. Sólo eso.

Los ojos de Bluebell se habían encendido como dos poderosas llamas crepitantes.

—Jamás habría pensado que padecía algo así, luego he comprendido que es un padecimiento muy viejo en mí, esencial, tan antiguo como yo misma. No lo quiero en mi vida. En mi vida quiero lo que quiero.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Quiero al hombre que irrumpe en mis sueños.

—¿Por qué?

—Porque él me ha dado la fuerza para creer en mí.

—Quizá el hombre de esos sueños necesite un compromiso para que puedas tenerlo.

—¿Cuál?

—¿Podrías quererlo sin verlo? Podrías hablarle, podrías tocarlo, pero jamás verlo...

—Pero ¿por qué?

—Para que no se rompan esos sueños, pues él vive prisionero en ellos. Si el sueño se desvaneciera, él se desvanecería también. Si lo amas, no pierdas el sueño.

—Pero yo quiero que sea real.

—El tiempo convierte en realidad lo que empieza como un sueño, tan sólo debe transcurrir. ¿Permitirás que transcurra ese tiempo?

—No habrá otro tiempo para ti y para mí más que el nuestro...

—Adiós, ángel mío, nos veremos en tus sueños —susurró.

—¡Nunca dejaré de soñar! —gritó Bluebell a las paredes del corredor mientras saltaba en dirección al salón.

IV

No sé quién soy. Me dicen en la casa en la que me hospedo que vivimos en el año 1920, y lo creo, y si me hablasen de cien años adelante o atrás también lo creería, pues no poseo referentes, no recuerdo nada anterior a mi llegada, ni personal ni general. Es como si en mi interior hubiese un agujero inmenso por el que se ha perdido todo, y da vértigo asomarse. Por tanto, no existe ningún motivo para no creer cuanto me dicen, y aunque me invaden las dudas, éstas no se refieren a tales asuntos, más bien tratan de mí. He llegado a pensar si existo en verdad, si soy real o tan sólo producto de un sueño... Sobre todo, cuando veo mi imagen reflejada en el espejo... Veo a una joven divertida y agraciada, pero es una desconocida, podría tratarse de un habitante más de la casa, y yo existo sólo como un fantasma. O peor, porque hay fantasmas que no están muertos ni vivos, sólo son cuerpos sin mente. Sueño constantemente con una puerta roja que debo abrir. A veces está en el bosque, otras al final del camino, a veces en mitad de la nada, y otras al final de un largo y tenebroso pasillo, pero siempre cerrada, y si alguna vez parece estar abierta, en cuanto la alcanzo se cierra y desaparece. Sé que en algún lugar de mi mente conmocionada existe la senda que me conduce a ella... El doctor Baudin, que se ha convertido en un buen amigo, afirma que superaré el shock el día menos pensado y que no debo hacer otra cosa más que vivir mis días con tranquilidad para conseguir que tan ansiado hallazgo se produzca. Entonces, deberé ser valiente, seguir el camino, y cuando esté ante la puerta..., abrirla sin titubear, y sólo así volveré a mí. En tales términos se expresa el doctor Julien Baudin, y también lo creo.

El conjunto de todo resulta desquiciante. Suerte que tengo a la señora Allard, ella siempre vela por mí, me cuenta tantas historias de la mansión y sus sucesivos propietarios que me parece formar parte de la familia Clermont no siendo más que una auténtica intrusa. Pero cuando me habla de monsieur Paul Clermont, su voz cobra un matiz dulce dentro de lo sargenta que pretende mostrarse siempre. Sus labios hablan del niño travieso y brillante que crio, del joven noble y honesto al que vio convertirse en un hombre de éxito, músico

aclamado de gran fortuna por herencia y por méritos propios. Nada hacía presagiar la tragedia en la que se vería envuelto y las dramáticas consecuencias ulteriores. Sin embargo, de su corazón surgen las palabras más cálidas y repletas de orgullo, con las que cualquier madre se referiría a su hijo. Es hermoso escucharlo y melancólico a la vez, porque me habla de ese amor inquebrantable que yo no conozco aún.

Paul Clermont leía las páginas del diario de su invitada sin pretenderlo. Sabía que ella se encontraba en las inmediaciones del *château*, ocupada en la recolección de moras y frambuesas junto a Sophie, y había entrado en la habitación para dejarle el ramillete de campanillas. La brisa de la mañana provocó el revoloteo de las hojas, que, al fustigarse entre sí, produjeron un sonido que atrajo su atención. Se acercó con el propósito de cerrarlo, pero la última frase escrita lo sedujo y, sin darse cuenta, quedó cautivo de su lectura casi desde las primeras páginas. Algunas frases levantaban una leve sonrisa en sus labios, otras no. Ni siquiera reparó en un pañuelo de caballero, perfectamente planchado, que reposaba en un departamento del buró.

El doctor Julien Baudin fue quien me aconsejó escribir mis ideas en un dietario, y eso hago. Ha transcurrido mucho tiempo desde mi llegada y he decidido que quiero conocer a monsieur Clermont. Me gusta, la música me dice que podría amarlo, por eso necesito ver su rostro, dos desconocidos contemplándose, sería hermoso... Si se atreviese a hablarme..., yo lo escucharía con los ojos cerrados.

Paul bajó los párpados y sintió el poder de aquellas palabras dentro de sí. Reemprendió la lectura, necesitaba saber más:

La música mitiga mis males. La música parece habernos unido a mi enigmático anfitrión y a mí. Él sigue encerrado en su torre, pero tras mi metedura de pata, él ha tocado el piano para que yo cante. Fue tan extraño como hermoso, él tocaba y yo cantaba, pero en medio de ambos se alzaba una torre de pesada piedra antigua, como metáfora del muro

que nos separa. Resulta abrumador saber (por la señora Allard, mi gran confidente) que he sido la causa de que vuelva a tocar después de tantos años. Yo tenía miedo de cantar y él de tocar, pero juntos hemos podido hacerlo. ¿Quiere decir eso que nos necesitamos? ¿Eso es lo que quiere decir? Cuando he oído por primera vez su voz, algo muy fuerte ha conmovido mi interior. Su voz profunda y grave me transmite la imagen de un hombre atractivo y varonil, no puedo imaginarlo de otro modo. Y deseo verlo con todas mis fuerzas.

Paul quiso mirarse en el espejo, pero no pudo hacerlo más que en modo oblicuo y durante una fracción de segundo. Prosiguió con la lectura; pensó que Bluebell empleaba una caligrafía poco ortodoxa, algo salvaje y desaliñada, pero de correcta ortografía.

Sin embargo, para él debe de haber resultado una experiencia contraria a la mía. Lo sé porque no he resultado de su agrado, y ello me ha desesperado. Mejor dicho, indignado. No ha tenido en cuenta mi gran esfuerzo para superar el miedo que cerraba mi garganta, he sido capaz de cantar, pero parece que eso no le ha parecido suficiente porque me ha criticado sin piedad. Si vuelvo a cantar para él, beberé algo fuerte antes. Si no, no voy a atreverme jamás, después de lo que me ha dicho.

La señora Allard me anima, me escucha, me consiente, incluso me defiende. Si no fuese por ella, ya me habría ido. Iba a hacerlo, pero las nevadas me detuvieron. De todas maneras, quiero ir a París pronto, quisiera ver a mi amigo Achille Lapointe y devolverle su pañuelo; de hecho, quisiera mudarme a París. Creo que, con la próxima visita del doctor Baudin, lo haré.

Paul se sintió morir, miró en torno a sí y descubrió el pañuelo. Lo agarró con la furia reflejada en su rostro y, tras arrugarlo, lo guardó en un bolsillo. Zarandeó las hojas del cuaderno hasta hallar un nuevo párrafo en el que se centró:

Bueno, he estado pensando mucho, y me he decidido por mí. Quizá conseguir arrancar a cantar haya sido más importante de lo que parece, quizá la música ha arrebatado a mi verdadera persona de ese abismo insondable en el que vagaba perdida. Me siento distinta, me siento fuerte y confío en mí, porque, por primera vez, cuando me he mirado al espejo me he reconocido. No puedo recordar mi nombre, pero me he reconocido, me

he visto, he sabido quién estaba al otro lado. Era yo y no una desconocida de ojos asombrados, era yo y no otra. Y he sabido cómo soy, quién soy y qué quiero.

En algún lugar del mundo alguien me espera, ahora lo sé. Lo sé porque una canción ha salido de mí sin nacer porque ya existía. Estaba ahí todo el tiempo, sólo que no la recordaba. Empiezo a comprender qué clase de persona soy. Ayer el espejo me contó que soy una mujer decidida, con las ideas claras, sin tabúes, enamorada de la vida y tal vez de alguien, quizá me espera más allá del espejo, y no me refiero a un espejo material. No sé, siento o presiento que no estoy donde debo, que este lugar es un accidente, no sé explicarlo mejor, pero dentro de mí algo grita que todo es un error. ¿Será ese alguien el hombre velado de mis sueños? Mi anhelo es que lo sea, me roba el sueño de noche y me desvela de día... Oh, esto podría completar la canción, así le gustaría más a Clermont, el gran músico (en voz alta estaría remedando, pero sería injusto). Realmente es electrizante...

«¿“Electrizante”? ¿Qué clase de adjetivo es ése?», pensó Paul, pero siguió adelante con la lectura:

... un genio, pero es un engreído, un hombre antipático que me trata como a una mierda...

«¿Cómo puede escribir una dama semejante exabrupto? ¿Quién eres, Bluebell?», se preguntó Clermont sin dejar de leer.

Es igual. Con la próxima visita del doctor Baudin partiré con él y dejaré atrás este château más fantasmal que el fantasma que lo habita. Porque eso es Paul Clermont, un fantasma que me persigue, que no vive y no me deja vivir. Esto también lo añado a la canción, y así quedaría: «En sueños fue cuando te encontré, y aunque nunca te he visto, siempre te amaré. Cuando estás lejos, te siento cerca, pero cerca de mí, te alejas. Me pides que suba al cielo y en el infierno me dejas. Robas mi sueño de noche y por el día me desvelas, eres un fantasma y un fanteche...».

¡No! Y un fanteche, no. Lo cambiaré por «eco».

«... robas mi sueño de noche y por el día me desvelas, eres un fantasma, un eco, una sombra, me persigues y no vives, ni vivir me dejas, pero tampoco me consigues. Algo

dentro de mí grita que todo es un error, que yo no soy de aquí y tú no eres de allí. Sí, lo haré, subiré al cielo por ti, y no habrá otro tiempo para ti y para mí más que el nuestro. Juntos podemos detener el curso de los ríos y hacer volar el mar, tal vez caminemos por las nubes porque es ahí donde los sueños están. En sueños fue cuando te encontré, y nunca voy a dejar de soñar.»

—Tú eres el genio, ángel mío —murmuró Paul entristecido—. Y yo, estúpido, te he dejado escapar.

Tiró las flores y el pañuelo sobre el lecho y salió.

V

A media tarde, Bluebell entró en su habitación con la intención de escribir; se dio cuenta de que alguien había husmeado en su cuaderno y, cuando vio las flores y el pañuelo tirados sobre la cama de cualquier forma, salió urgida en busca de Paul. Quería aclararle lo obvio para ella: Achille no significaba nada, sólo él ocupaba su mente y su corazón todas las horas del día. Corrió hasta la cancela, introdujo la mano para alcanzar la llave, pero no llegaba. Llamó al inquilino de la torre:

—¡Paul! ¡Monsieur Clermont!

Fue inútil, no obtuvo respuesta. Sin tiempo que perder, corrió a la cocina, recordaba la llave de René en la alacena. Por fortuna, halló la dependencia vacía. Accedió al mueble, ¡allí estaba la llave! La cogió y regresó a la cancela. Le costó un poco abrir y los goznes chirriaron demasiado para su gusto, pero subió los angostos escalones sin ningún remordimiento, impulsada por la idea de enfrentarse a Clermont y aclararlo todo cuanto antes. No podía permitir aquel estúpido malentendido. Excitada ante lo desconocido y sin poder imaginar qué encontraría, cruzó el umbral. Cuando se halló en el salón, el corazón, que hasta entonces le había latido como el galopar de mil caballos, se le detuvo por el asombro. Descorrió los cortinajes que tapaban las ventanas de vidrio emplomado y la radiante luz del día dotó al lugar del justo resplandor para admirarlo. Era simplemente hermoso, poético, romántico. Se fijó en los espejos de marcos labrados en oro veneciano, tapados por pesadas piezas de terciopelo rojo; cuadros de diferentes tamaños rompían la monotonía de las paredes y abrían la vista a paisajes y personas; partituras y libros por todas partes y el piano de pared. Embelesada, lo llamó dos veces entre

cohibida y urgida: «Clermont, Clermont», pero sólo el silencio le respondió. Admiró el piano e imaginó al hombre velado, allí sentado, ejecutando cualquier pieza con aquella pasión torrencial capaz de arrastrar a su vórtice cuanto hubiese a su alrededor, y sintió una oleada de amor tan intensa que la ruborizó. Fue en ese preciso instante cuando sus ojos se posaron sobre un cuadro a su derecha. Era grande y había sido cubierto por un terciopelo como los espejos. Intuyó que podría tratarse de un retrato de su anfitrión y, sin dudar, se acercó con la intención de descubrirlo. Ya tenía el cordón agarrado para tirar del cortinaje cuando oyó un ruido proveniente del corredor. Estremecida, se parapetó de un salto detrás de la mesa, en pos de refugio. Tras un momento de tranquilidad absoluta, comprendió que no había motivo de alarma y curioseó por el mueble. Apoyadas sobre un montón de papeles encontró unas lentes. Examinó los pliegos y descubrió apuntes, notas y el esbozo de una canción. La leyó: «Cantaste para mí, en sueños fue, fantasma yo, a tu lado volé. No me ves, pero estoy. Yo velaré tu sueño, porque en sueños fue cuando más te amé, en sueños fue cuando me regalaste tu ser, ¿por qué? Un monstruo soy, no me importó, perdí la razón, me llevé tu corazón, porque el mío en ti latió. Cuando yo te sueño, tú me ves, cuando yo te miro, me sueñas tú, y sólo cuando reina la noche puedo contemplar el rostro que me permite respirar. Porque te amo, más que la luna al mar o la tierra al sol. Voy a romper la maldición que nos impide continuar por las mañanas lo que empieza en la oscuridad. Yo velaré tu sueño y lo haré realidad».

Hubo de enjugarse una lágrima; aquella canción era una declaración de amor que hirió su corazón. Él escondía aquellos sentimientos por ella... Quedó aturdida, no sabía si echarse a llorar o reír, no sabía qué hacer. Tomó un papel en blanco y una de las plumillas y escribió:

Paul Clermont, te amo más que la luna al mar o la tierra al sol. Y así será por toda la eternidad. No hay lugar para nadie más en mi corazón. Ven a mí y lo comprenderás.

Dejó la nota sobre la canción y, en estado melancólico, atravesó la entrada a la cámara privada. Sobre la ropa de cama, una camisa reposaba descuidada, ella la tomó en sus brazos y el olor a cuero y a cedro envolvió sus sentidos. Lo aspiró con avaricia y, tendida, se abrazó a la prenda y de este modo se durmió.

A pesar de que Paul entró sin hacer ruido, Bluebell se despertó. Al principio no quiso abrir los ojos.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó él.

—¿No te enfadas?

—Claro que estoy enfadado.

—Perdón, necesitaba que supieras...

—Chist..., lo he leído...

—Leí tu canción...

—Chist...

Ella notó sobre su piel la cálida respiración que tanto la agitaba.

—Quiero sentir tus labios sobre los míos —musitó.

En la oscuridad, sus otros sentidos se agudizaron y percibió con intensidad su leve respiración, la calidez de su piel y el suave aroma. Todo la rodeaba y penetraba en su interior apresando sus sentidos. Embriagada, sintió un dedo recorrer su brazo desde el hombro hasta la mano, sin prisa, sin pausa... El beso no llegaba, y ella con la boca entreabierta lo anhelaba, la respiración alterada, abierto el cuerpo, abierta el alma. Entonces los labios se acercaron, pero no se posaron, sintió de nuevo el dedo al recorrer su flanco hasta circunvalar el dorso. Sintió cómo le daba la vuelta y apartaba la ropa de su espalda, y la piel extasiada recibió el roce de esos labios ansiados, casi sin querer al principio, poco a poco, bajando los desniveles de una columna capaz de expandirse hasta el universo con cada roce. Sin abrir los ojos, sin saber cómo era, sentía su poderosa presencia dentro de sí, y en su mente sólo él se dibujaba, sin definición; no era preciso, porque el poder de su amor lo llenaba todo. No hacía falta verlo cuando sus manos, su piel y su respiración sobre

ella acaparaban y provocaban el estallido de todas sus terminaciones nerviosas. Sus manos la habían agarrado por la cintura, sus labios entretejían la espalda anhelante, de un lado a otro, sin cesar. La mujer, crecida como diosa de fuego, se contorsionó y, notando el peso del hombre y el vigor de su masculinidad sobre su cuerpo mortal, perdió algún quejido de placer. Él la encaró hacia sí y tomó su rostro entre las manos:

—No abras los ojos —le pidió.

Y al fin posó sus labios sobre los de su amada y ella los abrió como una flor se abre al rocío de la mañana. Fue dulce, fue intenso, fue apasionado, y ambos sintieron el estallido del fuego encendido en el centro de su cuerpo expandirse hacia cada extremo de su ser. Entonces el amante reposó la cabeza sobre el pecho de la amada y, abrazado a ella, le preguntó:

—¿Qué deseas en este momento?

—A ti.

Él retiró la camisa con suavidad, dispuso los brazos de ella en cruz y la sujetó con sus manos. Inmovilizada y en la oscuridad de sus ojos cerrados, ella lo presintió y un esplendor distinto penetró en su mente, llenándola con la fuerza de él. Cuanto él sentía lo sentía ella. Recibió como suyo su impacto sensorial al descubrir los senos blancos, grandes, de piel suave, y cuando topó con los extremos enhiestos imposibles de doblegar ante las incesantes caricias. Sintió su respiración dificultosa, sintió las palmas rozando la piel de sus pechos al principio y hundiéndose en ellos después, sus gemidos acompañados con el contacto de piel con piel. Los labios regresaron a los labios y luego bajaron al cuello, y a continuación se perdieron en las montañas del placer. Ella no podía soportarlo más, era un estallido sensorial tras otro, en oleadas cada vez más intensas. Lo atrajo hacia sí, con un movimiento de las piernas.

—Ven —le pidió al oído.

—¿Estás segura?

—Ven...

Entonces sintió el peso de su cuerpo al abrazarla, y cómo el suyo se abandonaba en respuesta cuando entró en ella con ansia feroz.

Bluebell se despertó de repente. La camisa de Paul seguía sobre su cuerpo. Extendió el brazo para tocarlo, pero sólo halló el vacío bajo las sábanas. Abrió los ojos, miró en derredor: todo seguía igual, como si nada hubiese ocurrido.

Saltó de la cama y se atusó la ropa a toda velocidad, urgida por el pánico al comprender que había cometido una gran temeridad. Devolvió a su lugar cortinajes, tapices y terciopelos en ventanas y espejos, y procuró dejarlo todo tal como lo había hallado. Cuando pasó junto al gran cuadro cubierto, se detuvo.

—¿Cuánto tiempo ha de pasar para que seas real? Da igual, porque siempre te esperaré, seas sueño o realidad, te amo y te amaré más allá del tiempo —le dijo al lienzo en voz alta.

Ya en la escalera, aún miró atrás y fue entonces cuando sorprendió una corpulenta sombra que escapaba hacia las profundidades del habitáculo. Medio paralizada por la impresión, reflexionó y volvió la cabeza una vez más, pero ya no vio nada. Se sentía culpable por haber roto la promesa de no cruzar la cancela, eso era todo. Sin embargo, huyó, huyó como alma perseguida por el diablo.

El buen tiempo había devuelto la vida a las calles parisinas, y, en particular, las terrazas de los cafés en las riberas del Sena bullían de público alborozado cual bandada de aves celebrando la abundancia. La humanidad

parecía haber renacido como la flora y la fauna, y el cielo, diáfano, permitía que el sol derrochase luz sobre los paseantes.

Ocioso, Achille se hallaba degustando un café y un buen cigarro mientras contemplaba a la gente en su deambular sin concentrarse en nada concreto, cuando una muchacha encapuchada en satén rojo llamó su atención. Creyó reconocer a Bluebell y la llamó varias veces, incluso corrió hacia ella al ver que no lo atendía y le dio un toque en el hombro cuando la alcanzó. Ella se giró sorprendida y él obtuvo un desconocido rostro indignado como respuesta. Regresó a la mesa cabizbajo para encontrarse con Oliver Mercier, que lo saludó afectuoso.

—Sabía que te encontraría aquí

—¡Mercier! ¿Alguna noticia para mí?

—Te estás haciendo rico, la exposición...

—¡Bah! Yo me refería a algo interesante...

—Ahhhh, a tu belleza gótica la encontraremos pasados los Altos del Sena, me he enterado: está en el *château* Clermont, *mon ami*. Podemos ir cuando tú quieras.

—Es un plan que me apetece mucho. Me siento en deuda con la Fortuna porque me sonría de este modo: no sólo tengo al mejor marchante del mundo conmigo, también al mayor chismoso de los mentideros de París.

—Ja, ja, ja —Mercier rio con ganas—, pues págale a Fortuna con un bonito cuadro, no vaya a retirarte su favor y se ponga seria. A mí no me conviene.

Rieron, tomaron café, agua con gas y fumaron hasta que acertó a pasar por delante el doctor Baudin. Caminaba apresurado, sin reparar en nada ni nadie, embebido en sus pensamientos. Oliver Mercier lo vio y lo llamó.

—¿Un café, doctor? —lo invitó.

Julien Baudin tomó asiento.

—¿Cómo van las cosas por el *château*? —le preguntó dicharachero.

—Oh, bien, supongo —respondió Julien mirando a Achille, a quien no conocía.

—Sí —reparó Oliver—, él es mi representado, Achille Lapointe, el joven talento fuera de serie.

—Conque éste es el artista cuya obra adquiriré el otro día. ¡Encantado! Soy su admirador.

—Me maravilla, señor... —Achille había tendido su mano.

Las encajaron.

—Es el doctor Julien Baudin. Médico y amigo personal del señor del *château* Clermont, y el único que lo ve aparte del matrimonio Allard y tu diosa gótica, claro. ¿No es cierto, doctor?

—No olvide al administrador, es otro de los elegidos —apostilló Baudin con sarcasmo.

—Ah, el viejo Desants, ¿todavía sigue al pie del cañón? Caramba —se admiró Mercier—. Bien, bien, doctor, ¿qué más puede contarnos del *château*? ¿Nos llevará un día de éstos?

—Como le dije, voy poco últimamente.

—En efecto, mantuvimos una charla de lo más edificante en nuestro encuentro. Gracias al doctor ya sé todos los detalles. Allí donde esté Clermont están sus leales René y Sophie. No falla. ¿Y qué es eso de que la muchacha ignora quién es?

—Padece un trastorno denominado amnesia —aclaró el doctor.

—¿Y por qué lleva tantos meses viviendo en el *château*? —preguntó Mercier sin disimular el rencor.

Julien Baudin se encogió de hombros y bebió café.

—Terrible, tal vez su familia la esté buscando angustiada todo este tiempo —comentó Achille preocupado.

—No hay manera de saberlo, ni su procedencia, ni nada sobre ella —explicó el doctor.

—Lo siento, no tenía ni idea... —El buen humor de Achille había cambiado.

—Bueno, pues la ayudaremos, ¿no es cierto, Achille? Es nuestro deber de

caballeros.

Julien miró a Oliver de modo sombrío.

—Me he prometido —anunció—, con Geneviève Grandian. El cuadro se lo regalé a su padre.

—¡Con la hija del modisto Grandian! ¡Enhorabuena, *mon ami*! Es..., ella es..., bueno..., agradable.

—Y mayor. Déjese de bobadas —ácido, el doctor acabó el café.

Achille arqueó las cejas y disimuló un silbido.

—Pero es innegable que lo ama —aseguró Oliver Mercier.

—Por supuesto que me ama, tanto como yo a ella.

—Claro, claro.

El marchante pidió otra ronda y añadió tres copitas de pastís.

—¡Cielo santo, a estas horas! —celebró Achille.

—Cualquier hora es buena para festejar a un amigo. ¿O no, doctor?

—No tiene escrúpulos —rio Achille.

—¡Naturalmente! No tengo ningún escrúpulo a la hora de admitir que soy un vividor. La honestidad siempre por delante y las puñaladas por detrás —se defendió Oliver con otra risotada.

Julien Baudin alzó su copa y la traición brilló en el cristal como el filo helado de una navaja.

VI

De madrugada, Bluebell percibió una vez más el regreso de aquella conocida respiración, la cálida caricia sobre su rostro, el tenue vaivén de los pasos, cómo se detenían ante la ventana, y una profunda voz elevar el eco de su nombre en un susurro envolvente que la mantenía prisionera del mayor deseo. Por la mañana, halló una nota apoyada en la vidriera:

Cautivo de tu mirada, me despierto cada mañana, porque de noche veo lo que el día calla. Entonces pienso y lamento: ¿es justo castigar a esta criatura celestial a soportar a un animal infernal? Te parezco un fantasma, pero en realidad sólo soy un monstruo de alma doliente y corazón enamorado.

Saber que el amor está al otro lado de esta pared, tan cerca de mi mano, y tan lejos a la vez, es como saber que nuestros mundos se ven sin poder tocarse como si los separase un cristal. El cristal del tiempo, porque el mío ya pasó y el tuyo está por venir, yo soy un viejo acabado y tu juventud justo ha empezado. Existes más allá de lo que merezco, y comprenderlo no hace más que aumentar mi desdicha, pues yo no sabía de mi infelicidad hasta tu llegada. Pero aún peor sería vivir conociendo la tuya, por ello debo dejarte partir, te llevarás mi corazón, eso tenlo por seguro, y a cambio yo nunca más sentiré nada. Que mi sacrificio te dé la gloria que mereces.

Te amaré más allá del tiempo.

Cogió el ramillete y corrió hasta la cancela, tiró dentro las flores con furia y llamó a Clermont con todas sus fuerzas. Al no obtener respuesta, le habló

furiosa:

—Sé que estás enfadado conmigo, pero eso no te da derecho a enviarme cartitas dramáticas para que me sienta fatal. No me manipules. Odio la manipulación. Ahora soy yo la que está enfadada, ¿me oyes? ¿Qué locura es ésta y por qué la soporto?

Esperó una réplica, sabía que él estaba arriba porque vio la llave colgada.

—¡Háblame! ¡Maldita sea! —gritó.

El silencio hizo que le diera una patada al hierro. Acertó a pasar Sophie, que le ofreció una taza de té y la alejó de allí.

En la cocina y con el té caliente entre sus manos, Bluebell se calmó.

—No hay nada que una buena taza de té no pueda arreglar, ¿verdad, querida? —comentó alegre el ama.

—Eso dicen los ingleses.

—¿Cómo sabe eso, hijita?

Bluebell se encogió de hombros.

—Lo ignoro.

—También suele decirlo mi hermana, que vive en Londres, casada con un inglés, ¿sabe?

—¿Cuántos años tiene monsieur Clermont?

—Déjeme pensar... A ver, nació en 1891... Veintinueve. Veintinueve años.

—Pues no es tan viejo, me lleva diez años sólo.

—¿Usted tiene diecinueve?

—Sí.

—¿Lo recuerda?

—No, pero lo sé.

—Qué difícil resulta entender su dolencia...

—A mí también me cansa, y me irrita.

Bluebell dio una vuelta a lo largo de la estancia, abrió la boca varias veces; intentaba decir algo, Sophie lo sabía.

—Ha escrito al doctor para que venga a recogerla, ¿verdad?

La joven se hallaba frente al patio, mirando sin ver. Al oír al ama, inclinó la cabeza, ocultó el rostro entre sus manos y lloró.

—Sus lágrimas son de amor... —dijo Sophie conmovida.

—Es un amor imposible, señora Allard —respondió la joven secándose con las mangas.

Sophie, muy a su pesar, no dijo nada. Dio vueltas a su guiso, cortó unas zanahorias y de pronto, blandiendo una, miró a su interlocutora:

—Ante las situaciones difíciles es bueno dejar que el tiempo y la distancia pongan las cosas en su lugar. Es el único modo de arreglarlas, para bien o para mal.

—Es posible, yo sólo quiero acabar con esta tortura...

Bluebell se sentó a la mesa y comenzó a pelar habas con gran habilidad, no le pasó desapercibido al ama.

—¿Quiere oír un sueño? Es tan recurrente que necesito saber su opinión, señora Allard.

—Claro, cuéntemelo, querida.

—Un pañuelo de seda blanca flota en el aire y al caer sobre el césped se torna rojo como la sangre, y, con él, el césped y las campanillas que lo cubren. Una muralla de piedra me impide ver más allá, y tras de mí un rugido múltiple, extraño y temible me amenaza y me asusta. Sé que sólo yendo hacia delante hallaré refugio y seguridad, es algo que sé, aunque no pueda verlo ni comprenderlo. Y luego está una música que me acompaña, es electrizante, me gustaría reproducirla, pero no con el piano, no es posible con el piano...

La mujer, por completo interesada, le propuso varios instrumentos, pero Bluebell negó con la cabeza en todos los casos.

—Son guitarras, pero no son españolas, son guitarras... electrizantes...

—¿Por qué repite la palabra «electrizante»? No comprendo su significado.

—Tal vez sólo sean guitarras, después de todo...

—Guitarras. Bien. Estoy convencida de que ese sueño tiene mucho que ver con su vida. Es un claro mensaje. Tal vez signifique que pronto recuperará la

memoria.

Bluebell, en silencio, miraba a Sophie con los ojos muy abiertos, interiorizando la idea que le había transmitido.

La tensión fue en aumento en los siguientes días. No llegó ninguna nota del doctor Baudin en respuesta a la de Bluebell, y la angustia de la joven creció. Para colmo de males, el tozudo silencio de Paul. Era como si el mundo entero le hiciese el vacío. Una mañana se presentó monsieur Alphonse Desants. Tras una larga reunión con Paul, rechazó la invitación a comer, pero sí aceptó tomar un aperitivo. Sophie lo dejó en compañía de la huésped de monsieur Clermont, madeimoselle Bluebell, de quien monsieur Desants ya tenía referencias por René. Lo degustaron en la terracita ajardinada, antesala del laberinto. Monsieur Desants era un señor mayor, con calvicie y anteojos, muy gentil y de modales exquisitos.

—Me agrada conocerla, madeimoselle, al fin. Me han hablado tan bien de usted. René la aprecia.

—¿René? —La sorpresa de Bluebell fue mayúscula.

—Oh, sí, él es un viejo cascarrabias, pero de gran corazón.

—Vaya, no sé qué decir. Me atemoriza.

Desants rio y de pronto la miró a los ojos:

—También su anfitrión, tengo entendido.

—Perdóneme, no sé si me siento cómoda con esta conversación.

—Confíe en mí, lo conozco desde su llegada al mundo, igual que los Allard. He trabajado para los Clermont desde siempre, por eso me tomo tales familiaridades con usted. Cuanto le ocurre a Paul Clermont me importa.

Un pájaro trinó.

—Ahhh, pronto llegará la primavera —anunció, optimista, el hombre.

—Todavía hace frío —replicó Bluebell.

—Pero se está bien al sol. —El hombre dio una palmada y se frotó las manos—. ¡Me encantan estos días!

Tras una breve pausa retomó la conversación:

—Madeimoselle, lo sé todo. Él se ha abierto ante mí cual tímido impúber y yo lo he prevenido contra ciertas personas... En París no ocurre nada que no sepa antes mi barbero... Ja, ja, ja. La última comidilla es el matrimonio del doctor Baudin con la heredera Grandian. Ella es una mujer mayor, poco agraciada, pero con una inmensa fortuna. No lo espere usted.

—Vaya...

Bluebell no sabía qué aportar a la conversación, no le interesaba demasiado, excepto por el hecho de que ahora ya sabía a qué se debía la desconsiderada falta de respuesta del doctor. Desants prosiguió con la charla, parecía querer llegar a alguna parte:

—Paul es un buen muchacho, siempre lo ha sido. Sólo pensaba en su música. Llegó tan alto... Créame cuando le digo que tan grande es su corazón como su estupidez, y no está enfadado con usted. Sólo está asustado como un niño pequeño. Se vendrá conmigo a París, será buena compañía para mi esposa. Es un buen trato, ¿no le parece?

Alphonse Desants habló alto, con la intención de ser oído por todos los habitantes de la mansión, incluidos animales y plantas.

—Gracias, monsieur Desants, es muy amable. Necesito unos días para pensarlo. Sé que he desairado a monsieur Clermont; he sido una huésped desagradecida y grosera. Lo sé. He perdido su confianza.

—No, al contrario, *ma chère madeimoselle*. Es él quien no confía en sí mismo.

—No lo comprendo, yo le he demostrado que me importa. Él insiste en que me horrorizaría verlo, pero no es así. No lo es. Yo sólo veo al gran hombre que hay bajo ese cuerpo que sólo imagino. Es de ese hombre de quien me he enamorado.

—Y yo podría enamorarme de usted sin dudarlo, si fuese más joven. Ayyyy,

Paul. Paul no era así, pero la guerra y la maldad humana destrozaron su vida y truncaron su carrera. Su familia es muy antigua, desciende de condes distinguidos por Napoleón. Conserva el título, aunque jamás lo ha utilizado en público. Siempre ha preferido ser presentado como compositor. Tan grande como modesto, ya lo ve. La música lo era todo para él.

El hombre chasqueó la lengua, tomó un trago y prosiguió:

—Paul sirvió con honor hasta quedar destrozado por un obús. Al principio lo creyeron muerto, pero en el hospital reconocieron atisbos de vida y sobrevivió. Cuando pudo verse, descubrió que las cicatrices en el lado izquierdo de su rostro lo habían desfigurado. Estaba casado con Harrietta, una soprano maravillosa, y ambos formaban un dueto apasionante. Él componía para ella, ella le regalaba al mundo su voz... Se amaban. Cuando regresó a casa se encontró con la peor traición de todas: ella lo abandonó por su mejor amigo y representante, Oliver Mercier. Pero eso no fue todo. Se obligó a Paul a ofrecer un concierto para el que no estaba preparado, él fue incapaz y huyó del escenario. En el camerino hubo una discusión terrible entre él y Mercier. Paul se hallaba fuera de sí, había perdido el juicio, le propinó una paliza. Casi lo mata. Mercier lo odia terriblemente. Ahora es marchante de arte, el muy tunante, y Harrietta y él se han separado.

Bluebell abrió los ojos y los celos los atravesaron como un rayo.

—Está en América, y no volverá —aclaró en tono comprensivo y bondadoso.

El hombre apuró su copa.

—Ahhhh —resopló—. El escándalo fue mayúsculo y Paul se refugió aquí. Se avergüenza de tal manera de su aspecto que nunca rehará su vida a menos que...

—A menos que...

—Consiga creer en una mujer...

—Y ahora yo le he fallado...

—Usted no le ha fallado; es él, que vive prisionero del pánico. Durante un

tiempo, Baudin trató de convencerlo para que visitara a diferentes especialistas en cirugía facial. Hoy en día los avances en ese campo son espectaculares. Yo mismo suelo sacar el tema con delicadeza, como quien no quiere la cosa. Y por fin lo logré. Se va a visitar con el doctor Van Lunnen, un reputado experto holandés que hace poco ha abierto una consulta en Poissy. Albergo grandes esperanzas en el éxito.

—Si se operase, ¿correría peligro?

—Sí. —Monsieur Desants bajó la vista al suelo.

—Comprendo —musitó la joven.

A la caída de la tarde, Bluebell deambulaba por el laberinto cual espectro. Indecisa, pensaba que, si aceptaba la oferta de monsieur Desants, significaría no sólo abandonar el *château*, sino al hombre de sus sueños también, y entonces sueños y hombre se desvanecerían hasta desaparecer como una mota de polvo en la arena. El olvido rompería el hechizo. Pero si no aceptaba también le esperaba la nada, porque en aquel caserón no había nada, sólo un fantasma. No se engañaba a ese respecto. Necesitaba contemplar la llama anaranjada del ocaso al teñir nubes y cimas de rojo, esa dulce y lánguida extinción tras las montañas, después de sufrir la derrota en el combate diario contra la oscuridad. Sus cabellos, azotados por la brisa, formaban parte del espectáculo. Echaba de menos al hombre de sus sueños. Echaba de menos un abrazo, un beso, mirarlo a los ojos, una charla larga y tranquila... Echaba de menos todo cuanto anhelaba. Se hallaba cerca del puente de la torre cuando divisó una senda de campanillas azules y la siguió. Comprobó que el rastro se agrandaba hasta componer un manto en sí mismo y que conducía a un lugar imprevisto. Un diminuto umbral de hiedra abría el seto, era inapreciable a menos que el observador se detuviese ante él. No podía divisar nada de lo que había al otro lado, y tenía la fuerte sensación de que si lo atravesaba sólo

vería hierba, y que no podría dar marcha atrás. Recordó su andadura por aquel pasaje inexistente el día de la tormenta... ¿Sería allí adonde llevaría la enigmática entrada? Hizo el amago de introducir el pie, pero la voz del ama llamándola la disuadió y giró sobre sí misma para acudir a su encuentro. La halló en el estanque:

—La cena está servida, querida. Y, si le apetece, podemos jugar a los naipes después...

—¿Sabe, señora Allard? He encontrado el lugar donde monsieur Clermont recoge las campanillas.

—¿Ah, sí? No me diga...

—Sí, verá. Al fondo, tras el último recodo, en una esquina del tupido muro de cipreses, casi de modo imperceptible se abre un umbral en el que se enredan algunas campanillas azules. Muy pocas, tan pocas como las que salpican con timidez el césped circundante, ¿sabe? Yo las he seguido y me han conducido hasta allí.

—Bueno, querida, me temo que ha vuelto a soñar despierta. No existe ningún sendero de esas *bluebells* en este jardín, y, por supuesto, ninguna puerta de hierba ni nada parecido. Tras el muro de cipreses, otro de piedra hay, y tras él sólo el bosque umbrío aguarda, como ya le dije. Yo le mostraré la procedencia de esas campanillas del amor.

Y la condujo al patio, donde en el extremo se alzaba el lavadero. Apoyadas en sus paredes, unas grandes tinajas servían de jardineras, y en ellas, plantadas, las flamantes campanillas.

—Mire —le indicó.

Los ojos de la joven se agrandaron por la sorpresa.

—Jamás las había visto antes —dijo.

—Nunca transita por aquí —repuso el ama—. Las plantó él mismo, a partir de la flor que portaba en el cabello el día que llegó. La depositó aquí y de ella han crecido las demás. Desde entonces, crecen y crecen, como su devoción por usted.

De nuevo, el níveo velo desciende acariciado por la suave brisa. En lo alto brilla el sol, y la tierra de verde manto lo aguarda para acogerlo en su regazo. Pronto, el verdor azulea resplandeciente cuando brotan campanillas por doquier, pero una nube oculta el sol y se suceden las tinieblas. Entonces, un agudo dolor en el costado la avisa de que algo va mal, lleva la mano hacia el daño y al apartarla la ve ensangrentada. La sangre mana de la herida sin cesar y un torrente carmesí tiñe el velo, tiñe la tierra, tiñe el cielo. La joven, agitada en el lecho, está a punto de gritar, pero no puede, y su respiración se torna insuficiente, se ahoga... Hasta que sus ojos reciben la caricia de un cálido aliento, siente la piel reaccionar como si la corriente atravesara todo su cuerpo de extremo a extremo, y otra respiración, suave y calmada, se une a la suya hasta acompañarla. Siente que todo está bien y la placidez y la serenidad la embargan, sus labios sonríen en su rostro dormido y suspira el alma en el sueño del cuerpo rendido. Paul también sueña, pero despierto, mientras contempla a su amada con el corazón encogido. Su espíritu se debate por besarla sin detenerse ante nada. Pero no, mejor no. Deja otra nota en la ventana y un nuevo ramillete de campanillas. La amada, despierta, se cree ensoñada, sus ojos por fin le muestran al hombre anhelado. El deseo por abrazarlo y amarlo la desborda. El plenilunio viste de quimera a la elevada silueta que se recorta tras la ventana, descubre sus largos cabellos rubios, sus anchas espaldas, la delicadeza de sus manos al apoyar las flores junto al cristal...

—Quiero oír de tus labios lo que tu mano ha escrito...

Paul, paralizado por un instante, sintió que la tierra se abría como un abismo bajo sus pies... No podía darse la vuelta, no podía huir... Iba a pagar cara su imprudencia, o su arrogancia. Al cabo, se decidió a hablar. Su voz sonó más grave que de costumbre:

—El contenido de mi corazón está en ese papel, ya lo conoces. Porque te irás, querría que lo conservaras.

—Ven...

—No. Sólo estás soñando, no puedes mandar en los sueños, se gobiernan solos.

—No es verdad, los sueños son el rumbo que uno quiera tomar.

Bluebell vio cómo sus hombros se estremecían y su cabeza se inclinaba algo más, parecía querer esconderse dentro de sí mismo.

—¡Dios! ¡Te amo, *femme inconnue*! Y te amaré más allá del tiempo. Ya mis labios te han dicho lo que mi mano ha escrito.

Ella guardó silencio mientras unas cálidas lágrimas asomaban a sus ojos.

—No dices nada. Pobrecilla, te aterrorizo —prosiguió él.

—No. No digo nada porque creía que me detestabas...

—¿Detestarte? —Casi se volvió, pero se detuvo a tiempo.

Ella sólo pudo ver la ondulación del cabello sobre el rostro oculto. Se levantó, quería acercarse a él.

—¡Detente! ¡No te muevas! —tronó.

—No hace falta que te escondas de mí, lo sé todo y no me importa.

Bluebell veía su ancha espalda, estaba a punto de abrazarse a ella; el profundo silencio casi permitía oír el latido de ambos corazones. Él continuaba sin decir nada, era la desoladora evidencia del hombre prisionero de sí mismo. Ella lo hizo, lo abrazó por detrás y se sintió plácidamente diminuta, magnetizada por la calidez de aquel cuerpo enorme. Estrechó el abrazo y ahora sí pudo sentir los latidos del corazón en sus manos, golpeaban con agitación aquel torso grande como todo él.

—Tengo tu corazón en mis manos... Y me gusta —susurró.

Él no la rechazó, al contrario, se relajó y reclinó la cabeza hacia atrás.

—Me gusta —dijo—, mantén los ojos cerrados, por favor, recuerda tu promesa.

—No los abriré, pero a cambio quiero sentir tus labios sobre mi piel.

—Me pides que me pierda en ti...

—Sí. —Ella lo rozaba apenas, con las manos, la mejilla y la boca.

—No lo haré...

Entonces, de modo inesperado, la levantó y la puso ante sí. Seguían abrazados, tomó su rostro, la contempló, acercó la boca a sus párpados, rozó la nariz y se entregó a los labios de ella, que se abrieron como magnolias al nuevo día. El ardor del gran amor que ella le entregaba sin reservas prendió su alma. Su corazón, conmovido y henchido, no le cabía en el pecho y casi lo ahogaba. La tomó en brazos y la condujo de nuevo al lecho.

—Ahora debes descansar.

—No sin ti.

—Yo sólo soy un sueño. Cuando despiertes lo comprobarás.

—Entonces ámame como en la torre, porque sólo eres un sueño, nada malo ha de pasar...

Paul, dominado por el deseo, quería acariciar sus formas insinuadas bajo la transparencia del tejido. A punto estuvo de tomarla, sin embargo, logró contenerse, pasó un dedo desde el hombro hasta la mano, la entrelazó con las suyas y la besó.

—Duerme. Volveré.

Transcurrió un tiempo de silencio, no supo Bluebell cuánto. Cuando abrió los ojos y miró en todas direcciones, descubrió que tan sólo el vacío la aguardaba. Sin embargo, esta vez, el aroma a cuero y a cedro permanecía como el relevo de una aturdidora presencia real. Quiso levantarse para recoger la nota y las flores, pero el sabor del beso la mantenía en una ensoñación dulce y vívida y no quería olvidar cuanto había sentido. Todo latía en sus sienes y en su corazón. Y su pecho revivía henchido cada instante como si estuviese montada en un incesante carrusel de imágenes. A ello se rindió hasta que la inconsciencia la atrapó sin darse cuenta y sin poder saber si había soñado lo vivido o había vivido lo soñado.

Por la mañana halló la nota y el ramillete, en el mismo lugar donde lo soñó,

luego era verdad, allí había estado su amado. Presa de la mayor excitación, la rasgó y leyó. Era la canción de Paul:

Cantaste para mí, en sueños fue, fantasma yo, a tu lado volé. No me ves, pero estoy. Yo velaré tu sueño, porque en sueños fue cuando más te amé, en sueños fue cuando me regalaste tu ser, ¿por qué? Un monstruo soy, no me importó, perdí la razón, me llevé tu corazón, porque el mío en ti latió. Cuando yo te sueño, tú me ves, cuando yo te miro, me sueñas tú, y sólo cuando reina la noche puedo contemplar el rostro que me permite respirar. Porque te amo, más que la luna al mar o la tierra al sol. Voy a romper la maldición que nos impide continuar por las mañanas lo que empieza en la oscuridad. Yo velaré tu sueño y lo haré realidad.

Un hormigueo ascendió desde su vientre hasta su pecho. Guardó la carta en el cofre junto a las demás y, cuando se daba la vuelta para decidir ante el armario qué vestuario escogería, creyó ver que la moldura del espejo se bamboleaba. Se acercó, la observó, la tocó... Todo parecía en orden. Se encogió de hombros y lo olvidó.

VII

Achille se presentó en el ático que hasta la fecha de su desaparición había ocupado Paul Clermont, en la rue des Augustins, para encontrarse con lo esperado: el piso llevaba cerrado varios años. Según le informó el portero del inmueble, no era posible contactar con monsieur Clermont por ningún medio. Se comentaba en la vecindad que se escondía en su finca campestre. «Pregúntele a su administrador, vive cerca», le indicó el hombre, facilitándole la dirección. Tal información confirmaba lo que ya les había contado Julien Baudin; sin embargo, el doctor se había negado a acompañarlos al *château*, y a volver a verlos. «Ya les he dicho bastante», recordó sus últimas palabras. Oliver Mercier, obsesionado con la idea de presentarse, pensó que allí alguien podría dar razón del lugar. Él sabía de la existencia de la finca, pero jamás había estado allí. Le brillaron los ojos en la penumbra de la taberna cuando su joven amigo acabó de contarle lo sucedido, tiró el resto de su trago al serrín y pronunció con voz ronca por el rencor:

—Entonces ya sabemos adónde debemos dirigirnos, ya va siendo hora de que monsieur Clermont pague lo que debe, y tú podrás tener a tu dama.

A casa de Alphonse Desants se dirigieron para mantener un agradable encuentro. Quiso la casualidad que el administrador se hallase ausente, pero fueron recibidos por su amable esposa, una mujer postrada en silla de ruedas.

—Disculpe, madame, podemos volver en otro momento, no quisiéramos importunarla —se disculpó Oliver.

—No es ninguna molestia, caballeros. Paso muchas horas aburrida en esta casa, me gustan las visitas. ¿Café?

—No, no, es muy amable, pero no podemos demorarnos demasiado: los

negocios, madame, están reñidos con el placer, ya sabe.

—Qué me va a contar. Recuérdenme su nombre, por favor, qué tonta soy...

—Hermanos Portier.

—Bien —la mujer anotó—, tengo la memoria muy mal, muy mal, y suelo olvidar las cosas a la media hora, ¿saben?

Del jardín llegaba un dicharachero griterío infantil. Achille contó diez criaturas desde la adolescencia en descenso hasta el gateo. No le extrañó que le fallase la memoria, pobre mujer, no podía existir ser humano capaz de soportar algo así a diario.

—¿Son todos suyos? —preguntó con aprensión.

—Hay días en que no sé si lo son o es porque más de uno se cuele por mi jardín. Bueno, entonces... ¿podría ayudarlos yo en algo?

—Pues tal vez sí, aunque no sé, tenemos un asunto que tratar con Cler..., monsieur Clermont en el *château*, y necesitamos las señas. Habitualmente nos entendemos con el señor Allard, en el mercado, pero esta cuestión es urgente y no admite demora. —Oliver afectó un tono casual.

—Oh, claro, porque además eso está muy escondido, sí. Guardo por aquí la dirección, y un croquis que aclara muy bien cómo llegar. Tengo una agenda, ¿saben?

Madame Desants, empujando las ruedas de su silla, se movió por el salón hasta llegar a un bufete, donde abrió un cajón. De él extrajo un bello librito encuadernado en piel roja, lo consultó, tomó una cuartilla y un plumín, pero no escribió nada; cavilaba algo. Mercier aprovechó el momento en el que les daba la espalda para recuperar el apunte con sus nombres falsos y tirarlo al fuego. La mujer lo dejó todo como estaba y, contenta, regresó junto a ellos. Oliver miró a Achille en connivencia y éste se situó a espaldas de madame Desants.

—Permítame ayudarla, madame. —Empujó la silla hasta los ventanales.

—Es muy amable, pero estoy acostumbrada, puedo yo sola —protestó ella.

Los niños armaban un alboroto ensordecedor, ambos se distrajeron un

instante en su contemplación.

—No es ninguna molestia, sino un placer —dijo Achille, dicharachero.

Oliver aprovechó para acercarse al bufete con el movimiento de los cangrejos, palpando, abrió el cajón y lo tentó hasta encontrar la agenda. Satisfecho, guardó el librito rojo en el interior de su chaqueta y regresó a su posición de modo imperceptible. Cuando Achille encaró a madame Desants, ella no advirtió nada.

—Es obvio que soy un desastre —se excusó ella—. Tengo una agenda, pero no está ahí, ahí sólo está mi diario. Puede que la haya cogido mi esposo, suele utilizarla a menudo. Lo mejor será que lo esperen, no creo que tarde. ¿Café?

—No se moleste más, madame, muchísimas gracias por su amabilidad. — Los ojos de Oliver chispeaban como los de un depredador con la panza repleta—. Volveremos en otro momento, cuando monsieur Desants se encuentre en casa.

Acostada, Bluebell contemplaba la danza de las sombras en el techo. El viento azotaba los árboles en el exterior y los rayos de luna penetraban en la oscuridad de la habitación, dotándola de una luminosidad argentada y un halo de irrealidad. No recordaba cuándo había sucumbido al sueño y cerrado los ojos, pero así era en el momento de oír el rumor de los cortinajes al ser rozados y unos pasos de intención sigilosa. Se removió inquieta en el lecho y, al incorporarse, oyó la voz grave del hombre velado. Él estaba allí:

—Sabes que no debes mirar.

—No miro.

—¿Te irás con Desants?

—Tal vez...

—Comprendo.

—Lo siento.

—No lo sientas. Será lo mejor.

Afligida por el triste tono de su voz, cedió a la tentación de entreabrir los párpados. A través de un mínimo resquicio, logró apreciar en el ensueño del plenilunio el motivo de su deseo, la figura que daba forma a su invisible y, sin embargo, tangible amado. Vio una silueta de elevada estatura, fuerte y atlético cual guerrero de la antigüedad. De perfil, contemplaba el ventanal. Peinaba el cabello hacia atrás y trenzaba sus barbas al uso de los vikingos. Una máscara ocultaba la parte superior de su rostro, refulgió en respuesta a la luna, o acaso fuesen los atentos ojos escondidos tras ella. Lo contempló extasiada, el amor que sentía por él brotó desde lo más recóndito de su ser, cada célula de su organismo tiraba de ella para entregársele.

—Olvidémoslo todo y a todos. Que se desvanezca el mundo. Nada es real, salvo tú, yo, aquí y ahora —le dijo.

—Pero ¿dónde estabas hasta que te conocí?

—No lo sé.

—Creía haber conocido la felicidad y la desdicha, pero no era verdad. La felicidad empieza en ti y la desdicha cuando tú no estás.

—Bésame...

Paul se volvió de repente y ella presionó los párpados para dejarlos bien cerrados. A pesar de que la oscuridad había regresado, la luz de su amado explotó en su interior procurando color hasta el último rincón, un mundo iridiscente la llenaba.

—Si te beso, no sé si podré frenar mi... enorme deseo de amarte.

Bluebell retiró las sábanas y Paul la vio desnuda. Decidida, tomó uno de los velos del dosel y se envolvió con él a modo de túnica. Su hermoso cuerpo, tan resguardado como expuesto, embrujó a Clermont, que no iba a ser capaz de razonar mucho más, poseído como estaba por el ímpetu del instinto. Ella se le acercó, no lo suficiente, porque iba a tientas, pero entonces él la tomó con suavidad de la muñeca y pudo tocarlo y aspirar el penetrante aroma de su piel, y el perfume a cedro y a cuero la embargó. No podía creerlo, él era real. Lo

abrazó, oyó el sonido de su corazón, que latía algo desbocado, como el suyo. Lloró de emoción, él besó sus lágrimas y la tomó en brazos, la llevó al asiento de la ventana, y sus sombras se unieron en un beso apasionado.

—Qué voy a hacer sin ti... —susurró Paul al oído de su amada sin renunciar al abrazo.

—No permitas que el sueño se desvanezca, lucha por mí...

—Lo hago, hoy y todos los días de mi vida.

Permanecieron abrazados en silencio, sintiendo como propia la respiración del otro, sintiendo el calor de sus cuerpos, el amor de sus corazones, sintiendo, sólo sintiendo. Los labios volvieron a encontrarse en un profundo y largo beso. Paul contempló a su amada de ojos cerrados y cuerpo rendido a sus brazos. Su desnudez bajo la transparencia del velo lo llamó a acariciarla a través de él. El tacto sedoso de los senos y la cintura lo enloquecieron. Saboreó las enhiestas cimas de la locura y ella gimió al compás de las incesantes caricias, cada vez más apasionadas. No se desvistió, tan sólo separó algo de su ropa. Apretado contra ella, no le quitó el velo, tan sólo lo subió hasta la cintura, mientras sus labios ardientes se deslizaban por el trémulo vientre. Ella se contorsionó en respuesta y él tomó sus pechos erguidos a través del tejido vaporoso... Entró en ella con la fuerza del deseo urgido, ambos gritaron, y los gritos siguieron con cada roce de las manos sobre cada parte de los cuerpos, con cada movimiento de las pelvis unidas. El máximo placer se adueñó de cada rincón de su ser hasta quedar dominados por un frenesí que convirtió sus mentes en una sola; eran el uno del otro. Se agitaron, se arquearon, se convulsionaron, rodaron por el suelo, ella quedó encima, y siguieron los espasmos hasta alcanzar el paroxismo que estalló en el firmamento.

—Cautivo soy de tus caprichos, amor que oprimes mi pecho y elevas mi alma al infinito cielo.

—Te amo más que a mi propia vida... Si pudiera verte no te amaría más que ahora.

—No te empeñes en romper nuestro dulce sueño, ángel mío.

—Amor, tú eres mío, yo soy tuya. Nuestros corazones están unidos por una alianza de fuego, ese vínculo sagrado nada ni nadie va a poder romperlo ya.

—Te amaré más allá del tiempo, mi vida —murmuró Paul semidormido.

—Y no habrá otro tiempo para ti y para mí más que el nuestro.

La joven enamorada reposó la mano sobre el pecho de su amado y, acompañada por el ritmo de su corazón, se durmió.

«Has mirado. Has roto la promesa. Por tu culpa el sueño se ha desvanecido con el hombre que amas dentro...» Una voz había gritado esto. Bluebell saltó de la cama, con los ojos muy abiertos y asustada. Buscó a Paul, pero no estaba. La había depositado sobre el lecho y se había ido. La claridad del ventanal y el canto de los pájaros más madrugadores le advirtieron que había entrado la mañana. Vio su desnudez en el espejo y cogió un salto de cama para cubrirse. Antes de hacerlo observó su cuerpo, su piel le devolvía la fragancia de él. Que habían pasado la noche juntos era una realidad. Se enfundó el ropaje y descubrió una nota. Era breve, pero logró devolverle la calma y dibujar una enorme sonrisa en su rostro: «*Je t'aime, ma Bluebell*». Le parecía que el corazón iba a estallarle de felicidad.

En el jardín, junto al estanque, Bluebell y Sophie mantuvieron una conversación sincera. La joven abrió su corazón al ama y ésta, a su vez, le habló sin reservas.

—¿Se marchará, entonces, con Alphonse Desants?

—Es posible, pero todavía quisiera pensarlo un poco más.

—¿A qué viene esa indecisión, querida?

Los ojos verdes de la muchacha eran una ventana abierta a su alma. El ama esperó conmovida las palabras que tanto anhelaba oír.

—Paul —empezó—, monsieur Clermont y yo... Sophie, yo... lo amo más que a mi vida, y él a mí, pero...

—Pero...

—Nada. Tal vez necesite tiempo para mostrarse sin necesidad de las sombras. Yo quiero tomarlo de la mano por este jardín bajo el sol, pasear nuestro amor por las calles de París, del mundo, y...

—Eso es lo que usted quiere —la interrumpió la señora Allard—, pero ¿se ha parado a pensar en lo que quiere él o necesita?

Bluebell inclinó la cabeza y bajó la mirada al suelo.

—Soy una egoísta, ¿verdad?

—No, criatura, es una mujer enamorada. Y esto me hace tan, tan feliz. Tenga paciencia y tome su decisión desde el amor y no desde el despecho.

—Ya no albergo temor alguno, toda mi confianza está depositada en él.

—Bien, querida, porque ha de saber que está decidido a ponerse en manos del cirujano. Dentro de pocos días desaparecerá por ese motivo, cuando menos lo esperemos. Tanto si se marcha con Desants como si se queda, él volverá para buscarla. Ésas han sido sus propias palabras.

Bluebell se volvió hacia el estanque, sumergió sus manos en las cristalinas aguas, las carpas huyeron en todas direcciones y ella contempló las palmas desdibujadas. Una nube tapó el sol y un escalofrío le provocó un estremecimiento. Retiró las manos y se marchó corriendo.

Lapointe y Mercier debatían la mejor manera de irrumpir en el *château*, y al final el joven artista logró imponer su idea de una avanzadilla personal. Merodearía por las inmediaciones a la espera de encontrarse con la joven a solas, sin necesidad de tener que soportar la presencia inhibidora del ama. El

doctor les había contado que la muchacha solía pasear a diario por los alrededores del caserón para recoger frutos silvestres, y el galán pensaba que, si la interceptaba, podrían mantener la conversación que él tanto ansiaba; incluso podría convencerla para acompañarlo, en mayor o menor medida, o persuadirla para hacerlo, en cualquier caso. Achille estaba seguro del éxito de su empresa y Mercier confió en él: si Achille lograba arrebatarse su dama a Clermont, la humillación sería grande y él se habría vengado.

Ocurrió en las primeras horas de la tarde. Bluebell regresaba con su cesto repleto por el sendero confluyente a la avenida del *château*, el sol de poniente hería sus ojos entornados y al principio no distinguió la silueta que le salía al paso. La abordó de tal manera que el cesto se le cayó y los frutos se desparramaron.

—¡Buenas tardes, madeimoselle! La luz ha regresado a mis ojos en el preciso instante de su aparición. No podría sentirme más afortunado.

—¡Santo cielo, qué susto! No puedo decirle lo mismo, casi me mata.

—No era mi intención, créame —respondió Achille, ayudando a recoger moras y frambuesas—, pero ha sido tal mi alegría cuando la he encontrado...

—Yo también celebro volver a verlo, aunque es el último ser humano que habría esperado aquí.

—¿Acaso no reciben visitas?

—No demasiadas.

—Pues a partir de ahora, cuénteme entre sus visitantes, no voy a permitir que languidezca aquí, como una prisionera.

—Señor, ni languidezco ni soy prisionera. Al contrario, soy muy feliz en este lugar.

—Lo siento, no pretendía ofenderla; eran tantas las ganas de volver a coincidir con usted que...

—Si me espera, le devolveré su pañuelo, pensaba acercarme a su estudio para hacerlo, ¿sabe?

—Cada día he soñado con esa posibilidad...

—Muy bien, monsieur Lapointe, entonces espéreme un momento.

Habían alcanzado el enrejado de acceso a la avenida y se detuvieron ajenos al movimiento de cortinajes de uno de los ventanales de la planta baja del caserón. Paul Clermont observaba inquieto, con los puños apretados debido a la tensión. No le gustaba lo que veía, y aunque no podía saber de qué hablaban, empezó a imaginarlo, incapaz de controlar su mente desbocada como un caballo enloquecido.

—¿Por qué no puedo acompañarla? Un minuto sin usted es toda una vida perdida.

—Ja, ja, ja, entonces aguarde tranquilo, porque cuando yo regrese volverá a recuperarla.

Ella se dispuso a entrar, pero él la agarró del brazo y la atrajo hacia sí.

—Olvida el pañuelo, dulce sol, a mí quien me importa eres tú. Ven conmigo y pondré el mundo a tus pies.

Entonces la inmovilizó con un fuerte abrazo, el cesto rodando por los suelos junto a todo su contenido, inclinó la cabeza, buscó sus labios y la besó a la fuerza. De nada sirvió que ella se debatiera con furia, quedó apresada por los labios y los brazos de Achille. Clermont, loco de celos, huyó a la torre arrollando cuantos muebles encontraba a su paso. No vio cómo ella lograba desasirse de la trampa, cómo le propinaba un empujón coronado con un bofetón en pleno rostro.

—¡Cerdo! No vuelva a acercarse a mí —rugió la joven dándole la espalda y corriendo a refugiarse en los setos del jardín.

—No estés tan segura —respondió a media voz el caballero Lapointe con los ojos brillantes y la mano sobre la mejilla.

La reprobadora mirada de René, con las manos aferradas a ambas hojas de la verja y dispuesto a echar el cierre, lo persuadió para dar la vuelta sin

necesidad de mediar palabra.

Con la caída de la noche, Bluebell entró en su habitación y se lanzó sobre la cama diario en mano, quería escribir. Echó una fugaz mirada al espejo, y sus ojos se agrandaron por la impresión cuando vio unas enormes letras. Se acercó como impelida por un resorte y leyó: «*nosihart*». Petrificada, confundida e incapaz de retirar la mirada de aquella palabra sin sentido, permaneció plantada ante ella en un intento de descifrar el enigma. La tocó y el trazo no sufrió ninguna alteración, por lo que comprendió que había sido escrita desde el otro lado del espejo, parecía grabada con algún instrumento punzante. «¡Por favor! —pensó—, ¿quiere esto decir que hay una cámara oculta al otro lado?» Su expresión se endureció, no sabía si sentirse admirada o enfadada. Entonces tomó su cuaderno y escribió «*nosihart*», y luego probó del revés, tal y como se hubiese escrito desde el hipotético reverso del espejo: «*trahison*». De repente, todo cobró sentido.

—*Trahison!* —pronunció en voz alta—. Traición, ¿yo? Oh, noooooo —casi gritó.

«!ooooooooooooN¡», rasgó en el espejo con el atizador de la chimenea. No sabía si serviría de algo, pero fue lo primero que se le ocurrió en su reacción desesperada.

Corrió directa a la torre y en la cancela gritó:

—¡Clermont! ¡Sé que estás ahí, responde, maldita sea! ¡Ábreme! ¡Voy a entrar, aunque no quieras!

No hubo respuesta ni tiempo que perder, zarandé la verja con el ánimo de armar alboroto y, para su sorpresa, ésta cedió. Entró, cogió la llave y cerró. Se volvió con precipitación y un pie se le quedó trabado en la trampa. Al tratar de sacarlo, la llave resbaló de su mano, se coló por uno de los huecos entre

las maderas y cayó al fondo, dondequiera que fuese a parar. Ahogó un juramento y trepó, más que subió, por los escalones de dos en dos.

—Paul —lo llamó—, Paul.

Sólo el tupido silencio la rodeaba y le respondía. Harta, se ayudó de una lámpara mortecina para encender el resto y, con la luz, redescubrió el lóbrego universo de ventanas, espejos, cuadros cubiertos y tristeza de su amado hombre sin rostro, y se sintió más conmovida que la primera vez.

—Paul, por favor... ¡Habla conmigo! —imploró—. No puedes haberte ido en la noche, ¿qué hay de nuestros sueños? ¿Qué va a ser de nosotros sin ellos?

La joven cerró los ojos, de los que resbalaban lágrimas de pena, y supo que él estaba allí, tozudamente escondido y callado. Percibió los latidos de su corazón, su cálida respiración, y el suave aroma a cedro y a cuero. Entonces abrió los párpados, se los enjugó y le habló calmada:

—Paul Clermont, sé que puedes oírme y me vas a escuchar. No te he traicionado: Achille me violentó. Tomó por la fuerza algo que yo jamás le habría dado. Ni sé cómo lo has visto ni qué has creído ver, pero yo te he contado la verdad.

Esperó en vano oír la voz del hombre sin rostro.

—Está bien —dijo muy apenada.

Se dirigió al gran cuadro cubierto de terciopelo y lo acarició con ternura. Se debatía en la lucha por descubrirlo y dio media vuelta forzándose a marchar, pero al final sucumbió al impulso y describió el cortinaje... Delante tenía un retrato de cuerpo entero de Paul Clermont, ¡el hombre de su vida aparecía ante ella derrochando nobleza a través de sus brillantes ojos azules como zafiros! Su porte gentil y atlético sugería una vida plena y apasionante. De facciones marcadas y angulosas, cabello rubio, corto y algo rizado sobre la frente, anchas y largas patillas lo enmarcaban, y un fino bigote perfilaba unos labios carnosos. Recordó el tacto de esos labios sobre su piel y un estremecimiento la recorrió de extremo a extremo. Saboreó el intenso y prolongado beso de esos cálidos labios. Ahora los veía, y su mente se sofocó

tanto como su cuerpo. Pero su mirada prosiguió atenta a cada detalle de la figura: los largos dedos de la mano derecha sostenían unas lentes y la mano izquierda se apoyaba sobre un piano. Iba vestido con un elegante frac. No supo cuánto tiempo transcurrió mientras, hipnotizada, era incapaz de moverse o hacer cualquier otra cosa más que mirar al hombre de sus sueños. Resultaba insoportablemente atractivo.

—Te amo, Paul Clermont, más que la luna al mar, más que la tierra al sol...
—y depositó un dulce beso sobre el lienzo.

Entonces su propia mente le advirtió de algo que nubló su vista y acongojó su espíritu y su corazón. Le pareció que el mismísimo retrato de Paul era el que abría la boca para hablarle: «¿Qué has hecho, Bluebell? Ahora que me has contemplado con los ojos abiertos, ahora que has desvelado mi rostro, ahora que has desoído mi ruego, no volverás a verme jamás, porque tú has roto el hechizo. Ahora, el sueño donde vive el hombre velado se ha desvanecido, y a cambio has ganado un cuadro inerte».

—Nooooooooo —gritó, tapándose los oídos—. ¡No! ¡No! ¡Noooooooo!

Cerró los ojos. Se precipitó sobre el cuadro.

—¿Ves? —dijo—. Mis ojos siguen cerrados. Nada ha cambiado.

Quiso abrazarlo, quiso hacerlo suyo, comprendió que había enloquecido. Trató de correr los cortinajes, pero sólo logró descolgar el cuadro y provocar su estruendosa precipitación sobre el suelo. Horrorizada, abrió los ojos, para encontrar el dorso del cuadro desballestado; el lienzo se había rasgado por los costados, era un destrozo. Le entró el pánico, lloró a gritos, dio inútiles vueltas por la sala y, deshecha, bajó la escalera. Trató de salir, pero la cancela permanecía cerrada, como era de esperar.

—¡René, Sophie! —llamó.

Nadie acudió. Luego estaba atrapada, a menos que hubiese alguna otra copia de la llave arriba. Subió de nuevo y rebuscó por todas partes, sin éxito. Quiso llegarse a las almenas, pero a la derecha del corredor descubrió un pasadizo bajo tres escalones. Lo siguió y no tardó en sufrir un impacto: el final

había sido rematado mediante un cristal a través del cual se veía su habitación. La palabra «*trahison*» continuaba allí, revelándole un engaño. Sintió un escalofrío, sintió un mareo, sintió furia, toda su culpabilidad se transformó en decepción y rabia. Pero aún le esperaba una sorpresa mayor, distinguió una cerradura en la moldura, buscó en derredor y se fijó en una argolla clavada en la pared, de la que colgaba una hermosa llave con algunas gemas en su ojo. La introdujo y un mecanismo respondió, entonces empujó el cristal y, en efecto, cedió como una puerta, procurándole paso franco a la habitación. Cruzó y halló la abertura del otro extremo. Se trataba de un cierre imperceptible. Confundido entre el ornamento, jamás lo habría descubierto, y comprendió, muy a su pesar, lo que jamás habría querido saber. Él entraba y salía cada noche de la misma manera y sólo por aquel lugar. Él había espiado todos sus movimientos. Quien decía amarla sólo había buscado poseerla.

«Me engañaste, has roto nuestro amor. ¡Tú eres el único traidor! ¡Te odio!», escribió en el cuaderno. Arrancó el papel, lo tiró por el hueco del espejo y dio todas las vueltas de llave. Se aseguró varias veces de haber cerrado bien. Reparó en el atizador que aún permanecía donde lo había dejado, sobre el tocador, lo cogió y se dirigió al ventanal. Escogió el lado izquierdo de la concavidad y horadó la pared con el gancho, trabajando sin descanso hasta desencajar una piedra. En el hueco depositó la llave, de nuevo ensambló la piedra, retiró los desperdicios, limpió la polvareda, y, satisfecha, tras comprobar que apenas se percibían señales del cambio, devolvió el atizador a su lugar en la chimenea y abandonó la habitación.

El resto de la noche lo pasó en la biblioteca, encogida sobre sí misma en el sillón, rodeada de libros silenciosos y un frío extremo, surgido de un hogar sin fuego y la tristeza de su corazón. Con las primeras luces del alba, despertó a René y le suplicó que la llevase a casa de Alphonse Desants. Las brumas de la noche aún se resistían a los claros del amanecer cuando partieron. Bluebell dejó atrás el *château* llevando consigo sólo su persona.

VIII

Paul se despertó sobresaltado, pero con una sensación de dicha imposible de soportar. Su amada respiraba plácidamente dormida con la cabeza sobre su pecho, aún yacían encima de la alfombra. Al mirarla sintió que nada más salvo aquel momento importaba en su vida. La depositó sobre la cama y la despidió con un tierno beso en la mejilla. Se vio en el espejo, y por primera vez en mucho tiempo afrontó su imagen. Determinado a luchar por su amor, tal y como había prometido, decidió en aquel instante acudir al cirujano y cambiar su destino. Sus ojos se posaron en el reflejo de su amada, sumida en sueños y una dulce expresión. «¡No más máscaras! —la arrancó de su rostro—, ¡no más sombras!» Tomó una cuartilla del buró y escribió: «*Je t'aime, ma Bluebell*». Su corazón dio una voltereta, alborozado.

Se presentó en la cocina en busca del ama. De nuevo la cara tapada, pero con una sonrisa de lado a lado y un brillo inusual en la mirada.

—Monsieur, ¿todo bien? —se asustó la mujer, que se relajó en cuanto comprobó la alegría del hombre.

Paul cogió un bollo recién horneado y lo mordió.

—No podría ser mejor.

—¡Cuánto me alegra oír eso, Dios lo sabe!

—He decidido algo...

Sophie colaba el café del puchero.

—Soy toda oídos —canturreó contenta.

—Bueno...

La señora Allard sirvió café en una taza, se volvió y la depositó en las manos de Paul. Acto seguido, lo miró con severidad como si fuese un niño pequeño e impuso voz de regañina.

—Nada. No me cuente nada. No quiero saberlo. No crea que en esta casa es usted el centro de atención.

—Yo no creo eso —rio Paul.

—Pues entonces cuéntemelo o váyase, porque tengo mucho trabajo.

Paul arqueó las cejas divertido.

—En breve partiré para Poissy. Viajaré solo. Le he escrito al doctor Van Lunnen. Me pondré en sus manos...

—¿Ya? Quiero decir...

—Él hará una primera valoración y me mandará volver cuando programe la operación.

—Es usted muy valiente.

—No, más bien creo que soy un loco.

—Loco por... alguien...

—Querida Sophie, nada escapa a sus sabios ojos. Si habla con nuestra huésped cuando yo no esté, dígame que... dígame que, tanto si se marcha con Desants como si se queda, volveré a buscarla.

Aquella tarde, Paul acudió al salón en busca de René. No lo encontraba por ninguna parte y miró por uno de los ventanales para ver si lo divisaba en algún rincón del exterior. Sin embargo, a quienes vio fue a Bluebell y a un individuo muy elegante. Parecían pasarlo bien uno en compañía del otro, charlando entre carcajadas. De pronto, él se arrodilló ante ella, ¿qué ocurría? ¿Acaso la pretendía y le declaraba su amor? Empezó a sentir el hervor de la sangre subiendo a su cabeza y nublando su entendimiento. Aquél no podía ser otro

más que el famoso pintor, ¿desde cuándo se veían? ¿Por qué Bluebell le sonreía tanto? ¿Por qué él, Paul Clermont, había sido tan estúpido y no se había declarado antes? ¿Por qué no lo había hecho todo antes, mucho antes? Sus nudillos palidecieron bajo la presión de los puños apretados. Los vio detenerse ante la verja como si el mundo a su alrededor no existiese, y entonces sucedió. Y fue como si una daga hubiese atravesado su corazón. Todo se borró menos el beso que Bluebell y Achille se daban. Hundido y furioso, regresó a la torre, tropezando con todo. Quería gritar y arrancar los jirones de su alma. Quería arrancar su corazón sangrante y lanzarlo lejos. Quería morir.

Abrió la cancela, colgó la llave, olvidó cerrarla, subió a sus aposentos y gritó hasta hacer temblar el edificio, que los pájaros huyeran y las nubes se deshicieran. Cogió un puñal y se dirigió al corredor de las almenas, tomó el pasadizo de la derecha y llegó a la gran luna de cristal donde podía verse la habitación de su amada, quien lo había traicionado. Miró las venas de sus brazos, dirigió la punta del puñal hacia su pecho, pero acabó volviéndola hacia el vidrio y lo golpeó con él. Lo clavó con todas sus fuerzas hasta dejar escrito «*trahison*». Luego fue a sus aposentos y se echó sobre la cama, necesitaba respirar, pensar, morir.

Las brumas del sueño profundo se abrieron de repente. Le pareció oír un griterío procedente del piso inferior: «¡Clermont! ¡Sé que estás ahí, responde, maldita sea! ¡Ábreme! ¡Voy a entrar, aunque no quieras!». Era la indiscutible voz de su amada, pero ¿era real o lo había soñado? Todavía no había abierto los ojos. Lo hizo, a la par que aguzó el oído, y sólo percibió silencio. Entonces oyó pasos en la escalera. ¡Era ella! Saltó de la cama, se guareció en el ropero y contuvo la respiración. Ni quería verla ni que ella lo viera. «Paul, Paul...», oyó su llamada de voz angustiada. La imaginó correteando por todas partes al oír sus pasos.

—Paul, por favor... ¡Habla conmigo! —imploraba—. No puedes haberte ido en la noche, ¿qué hay de nuestros sueños? ¿Qué va a ser de nosotros sin ellos?

Al percibir su dolor, se vino abajo, la amaba demasiado. Se dispuso a salir, quería abrazarla, besarla, pero el beso de Achille se interpuso como una visión nefasta que lo mantuvo firme en su terquedad. Ella aguardó en silencio y, para cuando habló de nuevo, su voz se había tornado suave, como insuflada de esperanza:

—Paul Clermont, sé que puedes oírme y me vas a escuchar. No te he traicionado, Achille me violentó. Tomó por la fuerza algo que yo jamás le habría dado. Ni sé cómo lo has visto ni qué has creído ver, pero yo te he contado la verdad.

Paul quedó trastornado ante esa revelación, la creyó y la culpa por haber dudado se apoderó de su espíritu. Se dio cuenta de que era un hombre enfermo, y no por su rostro deformado, sino por la amargura de su corazón, que lo había llevado a pensar mal de una criatura pura e inocente. Ella se había entregado a él y sólo a él y él la había traicionado. No pudo soportarlo. Abandonó el escondrijo y subió a las almenas. Quiso preguntarles a las estrellas, pero ellas existían más allá de las quimeras humanas en su misterioso e infinito silencio.

Ignoraba cuánto tiempo había pasado allí arriba. Cuando por fin se decidió a regresar a su habitáculo, no oyó nada ni había vida ni alma alguna transitaba. Tampoco había rastro de su amada. Descubrió el estropicio del cuadro. Lamentó tal hallazgo. «¿Se ha roto todo entre nosotros, amada mía? No lo permitiré.»

Bajó a la cancela, no halló la llave y sacudió el enrejado en un gesto inútil. Subió de nuevo y fue directo al pasadizo del espejo. Se avergonzó cuando sus ojos se toparon de lleno con la palabra «*trahison*», pero más aún cuando leyó «¡Nooooooooooooo!». No había tiempo para lamentaciones. Fue a coger la llave y no pudo creer que no estuviese, se cercioró y, en efecto, en su lugar sólo había la pared y la alcayata. Entonces, una bola de papel en el suelo llamó su atención. La recogió, la planchó con las manos y leyó: «Me engañaste, has roto nuestro amor. ¡Tú eres el único traidor! ¡Te odio!». Un nuevo pesar se añadió

a su ya maltrecho ánimo. Empujó el cristal varias veces sin éxito. Y regresó a la cancela. Llamó a René y a Sophie, pero nadie acudió, no lo oían.

Si bien no resignado, pero sí pragmático, decidió descansar un poco y pensar al día siguiente todas las soluciones que le hacían falta, desde la más práctica, como era salir de la torre, a la más emocional, como hacer las paces con Bluebell. En su habitación, buscó un pañuelo con el que secar el sudor de su frente y halló el de encaje con la «J» bordada; todavía desprendía el suave perfume a bergamota. Bluebell le sonrió desde el otro lado de las brumas del ensueño y, agotado, se durmió con él entre las manos.

Los Desants celebraron la llegada de Bluebell con afecto y entusiasmo. Los niños, con especial jolgorio, la rodearon y la acribillaron a preguntas. El bebé, a quien nadie prestaba demasiada atención, llegó hasta sus piernas y alzó los bracitos. Ella lo acogió en su regazo y el niño soltó una serie de trinos ensordecedores.

—Puede dármelo, querida... El pequeño Pierre acabará con las pocas fuerzas que me quedan, pero es una bendición del cielo, mi angelito. —El buen humor de madame Desants resultaba envidiable.

El pequeño se despidió de la joven con una adorable sonrisa.

—Silvie, querida, os dejo. Allard y yo aprovecharemos para despachar con algunos arrendatarios —comentó el administrador.

—Excelente, querido, yo le enseñaré la casa a nuestra invitada.

Alphonse Desants salió obsequiándolas con un guiño.

—Como ve, esta vivienda es de una sola planta, pero enorme. Responde a mis necesidades perfectamente. —Quedó pensativa—. Aquí soy feliz, mi familia me hace feliz. En especial, este retoño. Al poco de nacer él fue cuando caí del caballo y... Él me devolvió la alegría de vivir y el láudano me permite soportar los dolores.

—Tiene unos hijos encantadores y preciosos, madame Desants —alabó la joven viendo a los niños perseguirse por el jardín.

Llegó la nodriza y madame Desants le tendió a Pierre.

—Hora de comer, pequeño.

La nodriza saludó y se llevó al bebé, que gorjeaba.

—Pronto cumplirá un añito, qué rápido pasa el tiempo. Luego se irán todos juntos, la casa se quedará vacía y mi vida dejará de tener sentido.

La mujer empleó un tono alegre que dejó a su interlocutora sin respuesta, no obstante, la muchacha se esforzó por mantener una conversación.

—Disfrute el momento, nada es para siempre, pero siempre podemos tener lo que vivimos ahora. La eternidad se compone de momentos. Por eso no vale la pena perder el tiempo pensando en otro tiempo que no sea el presente, el único que vivimos de verdad. Cualquier otro no existe.

—¡Vaya! ¡Qué profundo! Es usted una filósofa, querida, me entusiasma escucharla.

Bluebell le sonrió con tristeza.

Tras el almuerzo, madame Desants presumía de sus grandes hazañas bordadas ante una más que evidente ausente y melancólica joven.

—Pero ¿qué es esa pena? ¿Quiere contármelo?

Ella se preparaba para responder cuando entró el administrador algo sofocado.

—Querida, intenta hacer memoria... Esos hermanos que vinieron preguntando por mí...

—Sé que escribí el nombre, pero perdí la nota, yo...

—Lo sé, querida, no me importa el nombre, ¿recuerdas cómo eran físicamente?

—Recuerdo que no me gustaron nada. No parecían hermanos en absoluto,

recuerdo que desconfié de ellos y no les respondí.

—No les respondiste... ¿a qué? ¿Te hicieron preguntas? No me lo contaste.

—Siempre estás ocupado y no me prestas atención.

—Tienes más razón que una santa, por eso te pregunto ahora. ¿Qué ocurrió?
¿Qué querían saber?

La mujer miró impotente y desolada a su esposo. Él se relajó, acarició y besó su cabello y le sonrió.

—De acuerdo, no te preocupes, cariño. Era sólo una corazonada. —
Entonces miró a Bluebell—. René me ha contado...

La muchacha bajó la mirada y enrojeció avergonzada.

—No se turbe, madeimoselle, usted no es responsable, sino ese individuo desaprensivo. Él es quien debe avergonzarse. Además, René también me ha contado que le dio usted una buena tunda. Sí, señor, así se hace.

—Le ruego que no hablemos más de ello, monsieur Desants. No me resulta cómodo hablar de ese hijo de la gran... —Los aspavientos del administrador la disuadieron de emplear la siguiente palabra—. No sé cómo pude pensar que era una buena persona.

—¿Acaso lo conocía? —La alerta regresó al rostro del administrador.

—Perfectamente, era Achille Lapointe.

—¡Acabáramos! —Desants se volvió hacia su esposa—. Querida, de esos dos caballeros, ¿recuerdas si uno era alto y delgado y el otro más bajo y fuerte?

—Sí, en efecto, el joven era el más alto, vestía un traje claro, mientras que el otro iba de oscuro.

—Quizá te preguntaron cómo llegar al *château* Clermont...

—¡Sí! ¡Sí! Ahora que lo dices, eso fue. Querían las señas, pero no se las di.

—Menudos sinvergüenzas, te vinieron con engaños para encontrar a monsieur Clermont, y no creo que le busquen para nada bueno.

—Pues se llevaron un buen chasco, porque yo les di una excusa y les dije que volvieran otro día, cuando tú estuvieses.

Bluebell escuchaba con auténtica preocupación y creciente alarma. Silvie Desants se acercó al bufete y abrió el cajón.

—Lo bueno del caso es que yo iba a darles las señas sin ninguna reticencia, pero una mirada entre ellos me dio mala espina. Ya tenía mi agenda en la mano cuando cambié de opinión.

De repente palideció, y revolvió en el cajón una y otra vez.

—¡Dios mío! —Angustiada, miró a su esposo.

Él se acercó, le bastó un golpe de vista para que su expresión se ensombreciese.

—Se la llevaron...

Contrariado, paseó junto a los ventanales con las manos cruzadas a la espalda.

—No importa, me acercaré a avisar a Clermont, debe estar prevenido. No me fío de las intenciones de esos malnacidos.

Bluebell se debatía consigo misma, pero cuando el hombre estaba a punto de salir, lo detuvo:

—Espere —pidió—, voy con usted.

—Pero si acaba de llegar —trató de disuadirla madame Desants.

—No puedo abandonar a Clermont en un momento así. Todo esto es por mi culpa.

Desants, con la mano en la puerta, sonrió.

Golpes fuertes e insistentes provenientes de la entrada principal hicieron correr al ama, pues le parecía que la casa se vendría abajo. Abrió entre gruñidos:

—¿Dónde es el fuego? Ya está bien, por el amor de Dios...

Si iba a añadir algo más quedó enmudecida con el empujón propinado por Mercier, que se abrió camino sin miramientos seguido de dos secuaces y de

Achille. Ante el pasmo de Sophie, señorearon por el salón sin recato.

—Bueno, querida señora Allard, ¿y dónde está mi viejo amigo Clermont?

Paul había bajado a la cancela, y atrapado e impotente escuchaba.

—Caballero, no es bien recibido en esta casa, monsieur Clermont no está. Usted y sus amigos deberían marcharse.

—¿Y el bueno de René?

—Salió por un recado.

—¡Vaya! No es que los necesitemos, ¿verdad, Achille? En realidad, hemos venido a recoger a la dama gótica.

—Si se refieren a madeimoselle, deben saber que pierden el tiempo. Se ha mudado. Lo lamento.

Oliver la miró con frialdad.

—¿De verdad? —inquirió con falso tono de desenfado.

Al no obtener respuesta, su voz se heló tanto como su mirada, e insistió:

—¿Dónde?

—Muy lejos —respondió el ama, desafiante.

Los ojos del marchante se tornaron opacos. Sus hombres, en tensión, aguardaban un gesto. Achille miraba en todas direcciones, como obsesionado.

—Vaya. —La voz de Oliver sonó tan opaca como su mirada.

Dio unas vueltas por la sala y regresó ante Sophie, posó la mano sobre su antebrazo con aparente suavidad.

—Me encantaría creerlo —dijo con frialdad de reptil.

Apretó el antebrazo de la mujer y lo retorció hasta hacerla chillar.

—Buscadla y traédmela.

Los hombres obedecieron. Enseguida, las señales del desbarajuste y el caos que provocaban en las dependencias por donde pasaban atormentaron los oídos del ama y también los de Paul, que se asemejaba a una descomunal fiera enjaulada a la que le faltase el aire y el espacio. Entre rugidos, llamaba a René. Era inútil, nadie lo oía.

—Pobrecita... —Cínico, Mercier soltó al ama—. Venga, mujer, dígame

dónde está y no le haré más daño.

—Le juro que digo la verdad, ella abandonó el *château*.

—¿Y adónde fue?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Dice la verdad —irrumpió Achille seguido de los esbirros—, ni rastro.

—De modo que mi buena Sophie se encuentra sola. Entonces ¿verdad que nos dará de comer? Tenemos hambre.

—No me quedan víveres en la despensa —escupió más que habló la mujer.

—Conque ésas tenemos, ¿eh? —La agarró por los hombros, la sentó en una silla e hizo una seña a los matones.

Ellos la ataron con el cordón de las cortinas y la amordazaron con su propia pañoleta.

—Esto es excesivo, Mercier. Suéltala y vayámonos.

Presa del remordimiento, Achille trataba de disuadir a su marchante, pero éste, poseído por el furor de la venganza, no estaba dispuesto a retroceder.

—No tolero a las criadas respondonas. Ahí se queda hasta el juicio final, y cuando regrese su maldito amo, que se encuentre la mortaja.

—Oliver, ¡basta ya! Esto se nos va de las manos. La soltaré yo.

Mercier lo detuvo con el atizador.

—No, tú conmigo. Te conseguiré a la putita gótica, y, si no te apeteciese, ya me la quedaré yo y después se la daré a éstos.

Los tipos rieron lujuriosos. La jaula de la torre se había quedado pequeña para la bestia Clermont. Sophie se debatía sin fortuna.

—A mi dama, ni tocarla, es mía —se enfadó Lapointe.

—Pues entonces te conviene estar a mi lado.

—Has enloquecido, ¿por qué odias tanto a Clermont?

—Dejé de ganar dinero por su culpa. Mucho dinero. Desde entonces, Harrietta, la mujer de mi vida, me recordó a diario que su mundo era mejor con Clermont, o con cualquiera antes que conmigo, que yo sólo podía ofrecerle deudas...

Achille estaba atónito y enfadado:

—Mercier, ¿tengo deudas?

—Ya no; voy a llevarme hasta el último céntimo de Clermont.

Entonces, ajeno a todo, apareció por la entrada del corredor René Allard. Llamaba a su esposa y parloteaba a la vez.

—Sophie, ya estoy en casa. ¿Se ha levantado ya monsieur? He de hablar con él.

Se interrumpió estupefacto cuando sorprendió la escena del salón.

—Sigue, sigue, René, resulta de lo más interesante lo que cuentas. Buenos días, por cierto —lo saludó Oliver Mercier en el colmo del cinismo.

—¿Qué sucede? —acertó a preguntar el hombre—. Suelten a mi esposa. ¿Qué quieren?

—Quiero a tu amo, tienes una mujer muy mala, que me ha engañado. ¡Vamos! Ve a buscarlo y dile que salga de su escondrijo.

René, impasible, no movió ni un músculo.

—Vaya, vaya, vaya... René tampoco quiere colaborar. ¡¡¡Clermont!!! ¡¡¡¿Vas a seguir escondido como un cobarde, o vendrás a hablar de hombre a hombre?!!!

Achille vio acentuarse la expresión fanática en el rostro de Oliver. Desbordado, no sabía cómo proceder. Todos eran testigos de cómo su locura aumentaba de grado con cada palabra pronunciada. De repente, agarró el piano y comenzó a aporrearlo.

—¿Oyes mi música, Paul? Se me da bien, ¿no es cierto?

Pero, no contento con eso, tiró cuadros, arrancó cortinas y rompió porcelanas sirviéndose del atizador... La mordaza de Sophie se soltó y los lamentos no hicieron más que acelerar su excitación. Cuando René intentó detenerlo, recibió un golpe del hierro que lo dejó sin sentido en el suelo. Achille, irresoluto, asistía a la destrucción desde su rincón con la boca abierta y las manos retorcidas. Envío a los matones a custodiar la entrada. Oliver, en su paroxismo destructivo, elevó la voz repleta de rabia y odio:

—¿Por qué este silencio? ¿No quieres tocar para mí? ¿Qué sucede?

Desbocado, destrozaba el piano en una danza lujuriosa y brutal, mientras el pobre instrumento escupía notas desarmonizadas en su rítmica agonía. Nadie se dio cuenta de que el lugar ocupado por René estaba vacío. Las astillas volaban y caían en el suelo con estrépito y Mercier, con los ojos inyectados en sangre, fue el último en oír el quejumbroso chirrido de la cancela al separarse de la pared. Una figura fantasmal se recortó en la penumbra del corredor, provocando el temblor del suelo con el sonido de su profunda voz:

—Ya estoy aquí, dime por qué me invocas...

Clermont, enorme e inabarcable, aguardaba. La visión resultó pavorosa. Una furia salvaje mantenía sus facciones arrugadas hacia atrás desde su dentadura apretada, cual fiera rugiente a punto de clavar una dentellada sobre la yugular de su presa. Oliver soltó una carcajada y le tiró una lámpara al sobrecogido Achille.

—Vaya, qué bien te veo, mi querido Clermont, vamos a ver si es verdad que sigues en forma.

Y, diciendo esto, descolgó los floretes cruzados en la pared y le lanzó uno a Paul, que lo agarró al vuelo.

—No pudiste acabar conmigo aquel día, ¿qué te hace pensar que podrás ahora?

—Ahora eres un fantasma débil y medio muerto...

—Debería haberte matado entonces...

—Sííí, deberías haberlo hecho. —Oliver Mercier remató sus palabras mediante un estoque.

Paul se lo devolvió y el duelo empezó. Subieron y bajaron escaleras, atravesaron el destrozado salón, salieron por el corredor y volvieron a entrar. La lucha estaba igualada y no parecía ir a tener fin. De pronto Oliver resbaló y por un breve instante Paul lo tuvo en sus manos, pero Mercier reaccionó con un brinco y siguió el combate con mayor ensañamiento. El sonido de los

aceros al cortar el aire y chocar entre sí era una melodía letal que oprimía a los presentes.

Nadie se apercibió de la presencia de Bluebell y de Alphonse Desants. Habían entrado por la puerta de servicio y accedido al salón desde el corredor. Estupefactos ante los acontecimientos, sus rostros eran pura desolación. El administrador pronto quedó abatido por un oportuno golpe a traición de Achille, que gritó: «¡Aquí está la chica!», mientras la retenía por la fuerza. Ambos contendientes se detuvieron a la par. Oliver aprovechó el despiste de Paul para arrancarle la máscara con un gesto rápido del florete. Al descubierto y desvalido ante los enormes ojos de la joven quedó Paul, que decidió dejarse matar en aquel mismo instante. Su última y triste mirada, antes de perder el conocimiento, fue para ella. Oliver hundió el florete en su costado y Paul se desvaneció. René, surgido de algún rincón, corrió hasta él con un velo blanco arrancado de los cortinajes y se le abalanzó para taponar la herida. Sin embargo, Oliver, con otro veloz movimiento del arma, golpeó al hombre en el cuello, y lo vio derrumbarse con el rostro impasible. Luego, con esa misma destreza, retiró el velo de la herida de Paul y lo lanzó lejos. Bluebell, conmocionada, asistió a la danza ralentizada del velo ensangrentado en el aire, hasta posarse en el suelo. Algo fallaba, sentía que las fuerzas la abandonaban, pero, a pesar de todo, luchó para desasirse de Achille. Sólo pensaba en acudir en socorro de Paul, pero no pudo ser: los hombres de Mercier entraron y Achille les ordenó que la mantuvieran sujeta. Ella pataleó y arañó cuanto pudo bajo las risas prepotentes. Y Achille tomó de nuevo la lámpara en sus manos, pendiente de las órdenes de Oliver.

—Tira esa porquería aquí. —Oliver le arrebató la lámpara a su cómplice y la lanzó sobre los restos del piano, que empezó a arder—. La he liberado del monstruo, *madeimoselle*, espero su agradecimiento.

La joven consiguió desasirse. Una furia demoníaca se había apoderado de ella, transformando su rostro en el vivo retrato de un ser infernal. Cayó sobre

Mercier y lo agarró del cuello, mientras que con el otro brazo le propinaba un puñetazo en plena mandíbula. Él la inmovilizó por las muñecas.

—Golfa.

Bluebell le escupió con toda su rabia, y Oliver reaccionó clavándole una astilla del piano en un costado. Acto seguido, le propinó un golpe que la dejó en el suelo.

—¿Qué has hecho? —lo increpó Lapointe.

—Es una puta, olvídala.

Mercier arrebató la llave que colgaba del bolsillo del maltrecho René.

—Vamos —ordenó a sus esbirros señalando a Paul—, cogedlo.

Lapointe, débil ante el crecido dominio de Mercier, dedicó una compungida y cobarde mirada a la dantesca escena, y en especial a la joven que yacía herida en el suelo, y los siguió.

Transportaron a Paul hasta la torre y lo tiraron tras la cancela. Subieron, revolvieron las estancias y hallaron documentación de interés, como escrituras y bonos. Oliver, con el orgullo del triunfo reflejado en su rostro, se apropió de ella.

—Ya no tendremos preocupaciones durante el resto de nuestras jodidas vidas.

Una vez fuera, Lapointe cerró y Oliver escupió:

—Púdrete, hijo de perra. ¡Tú! Dame la llave.

Cuando regresaron al salón, quedaron sofocados por las enormes llamas. Habían prendido por doquier, y el fuego devoraba buena parte de la habitación. En vorágine feroz, se alimentaba de tapicerías y cortinajes de modo descontrolado. Oliver tiró la llave en la hoguera del piano y, como si de una respuesta espectral se tratase, la araña se desprendió del techo y cayó sobre sus esbirros, aplastándolos en el acto.

—Vayámonos antes de que esto se hunda —le gritó a Achille.

El joven se volvió para atenderlo y al tiempo vio cómo el dosel del ventanal en llamas se les venía encima. Sólo le dio tiempo a gritar

«¡Cuidado!» antes de que les cayese sobre sus cabezas con todo su peso y quedaran atrapados sin remedio.

Paul despertó tirado junto a la cancela, llevó su mano al costado y la vio manchada de sangre. Se levantó y se aferró a las rejas, oyó el griterío del salón, olió a quemado y no tardó en ver el humo cegando el corredor. «Bluebell», murmuró, y ascendió los escalones tan deprisa como pudo.

La joven, malherida, no se había desmayado, pero el calor y el humo la ahogaban. Tenía que salir de aquella trampa, de manera que se arrastró con esfuerzo hacia el corredor. Alguien había colocado allí una puerta roja como la de sus sueños. Esta vez no permitiría que se desvaneciese. Esta vez la abriría.

Paul se hallaba ante el mural de vidrio. En un viaje vertiginoso, su mente recordaba las historias sobre espionaje de sus antepasados y el uso que daban a aquellos rincones convenientemente preparados para satisfacer tales necesidades, siempre sabidas por boca de René. Los recuerdos también alcanzaron vivencias más cercanas y rememoró las noches pasadas junto a la mujer de sus sueños. Entonces, retrocedió tanto como creyó oportuno, alineó los hombros, tomó impulso y se lanzó a través del cristal. Pasó al otro lado rodeado por una nube de añicos de espejo. Algo de aquel polvo hiriente rasgó su piel, que fue recorrida por nuevos hilos de sangre. Sus pies se posaron

sobre una alfombra de crujiente vidrio, pero él ignoró el dolor, lo ignoró todo. Por fin era libre para acudir en auxilio de su amada.

Bluebell, postrada junto a la puerta roja, trataba de reunir las pocas fuerzas que le quedaban en el intento de alzarse, agarrar el pomo y abrirla. Todo se oscurecía y se desdibujaba por momentos, pero un golpe de furia la llevó a impulsarse sobre sus talones y saltar hasta el pomo. Lo rozó y cayó, y otra vez saltó, y esta vez su mano logró aferrarlo. ¡Ya no lo soltó! Lo giró y la puerta se abrió. Para su sorpresa, ante ella apareció Paul, que la tomó en brazos y juntos cruzaron al otro lado. Se sintió a salvo, sintió que se relajaba. Entonces lo vio sacarse del pecho su pañuelo de encaje con la «J» bordada y lo dispuso sobre la herida de su costado. De aquella letra se desprendieron otras y, como un fulgor, iluminaron y cobraron sentido en su mente.

—Jeanette —murmuró.

Y perdió el conocimiento.

IX

Bluebell recordó su nombre y perdió el conocimiento. Cuando despertó buscó aturdida a su alrededor todo cuanto no hallaba, pues todo cuanto la rodeaba en la habitación era insípido y sin carácter. Parecía un hospital. El pitido sincopado de una máquina le devolvió la conciencia. ¡Era un hospital con máquinas extrañas! Y de nuevo quedó abatida, presa de la mayor confusión.

—¡Doctor, rápido, se despierta! —grita una voz alejándose. No le es conocida, no la reconoce, las brumas la alejan.

Regresan el humo y la niebla, pero se disipan un poco al abrir un corredor por el que aparece su amado. Herido, todavía tiene fuerzas para sonreírle y asegurarle que todo va a ir bien. La toma en sus brazos aun a riesgo de quedar atrapado en las llamas, la saca entre los escombros, corre por el laberinto, llega al umbral de las campanillas. La sangre que mana de su costado mancha su vestido de muselina blanca. Le dice que la ama y deposita un suave beso en sus labios antes de despedirse:

—Adiós, amor mío. No me olvides. No olvides nunca el umbral de las *bluebells*.

La oscuridad llega de repente, y todo se desvanece.

Los rayos de sol y el trino de los pájaros despertaron a la joven, que, a

pesar de la placidez de la habitación, decorada de un modo agradable y con muchos detalles de amante del rock duro, sentía el estómago anudado y un gran pesar en el corazón. Se levantó y miró por la ventana. Comprobó que se hallaba en una buhardilla del boulevard de l'Hôpital. ¿Quién vivía allí? ¿Ella lo sabía? Sí lo sabía, pero no lo recordaba. ¿Otra vez sin memoria?

—Jeanette... —pronunció una voz femenina a sus espaldas. Era rugosa y algo le desagradó de ella. Al volverse y ver quién era, los ojos se le agrandaron por la sorpresa:

—¿Mamá? ¿Qué...? —preguntó paralizada.

Sus alarmas internas le advirtieron de que algo no iba bien, pero no lograba discernir cuál era el problema o el peligro. Se sentía muy aturdida.

—Nena, mejor di ¿qué haces tú aquí? Al fin, cariño, mi pobre niña. Por todo lo que has pasado... Pero ya estás a salvo con mamá. La pesadilla acabó.

Bajaron a la cocina, y allí su madre le contó lo que ella no recordaba. Su padre, alcohólico y maltratador, las había abandonado. Por lo visto, había regresado a Galway, donde vivían los Gillian de su parentela. Se estaba mejor sin él, ellas podían salir adelante, perfectamente.

A Jeanette le costaba creer que la mujer que tenía delante fuese su madre. Era atractiva y vestía como una adolescente, no parecía una madre, sino una hermana.

—¿Seguro que eres mi madre? —preguntó.

Gabrielle Gillian lo tomó por el sentido contrario. Se sirvió una copa de vino, la bebió de un trago y se encendió un cigarro.

—Niñata, bruja, acabas de llegar y ya insultando.

—No, nooooo. Es que te veo tan joven, y yo me siento tan mayor... Tengo dificultades para concentrarme, perdón.

—Ah, bueno, si es así, vale. ¡Claro que estoy guapa! Mis sacrificios me cuesta. Operaciones y dinero. ¿Qué quieres que te diga?, cuidarse es lo primero.

Jeanette se esforzó por sonreír.

—¿Y yo? ¿Quién soy?

—Otra vez con eso, qué pesadez, hija. Eres Jeanette Gillian, hija de un puto músico irlandés y de una secretaria francesa. Trabajabas en el café Tatin hasta que...

—Gracias, ya está, ya está.

Se sintió tan agobiada que necesitó huir a su habitación.

Permaneció varios días en silencio, introvertida. Su madre no le prestaba demasiada atención, del trabajo pasaba a las citas, si no reunía amigas, no cocinaba para ella y sólo le hablaba para reprocharle alguna cosa. Ni un solo día le preguntó cómo se encontraba o cómo se sentía, y las pocas conversaciones que mantenían sólo giraban en torno a un tema: ella, Gabrielle Gillian, y su gran belleza.

Para la muchacha era mejor, necesitaba asimilar cuanto había ocurrido, necesitaba ordenar y clasificar los recuerdos de la otra vida. Una vida que parecía haber soñado pero que cada célula de su ser, cada poro de su piel y cada gota de su sangre sabían que había sido vivida de verdad. A pesar de cuanto la rodeaba y que su mente veía ahora, su corazón le decía que todo lo soñado formaba parte de una experiencia real. Era incapaz de apartar a Paul Clermont de su cabeza y de su corazón. En balde lo aguardaba cada noche, anhelante de sus besos y sus abrazos, él nunca acudía. Una tarde se animó a encender el portátil y buscó en Wikipedia «Paul Clermont». Al punto, saltó una página entera ilustrada con el cuadro que ella había descubierto en la torre. «Noble y músico francés. París 1891 - ¿?»

Su corazón dio un vuelco y tardó en reaccionar. Estupefacta, leyó la información. El artículo, profuso en detalles sobre su biografía y su trayectoria, abría las puertas al enigma de su desaparición sin rastro, ocurrida a los veintinueve años, motivo de estudio continuado por parte de biógrafos y amantes de lo paranormal.

Entonces decidió salir de dudas y llegarse al lugar donde se alzaba el *château*.

Gabrielle irrumpió en la habitación sin llamar.

—Tienes una visita, ¿le mando subir o bajas?

—No sé, ¿quién es?

—¿Quién va a ser? ¡Danny!

—Danny... —murmuró sorprendida.

Hasta entonces no se había acordado de él. El joven entró en tromba, debía de tenerlo por costumbre. Su aspecto punk extremo endurecía un rostro de facciones de por sí rudas, la cabeza afeitada sostenía un único mechón negro y lacio que le caía sobre unos ojos azules como el cielo sin nubes.

—¿Qué tal, nena? —Fue a darle un beso en los labios, pero ella lo rechazó—. Es verdad lo que dice tu madre, estás rara.

—Perdóname, pero necesito tiempo. No estoy centrada. No me acuerdo de ti, aunque sé quién eres, recuerdo lo nuestro, pero no siento que sea mío. Es complicado de explicar.

—Puto Pietro... El galeno mandó paciencia, el *shock* te dejó en coma y el coma deja el cerebro seco.

Jeanette rio, y Danny se le unió.

—Pero sí que te acuerdas de que somos novios desde el instituto, ¿no?

—Sí, sí. Recuerdo toda mi vida, toda la gente, pero es como si... como si todo formase parte de un sueño y mi vida real fuese otra. No lo sé, no lo comprendo bien.

—Tranquila, nena, es por el trauma. Yo te voy a querer igual tanto si tienes que ir al loquero como si no.

—Gracias —respondió seria y ausente.

—La peña pregunta por ti, que cuándo vas a volver a La Factoría.

—¿La Factoría?

—Tampoco te acuerdas, claro. Pues oye, que tú no vives aquí. Vives allí —bajó la voz—. Ésta se te ha traído a su casa haciéndose la buena madre para quedarse con tu pensión, subsidio o lo que te den, igual que hace siempre.

—¿Siempre?

—Sí que estás tonta... La pensión de tu padre se la quedaba ella, ¿con qué te crees que se ha pagado las operaciones? Vamos, te sacaré de aquí. Ya es el momento.

Jeanette se encogió de hombros y respondió con un aséptico «vale». Abrió el armario y se calzó unas manoletinas y se puso una chaqueta de punto de rayas grises y rosas.

Danny la miró cómo si viera a una desconocida. Entonces le enseñó una foto de su móvil.

—Mira.

Ella vio a una chica con el pelo cardado como en los ochenta, chupa de cuero con cadenas, pantalones negros y botas Dr. Martens, los ojos ahumados con expresión de tigresa.

—Uf—resopló.

Regresó al armario, cambió las manoletinas por unas Converse y la chaqueta por una chupa vaquera. Se fue al espejo y se revolvió la melena sin demasiado entusiasmo.

—Ya no sé quién soy, Danny. Pero sí sé que tengo muchas ganas de volver en mí.

Entonces, durante un breve instante, le pareció ver reflejado tras de sí al mismísimo Paul Clermont. Se volvió para comprobarlo y, cuando de nuevo se giró hacia el espejo, había desaparecido.

—Estás dentro de mí —dijo presionando la mejilla con una mano y el corazón con la otra.

—Ya lo sé —respondió Danny—. ¡Eso es! ¡Mucho mejor!

Al salir, su madre la despidió con una copa en la mano y un cigarro en la otra.

—Ya no volverás, ¿verdad? Hale, que te vaya bien.

Subieron a la moto y Danny condujo hasta salir al muelle, luego torció a la derecha para tomar el puente de Austerlitz, siguió a lo largo del boulevard Diderot y giró por la avenue Daumesnil, pasó el viaduc des Arts por la rue

Abel y se metió en un garaje. En el piso de arriba aguardaba el clan juvenil, que prorrumpió en un clamoroso aplauso cuando Jeanette apareció en actitud tímida, como si fuese una recién llegada al grupo.

La camarilla estaba formada por jóvenes de estética muy parecida y edades similares. Tras los saludos y formalidades, cada cual se puso a sus tareas. Había actores ensayando papeles, un par de *clowns* con su dueto de malabarismos, un dramaturgo escribiendo en su rincón, de cara a la pared y envuelto en humo, y un mago trabajando en sus manipulaciones. Danny tomó a Jeanette de la mano y la condujo por todo el *loft* hasta llegar a una tarima alzada ante las cristaleras. El neón del exterior prestaba a intervalos su luz fosforescente a la batería y la mesa de mezclas. Todos los instrumentos esperaban a la banda. De alguna parte surgieron los melenudos Claude y Tom, que se pusieron al bajo y a la guitarra, Led con menos melena y más altura se sentó al piano y Roman a la batería. Sin pensar lo que hacía, Jeanette subió y dio unos golpecitos al micro. Danny se había rezagado charlando y tonteando con una chica de cabello teñido de rosa y escote de vértigo que era estríper. Led calentó sus dedos con unos acordes de «Soñé un sueño», de *Los miserables*.

Jeanette empezó a cantar antes de poder decidirlo siquiera:

—*Hubo una vez un mundo en paz. Y era dulce la voz de sus hombres buenos. Hubo una vez amor veraz. Una luz sin final. Y unos versos eternos. Hubo una vez, luego vino el mal...*

Su voz sonaba angelical, una *mezzosoprano* capaz de alcanzar el colorido y brillante mi 3 de las sopranos. Modulaba arriba y abajo con potencia y dulzura a la vez que sus cuerdas vocales vibraban con una afinación perfecta y envolvente, una tesitura cálida, aterciopelada y brillante, expresión de sentimiento y latido, capaz de conmover porque transmitía las emociones más profundas de su alma. Poco a poco se habían ido acercando los habitantes de aquella residencia ocupada, y los músicos, muy motivados, tocaban con mayor brillo contagiados de aquella belleza.

Danny, poco a poco, se desprendió de la conversación para fijarse en su chica. Atónito y boquiabierto, no pudo escuchar nada más que a ella.

Cuando los aplausos atronaron, Jeanette se dio cuenta de que la canción había terminado. Ella había elevado su canto al mismísimo cielo, traspasando la bóveda del recinto, sintiendo el aleteo de pájaros que volaban en pos de la nota. Led y Tom olvidaron sus instrumentos y saltaron a abrazarla.

—Nena, ¡has encontrado tu voz! ¿Qué ha ocurrido durante el coma? —gritaba eufórico Led.

—¡Loneliness ya tiene su voz! ¡Esto es lo que yo quería, esto! —más eufórico gritaba Tom.

El rostro de Danny se oscureció. Saltó al escenario y puso orden:

—Venga, chicos, no nos distraigamos; tenemos trabajo.

Un jarro de agua fría cayó sobre todos ellos, aunque no dijeron nada. Volvieron a lo suyo, pero aún pudieron oír algo más:

—Ha estado bien, nena, parecía *playback* —y rio su gracia él solo.

Jeanette, lejos de molestarse, abandonó el escenario, se sentó en una butaca al modo indio y se abstrajo.

—Ha estado más que bien, y lo sabes —le gruñó Roman a Danny.

—Sí, sí, era un *playback* muy bueno —prosiguió grosero el aludido.

—Es lo que tiene ir al karaoke, todas se creen estrellas —peloteó un chico con gafas de pasta.

Roman, mosqueado, tiró las baquetas sobre el bombo y se fue.

—¿Adónde vas? —gritó Danny.

—A mear —respondió Roman, desapareciendo detrás de un telón.

—Está bien, vamos sin batería, pero vamos ya.

Mientras Danny desafinaba un clásico de Black Sabbath, los ocupantes del edificio se habían dispersado cada uno a sus cosas. A Jeanette se le acercó Marie, una joven rubia, bajita, sonrosada, de ojos azules y delgada en extremo. Le llevaba una enorme taza de capuchino.

—Hola, cariño. No sabes qué feliz me hace tenerte entre nosotros de nuevo.

Dije de ir a buscarte, pero ése se me adelantó. Boicoteando, como siempre.

Se abrazaron.

—Perdóname, estoy tan confusa.

—¿Sabes? El coma no te ha sentado tan mal, irradias algo nuevo, estás guapísima.

Jeanette sonrió.

Algo salió mal en la banda y la música cesó, discutían, todo sucedía en un segundo plano mientras las chicas conversaban.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno, ¿qué te han contado? —preguntó a su vez Marie.

—Algo...

—Bien. —Marie respiró hondo—. Tú trabajabas en el café Tatín. Pietro, el dueño, te acosaba, te ibas a despedir, pero necesitabas el curro para pagarte el semestre.

—¿Qué estudio?

—Filosofía —respondió Marie sorprendida—, conmigo.

—Es verdad. Recuerdo a muchos de éstos del liceo.

—Sí, porque hemos sido compañeros y nos vinimos aquí a seguir con nuestros proyectos de un modo serio. Lo llamamos La Factoría; me alucina que no te suene.

—Sí, sí, mientras me lo cuentas todo vuelve a mí a una velocidad pasmosa.

—El caso es que los hay que no estudian nada, como tu Danny, y viven aquí o malviven. Somos okupas legítimos, esto se caía y lo hemos arreglado entre todos. Hemos creado nuestra asociación, contribuimos a la comunidad y la mejora del barrio, ofrecemos espectáculos gratuitos, arreglamos cosas.

—Y yo vivo con Gabrielle...

—Para nada, tú vives aquí. Gabrielle es tu madre, pero no os lleváis bien. Ella quiere ser tú, te machaca...

—Dice que mi padre nos abandonó.

—No lo sé, cariño, no lo conocí, pero me basta con conocerla a ella para

comprenderlo. Él te pasaba una pensión, pero tú siempre has tenido que trabajar porque ella se la quedaba. Es una mujer a la que sólo le importa el dinero para gastárselo en sí misma.

—Danny me ha contado algo.

—Por primera vez no veo que te afecte. No sabes cuánto me alegro de la conmoción cerebral, aunque sólo haya servido para eso, cariño.

—Estoy en posesión de mí, creo. Todos estos días ha estado disimulando para camelarme. Dame uno de éstos.

Fumaron en silencio.

—Qué asco —dijo Jeanette aplastando el cigarrillo.

—¿Le has cogido asco al tabaco? No lo puedo creer... ¡Dios, ¿qué te han hecho ahí arriba?!

—Si te lo cuento, creerás que me he colocado. —Miró de reojo a Danny, fue una mirada furiosa, de desprecio.

—Ya decía yo... No lo has perdonado, lo que pasa es que no te acordabas y él ha jugado con eso.

Jeanette la miró interrogativa, y con un gesto la impelió a que le contara:

—Sí, lo pillaste con la guarra esa del *sex-shop*. Se lo estaba tirando hacía tiempo y tú, *in albis*.

—Todo el mundo juega conmigo al parecer, pero acaba de contarme lo del Tatín.

—Fue horrible. El día que pillaste a Danny, te fuiste a trabajar muy afectada. Rompiste con él y él se puso chulo en vez de pedir perdón. El caso es, por lo que cree la gendarmería, que Pietro provocó el incendio del café. Quedó destruido. Todo el mundo pudo salvarse menos él. A ti te encontraron en el callejón de la puerta de servicio, tendida en el suelo, herida en el costado y sin conocimiento. Ahora estamos a la espera de que recuperes la memoria y puedas contar lo que sucedió realmente.

—Me acuerdo, Marie, me acuerdo. Mi cerebro es como un puzle desordenado con retazos de todo y he recuperado ese recuerdo.

—Cariño, ¿qué recuerdas...?

—Pietro quiso forzarme. Yo hui por el patio trasero, me adentré en el bosque y... Él me perseguía con la moto. Yo corría y corría, y de pronto encontré unos escalones de musgo, ascendí por ellos y...

—¿Qué?!

—¿Dónde está el café Tatín?

—Por favor, Jeanette, ¿no lo sabes?

—No.

—De hecho, ya no está, claro. Está... estaba en los Altos del Sena, cerca del Hospital General, al otro lado del parque...

—¡Ya está! Ya lo veo, ya sé. De acuerdo. Pero no sé...

—¿Qué no sabes?

—Algo no encaja...

—¡Explícate, por Dios!

—Quiero salir de aquí...

Las dos amigas acabaron la noche en el Sena, en la barca de Jean, el novio de Marie. Decidieron acoger a Jeanette e incorporarla a la plantilla del bistró de Jean, donde también trabajaba Marie.

Fumaban apoyadas en la borda.

—Ayer regresé del mundo de los sueños, donde nunca nada malo ocurre y, si ocurre, duele menos —dijo Jeanette con voz queda.

Le había contado todo a su amiga, su sueño, como ella lo llamaba, sin omitir ningún detalle, y le confesó, sin importarle si era una locura suprema, cómo era de grande el amor que sentía por aquel hombre, y que jamás podría ser feliz si no volvía a verlo, a tenerlo entre sus brazos.

—De acuerdo que los sueños hay que perseguirlos, pero... éste — reflexionó Marie—... éste es un poco complicado.

—¿Me acompañarías a un lugar?

—¿Qué lugar?

—En el bosque, en el bosque... Quizá si encuentro el *château*... Verás, cuando huía de Pietro en el bosque, encontré unos escalones de musgo. Subí por ellos sin pensar, y cada vez me internaba más en el bosque. La escalera se había practicado sobre una pendiente y una frondosa vegetación las rodeaba. Al final de ellas, un umbral formado por hiedra, enredaderas y campanillas azules invitaba a pasar al otro lado. En contraste con la parte umbría en la que me encontraba yo, irradiaba una luz esmeralda cuyo hechizo me arrastraba a su interior. Embelesada, entré y un fulgor me cegó. Ocurrió una especie de explosión en mi cerebro. Me quedé en blanco. No puedo explicarlo, pero así sucedió. Mis siguientes recuerdos no tienen nada que ver con este mundo nuestro. Sólo con lo que viví en el *château*, y en otra época. Allí, empecé de cero, porque no sabía quién era ni de dónde procedía.

—Desde luego, he de admitir que todo es más que extraño, porque si te he entendido bien, tu..., llamémoslo, sueño también acaba con un incendio, ¿no?

—Tengo que encontrar el *château*, ¿lo comprendes ahora?

—Sabes tan bien como yo que ya no queda nada antiguo en esa zona... Ahora tan sólo es naturaleza enfrascada y domesticada por la sociedad.

—Voy a ir de todos modos...

—¿Sabes al menos dónde buscar?

—Sí, lo sé.

X

En los Altos del Sena, muy cerca de la isla de la Jatte, Marie detuvo el coche.

—Ha sido una mala idea pasar por el Tatin.

—No me ha afectado, si eso es lo que temes. No imaginaba... No sé qué imaginaba. Qué destrucción.

—Suerte que escapaste.

Jeanette, pensativa, no respondió.

—Llevamos horas de aquí para allá, ¿y si lo dejamos? —Marie estaba cansada.

Jeanette seguía absorta y obstinada.

—¿Qué te pasa por la cabeza? —Su amiga puso el motor en marcha.

—No entiendo cómo no he podido encontrar el sendero por donde hui, si lo tengo en la cabeza, claro y meridiano... Había un prado de *bluebells* al otro lado... Lo recuerdo todo.

—¿Campanillas? No te preocupes, quizá no lo hemos enfocado bien.

—¿Qué quieres decir?

—Volvamos a casa. —Marie se dispuso a dar media vuelta.

—¡Para! No vamos a volver aún.

—Pues entonces ¿qué quieres hacer, Jeanette? ¿Por dónde buscamos? ¿Qué hacemos? ¿Adónde vamos? Si es que hay algún lugar al que ir.

—Marie, ¿crees que no existe el *château*? ¿Crees que me lo he inventado todo?

—No digo eso, cariño. Lo que digo es que, tal vez, sólo tal vez, tu mente te haya jugado una mala pasada. En tu relato todo empieza como acaba y sólo hay un nexo común con lo tangible. —Marie oprimió el brazo de su amiga—.

Esto... esto es lo tangible. Lo demás son divagaciones de la mente en estado alucinado. Alucinamos más de lo que creemos, nos sugestionamos, nos confundimos, continuamente.

—¿Cuál es, según tú, ese nexo?

—El incendio. El incendio te dejó en coma y el resto ha sido la fantasía creada por tu mente para que tu cuerpo sobreviviese. Has estado mucho tiempo en el hospital, meses, ¿sabes? Al principio, el pronóstico era malo.

De nuevo Jeanette se sumió en el silencio.

—¿Y Paul? —insistió—. ¿Cómo pude inventar a alguien que existió en verdad y es tal cual yo lo vi? Dime.

—Cariño, consultamos internet a diario, y las inacabables bibliografías de los trabajos de la *uni*. Se nos quedan datos almacenados sin que seamos conscientes de ello, el cerebro humano es infinito y misterioso.

Jeanette rompió a llorar, sin ruido, sin aspavientos, con un sentimiento que afectó mucho a su amiga.

—Yo no estoy loca, y sé que sucedió de verdad.

—De acuerdo. Intentémoslo, no sé qué podríamos hacer, pero hagámoslo. Aun así, prométeme que, si no damos con el dichoso *château*, no te vas a hundir...

El rostro de Jeanette se iluminó entre lágrimas.

—¡Pues claro! —chilló Marie.

Tecleó algo en su móvil, apareció un mapa en la pantalla y se lo mostró a su amiga.

—He buscado «Clermont» y no aparece nada...

—Si no pones la dirección...

—Ya, pero a veces...

—Marie, ¡mira! —exclamó Jeanette con el dedo sobre un punto.

—¿Qué?

—Lee.

—Hotel Renaissance. Bien, ¿y qué?

—Lee bien, ¡por Dios!

—Hotel Renaissance, *château*. Bueno, no es que me aclare mucho.

—Tiene que ser ahí. ¡Vamos!

Dejaron el coche, cruzaron la carretera y tomaron un sendero que se abría en el margen. Se internaron en una zona boscosa, el abandono era palpable a medida que avanzaban.

—Estoy sin cobertura —advirtió Marie.

Fue entonces cuando, ante los ojos de las jóvenes, se irguió una vieja muralla de piedra. Una rancia verja de hierro forjado, con las hojas desencajadas y comida por la maleza, las recibió tras bordear el muro. La frondosidad silvestre no había logrado ocultar un viejo y olvidado *château*. HOTEL RENAISSANCE, rezaba un bello letrero. Los elementos modernos mantenían una estética respetuosa con el entorno y la época del edificio. Desde el primer momento de hallarse ante él, Jeanette lo reconoció, sabía que había transitado por su interior con anterioridad y sabía por dónde debía moverse para mostrárselo a Marie.

—Es aquí. —La emoción le impedía moverse o añadir ninguna otra palabra.

Su rostro estaba paralizado como su cuerpo, tan sólo sus ojos parecían poseer vida, como si viesan algo que Marie no podía ver.

—Jeanette, cariño..., ¿estás bien?

—Es aquí —repitió ella como un autómatas.

—¿Qué hacemos, entonces? ¿Qué propones?

Jeanette no respondió, se diría que ni siquiera había oído a su amiga. Simplemente avanzó hacia el interior de la devastada avenida sin importarle si Marie la seguía o no. Caminaron a grandes zancadas para intentar sortear las altas espigas silvestres. Cardos y dientes de león salían a su encuentro y se les enredaban en las perneras de los pantalones, incluso en el cabello. Cuando se hallaron ante la puerta principal, Jeanette llamó. Realmente esperaba que le abrieran, pero no fue así, entonces empujó la puerta en vano.

—Es demasiado pesada —protestó.

Escapó corriendo hacia su derecha para hallar, decepcionada, terreno baldío donde la mala hierba, los arbustos y los matorrales salvajes señoreaban.

—No está —le dijo a Marie.

—¿Quién o qué no está?

—El jardín por el que entré, era un laberinto. Enorme.

—Cuéntame lo que pretendes, Jeanette, por Dios. Quiero irme de aquí, estoy nerviosa, algo no me gusta.

—Yo he vivido aquí, hace poco, hace siglos, quiero volver... Quiero volver a verte, Paul, abridme...

—Has perdido el poco juicio que te quedaba, Jeanette, regresemos. En cualquier momento nos echan a los perros, tía, vámonos.

—Vete, está bien, vete. Yo tengo que entrar.

Recorrió la fachada mirando las ventanas, la última tenía rotos molduras y cristales, de manera que con un salto hasta la repisa se podía acceder al interior. Y así fue, con la agilidad de un gato saltó y se coló dentro. Marie la imitó por no quedarse sola. La imagen que ofrecía el interior fue un mazazo para Jeanette, no había nada que ella pudiera reconocer.

—Todo está cambiado, incluso han tirado tabiques. Este salón era más pequeño, había un umbral rematado por columnas; tras ellas, un corredor daba al resto de las dependencias de la casa... No sé, no parece el mismo lugar, pero lo es, lo es...

—Es un hotel arruinado, cariño. Aquí sólo puede haber fantasmas.

Jeanette siguió buscando. Los extremos del corredor de sus recuerdos habían sido cegados, de manera que ni la cocina ni el acceso al jardín eran practicables desde él. Donde ella recordaba la escalera, habían sido instalados dos ascensores, que naturalmente no funcionaban.

—Pero tiene que haber una escalera... —insistió tozuda.

—Si tú lo dices...

Tocó las paredes a un lado y a otro, intentando hundir la pintura y el yeso con los dedos. Con un principio de derrota, resbaló por la pared hasta quedar sentada en el suelo. Marie se unió a ella y ambas miraron al techo, como si allí estuviesen las respuestas. Jeanette resopló, su amiga encendió un cigarro.

—Dame uno.

Fumaron en silencio.

—¿Qué esperas encontrar ahí arriba? ¿Cucarachas? Pues te advierto que con la primera echo a correr y no me pillas.

—Espero hallar la solución, cielo. Por más reformas que hayan hecho, tiene que haber una manera de subir al piso o acceder a la cancela.

Al pronunciar ese nombre, reprimió el llanto, pero Marie pudo observar sus ojos enrojecidos y anegados, y cómo trataba de deshacer el ardiente nudo en la garganta mediante disimuladas contracciones.

—Realmente, es como si hubieras perdido al amor de tu vida...

—Pero voy a recuperarlo —anunció Jeanette resuelta, y se levantó de un brinco.

Decidida, resiguió la pared hasta el fondo del corredor, donde supuestamente se hallaba en otro tiempo la salida al jardín, y una vez en ese extremo descubrió lo que no había visto antes, una puerta invisible porque estaba pintada como el resto de la pared. Vio la cerradura, miró por el ojo, no se distinguía nada, salvo la negrura más absoluta. «Bluebell», oyó claramente. Era como un canturreo que provenía del otro lado. Recordó la llave, recordó que ella era Bluebell, recordó quién era antes y después y recordó por qué había huido por la extraña puerta del bosque, toda rodeada de hiedra y campanillas.

—Quiso matarme...

—¿Quién?

—Él.

—¿Él? ¿Pietro?

—Me acuchilló y provocó el incendio.

—Pietro, maldito bastardo.

—Oliver Mercier.

—¿Quién es Oliver Mercier?! Por el amor de Dios, aclárate, me estás volviendo loca.

—Oliver Mercier odia a Paul. Trató de destruirlo. Me atravesó el costado y provocó el incendio del *château*.

Marie se frotó los ojos y se pasó los dedos por la comisura de los labios. Siguió escuchando a su amiga:

—Oliver Mercier quiso matarme aquí y Pietro trató de hacerlo allí. Sufrí lo mismo con dos hombres diferentes y en dos épocas distintas.

Marie la escuchaba con la boca abierta.

—Y así fue cómo pasaste de un tiempo a otro. Madre mía, no lo entiendo, pero tiene sentido.

De nuevo, el nombre de Bluebell corrió en pos de Jeanette como una brisa vespertina llegada desde el otro lado de la puerta, envolvente e irresistible. Resultaba imposible no acudir.

—¿Has oído?

—¿El qué? No he oído nada...

—Si puedo abrir esta puerta, recuperaré mi vida...

—Sigue soñando.

—En sueños fue..., sí, mi auténtica vida.

—Me gustaría tanto poder ayudarte...

—Ya lo haces...

—¿Se han perdido, señoritas?

Hasta ellas se acercaba un hombre con pinta de oficinista. Mientras Marie parecía atemorizada, Jeanette lo interrogó resuelta:

—¿Es usted de aquí? Quiero decir, ¿si es el guarda o algo?

—No, en absoluto. Soy el de la inmobiliaria. De vez en cuando vengo a echar un vistazo, pero este caserón precisa tal reforma que va a ser difícil colocarlo, una lástima. Al final se lo llevarán los de siempre, un complejo

turístico, a bajo precio, lo transformarán en sala de fiestas o plató de cine y mira... Esta maldita crisis...

—¿Conoce la historia del *château*?

—¡Oh, sí, apasionante! Pero ¿qué hacen ustedes aquí?

—Soy una Clermont, y he venido a enseñarle a mi amiga mi heredad perdida.

Al hombre se le desplazó la frente hasta la nuca debido a la sorpresa. Luego se pasó los dedos por la calva, como intentando rascársela, los ojos se metieron dentro de su cerebro, buscando datos en su registro mental, sin hallar nada relevante. Al final, exclamó:

—¡Vaya! Aun así, no deberían entrar a la brava.

Los ojos de Marie centelleaban por el morbo.

—Ha sido por mi culpa, la reté a que no sería capaz de mostrármela. Ya nos íbamos, gracias.

—¡Oh! ¿No quieren ver el resto? ¿O ya lo han visto?

—Lo intentábamos cuando llegó usted.

—No puedo permitir que una Clermont se pierda lo más interesante de este *château*. Soy Pierre Desants. Síganme.

—Pierre Desants... —murmuró Jeanette ensimismada.

El hombre, tomando la delantera, las condujo de nuevo hasta el salón, y una vez allí les mostró la barra de la recepción, situada a la izquierda según se entraba por la puerta principal.

—Fíjense, no sé si han visto esto.

Empujando un panel de madera se abría una puerta que daba a una cámara receptora de equipajes y material vario. Era amplia y espaciosa, y ocupaba parte del corredor que Jeanette echaba de menos. Las chicas entraron tras Pierre, allí el hombre las ilustró con unas rápidas pinceladas sobre la historia de la mansión.

—Esta residencia se remonta a los primeros Clermont, condes mucho antes de la revolución. Fue pasando por las diferentes generaciones hasta llegar al

desdichado Paul Clermont, cuya vocación musical lo hacía olvidar sus asuntos de terrateniente. Sufrió las terribles consecuencias de la primera guerra mundial, en la que por lo visto quedó desfigurado y eso lo llevó a desaparecer. La hacienda quedó sin herederos y, tras sufrir un incendio que la consumió en su mayor parte, fue reconstruida por un rico americano que la convirtió en hotel, el Renaissance. Sin embargo, de nuevo la desdicha, el hotel sólo aguantó hasta la segunda guerra, cuando su esplendor se acabó. Entonces sirvió de hospital militar, y luego, tras sufrir años de abandono y deterioro, los herederos del americano la han puesto a la venta, junto con las tierras, por un precio ridículo.

—¿Qué fue del laberinto?

—Aaaaah, lo sabe, puñetera..., sabe que hubo un laberinto... Por desgracia no queda nada de él. Por lo visto, su momento de mayor esplendor se debió al último Clermont. Posteriormente, el nuevo propietario lo eliminó para construir una enorme terraza con pista de baile para el hotel; por el otro lado añadió una piscina, en fin... Hoy en día los restos muy poco tienen que ver con nada de eso, la decadencia y el pillaje lo han destruido por completo. Tan sólo permanecen algunos vestigios de muralla circundante y poco más.

Marie miraba ahora al uno, ahora al otro, tan atenta como desconcertada.

—Pero si algo hay que agradecerle al americano es que supiese preservar la parte más romántica del *château*. No era tan malo después de todo, ¿verdad? ¿Ven estas dos puertas, la de mi derecha y la de mi izquierda? Bien. La de la derecha da a la antigua cocina, por la que a su vez se puede salir a un patio y, de ahí, llegar hasta lo que era el antiguo jardín, rodeando el *château* y la torre, claro...

—¡La torre!

Pierre miró a Jeanette en connivencia y prosiguió con su relato.

—Llegaremos a la torre. Pero antes la puerta de mi derecha. Ésta es la joya de la corona, da acceso a la auténtica casa, que se conserva casi intacta. En el piso superior, como habrán imaginado, se habilitaron las habitaciones para el

hospedaje, pero el americano reservó una parte del ala oeste para él, y en ella vivió el hombre de lo más confortable. *Voilà!* —exclamó satisfecho abriendo la puerta.

Al primer golpe de vista, Jeanette ya pudo ver la escalera de madera por la que ella tantas veces había subido a su habitación, y entonces corrió, corrió por el hueco de la escalera y llegó hasta la cancela... La cancela... Se agarró a ella como una presa y cantó para el hombre de la máscara mientras gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas:

—En sueños fue cuando te encontré, y aunque nunca te he visto, siempre te amaré. Cuando estás lejos, te siento cerca, pero cerca de mí, te alejas. Me pides que suba al cielo y en el infierno me dejas. Sí, lo haré, subiré al cielo, y no habrá otro tiempo para ti y para mí más que el nuestro. Juntos podemos detener el curso de los ríos y hacer volar el mar, tal vez caminemos por las nubes porque es ahí donde los sueños están. En sueños fue cuando te encontré, y nunca voy a dejar de soñar... Amor mío, ¿dónde estás? ¿Por qué no me oyes?

Marie la abrazó para apartarla de su estado de ansiedad.

—Vamos, tesoro, ya está.

Pierre se alejó con discreción y luego regresó.

—Ésta es la torre —explicó—. Francamente, no está en condiciones; ya ven la cantidad de escombros que hay. No es un lugar seguro hoy por hoy.

—¡Está abierta! —gritó Jeanette.

—Sí, ya ven que todo está destrozado por aquí. En mi opinión, si la derribaran y la volvieran a levantar imitando el estilo, saldrían ganando.

—No está tan mal como dice —replicó Jeanette indignada.

Antes de que sus acompañantes pudiesen reaccionar, la joven entró y se perdió por la angosta escalera de piedra.

En los aposentos de Paul sintió que el mundo se le caía encima, no quedaba nada de lo que su mente recordaba. Las asoladas dependencias no contenían más que un par de astillados armarios modernos. En su interior, utensilios

impersonales y diversos, tan estropeados como todo lo demás. El corredor estaba hecho una ruina y el pasadizo del muro de vidrio había sido cegado sin dejar huella alguna de su existencia anterior. Daba la sensación de que el recinto había sido destinado a almacén, y luego el pillaje había hecho el resto. Se dirigió a la pared vacía donde una vez colgó el cuadro de Paul Clermont, la tocó, sintió una conmoción en su interior, pero la rechazó, se dijo que iba a ser fuerte.

—Ha sido un error —murmuró cuando regresó junto a sus compañeros.

Tomó ella la iniciativa de salir, ante los asombrados Marie y Pierre. Se dirigieron de nuevo a la escalera de la mansión, ascendieron al piso superior y los condujo hasta la que había sido su habitación. La puerta era la misma y no se sorprendió al entrar y descubrir una estancia desvencijada como el resto de la casa.

—Ésta era la sala de juegos de los niños del americano —aclaró Pierre.

—Aquí había un espejo enorme —dijo para sus adentros Jeanette.

—Lo desconozco —respondió Desants.

—No queda nada salvo una pared lisa. —La joven deslizó la mano con pesar.

No le importó, se dirigió al hueco de la ventana, repasó con los dedos el muro y halló la diferencia en la piedra. ¡Sí! Miró en derredor sin encontrar nada que le sirviera, entonces, resuelta, se quitó el cinturón y, con la hebilla metálica, empezó a rascar y a presionar el contorno de la piedra.

—¿Qué hace su amiga? —preguntó Pierre desconcertado a Marie.

La chica se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—Como si yo lo supiera —rezongó.

Entretanto, Jeanette había llegado a la piedra, y no le costó nada desencajarla del resto. Miró en el hueco y su rostro se iluminó. Esgrimiendo la llave, cantó victoria:

—¡Lo sabía!

—¿Y ahora qué...? —Pierre parecía entusiasmado.

—No lo sé —reconoció la joven—. Esta llave abría una cerradura que estaba aquí, pero ahora no veo ni rastro de ella.

—Bueno, ¿y qué pasaría si diera la vuelta a la llave en esa cerradura que estaba ahí y que ahora no existe? —quiso saber el hombre.

—Pasaríamos al otro lado y llegaríamos a la torre.

—¡Un pasadizo secreto! —aplaudió Marie.

—Sí.

—¡Caramba! —dijo Pierre—, pero a la torre ya ha ido.

—En este tiempo, no en el otro.

—¿Qué insinúa? —El agente inmobiliario estaba expectante.

—Creo que lo que trata de decir —aclaró Marie— es que, si puede cruzar esa pared, puede cambiar de época.

—Es la pared de los sueños...

—Ah. —Pensativo, Pierre añadió—: Si quieren y se atreven, les mostraré una cosa. Síganme.

Una vez ante la puerta empotrada del corredor, Pierre Desants extrajo una llave de su bolsillo.

—Miren, señoritas, esto conduce a los pilares del edificio. Un secreto que sólo yo conozco. Jamás he entrado, cosa que me gustaría probar ahora, para averiguar hasta dónde nos conduce. Solo no, naturalmente.

Abrió y cerró los ojos en un gesto teatral, a la par que extendía las manos a modo de invitación. Cuando los abrió de nuevo, aquellas diabólicas muchachas ya se hallaban en el hueco de la pared, tal y como habían dicho.

—Aquí sólo hay una doble pared para emparedar a alguien —protestó Marie.

—No, ¿ves? Aquí hay una trampilla.

—¡En el suelo! Pretendes que me cuele por la sucia trampilla del fantasmal hueco de una pared, de una casa espectral... ¿Estás loca? Madre de Dios, ya está dentro la chiflada.

El hombre asomó la cabeza.

—¿Hola?

Sin esperar respuesta, entró tras ellas.

—Detente un momento, Jeanette, y dime: ¿qué hacemos aquí? Necesito saberlo para continuar.

Marie le exigía a su amiga una explicación convincente en mitad de aquella caverna, en la que se habían introducido tras descender por la trampilla.

—Yo también agradecería una explicación más o menos coherente —le respondió.

—Avancemos y la encontraremos —las animó Desants.

Se hallaban en mitad de una vasta concavidad, una especie de gruta que bien podría haber sido en su día la bodega de un fortín medieval. La temperatura era baja y sus voces resonaban con un eco escalofriante. A Marie le castañeteaban los dientes.

—Debo de estar como una puta cabra para haberte seguido hasta aquí sin rechistar.

—No, señorita. Si lo que su amiga trata de encontrar es un portal a otra época, éste es el lugar indicado. Aquí se cruzan fuerzas telúricas, cuyos efectos desconocemos.

—No sé yo... —Marie continuaba insegura.

—Bueno, ¡basta! Creed en mí, os lo pido, en vez de ponerme más nerviosa.

—Sí, como Colón...

—Bueno, al final él tenía razón, ¿verdad?

Aunque se iluminaban con los móviles, la oscuridad cada vez era mayor, una especie de penumbra, porque desde algún lugar ignoto entraba algo de luz. Marie se torció el tobillo y chilló.

—¿Puedes seguir? —le preguntó Jeanette sin detenerse.

—Qué remedio —refunfuñó.

Entonces Jeanette divisó algo que la hizo girar a la derecha.

—Parecen escalones...

—Están llenos de musgo, seguro que resbalan...

—Pero nos conducirán a una salida... ¡Ahí está! ¿Lo veis?

La muchacha señaló una oquedad luminosa, se encontraba en lo alto del tramo de escaleras. No se trataba de una entrada de cueva propiamente dicha, sino de un agujero que la erosión había provocado. No era de gran tamaño, pero suficiente para permitir el paso de una persona. Por él entraba un precioso y luminoso halo por el que flotaban hermosas partículas. El halo derramaba su luz sobre la escalera y parte de las paredes, como un foco cenital que procuraba la visión de cuanto los rodeaba. Y, en efecto, se adivinaban los restos de una construcción primitiva sobre la que se habría erigido el *château*. No podía saberse su origen, pero sus propios cimientos se habían aprovechado para cimentar la edificación actual, bóvedas y muretes tapados por musgo y hierba.

Decidida e ilusionada, Jeanette desapareció por la oquedad. Marie y Pierre la imitaron. En el exterior se encontraron con peldaños descendentes de piedra sobre el suelo boscoso. Abajo, apoyada en el grueso tronco de un viejo castaño, pensativa y muy seria, encontraron a Jeanette.

—¿Y bien? —inquirió Marie.

—Nada, no ha servido para nada.

—No me digas que casi me rompo un tobillo y he embarrado mis pantalones para nada.

—Yo pensé que podría volver atrás en el tiempo igual que al entrar, pero no ha sido así.

La carretera cercana que no veían, pero podían percibir, evidenciaba que seguían en el mismo siglo y día que al comenzar la visita.

Pierre se rascaba la calva.

—Vayamos a por mi coche, puedo acercarlas al centro.

—No, gracias, tengo el mío por aquí, en alguna parte. Lo encontraremos.

—Y el caso es que entré por aquí huyendo de Pietro —insistió Jeanette.

—¿Por dónde? —La impaciencia se intuía en el tono de Marie.

—Sobre los escalones había una puerta abierta en la muralla. Al entrar caí

sobre un lecho de campanillas, donde encontré los setos y la entrada al laberinto, y del laberinto corrí a la avenida y pedí auxilio en el *château*, pero había perdido la memoria y...

—Yo sólo veo muralla, ninguna puerta, cariño.

—Es porque hemos invertido el proceso —comentó Pierre de la manera más natural del mundo.

—¿Cómo? —preguntó Jeanette.

—¿Qué?! —exclamó Marie.

Pierre extrajo unas tarjetas del bolsillo y se las dio a las chicas. Marie leyó:

—Pierre Desants, presidente de la Sociedad de Investigación Fenomenológica y Paranormal de París.

—Suená *chévere* —resopló Marie.

—Tras años de investigación, llegué a la conclusión de que aquí había una puerta temporal, pero jamás he podido encontrarla hasta hoy. Jeanette, usted entró y salió, y, para poder volver a entrar, debe abrirse de nuevo.

—¿Cómo?

—¿De qué época era la llave? ¿Qué puerta ha abierto? ¿Desde cuándo permanecía cerrada?

La luz se hizo en el rostro de Jeanette.

—¿Puede dejar una señal que Paul Clermont pueda entender? ¿Una pista? ¿Un mensaje?

—Debo regresar a la torre.

—Es peligroso y no servirá de nada. El quid está en esa preciosa llave que ha rescatado. El núcleo estará allí donde ella abra. ¿Comprende? Usted debe revertir el proceso.

Una idea abrió los ojos de Jeanette.

—¡Tal vez...!

—¿Qué?! —Marie no entendía nada.

—Supongamos que alguien de la otra época encuentra la llave, ¿causaría el

mismo efecto? Quiero decir, ¿podrían entrar ellos en la nuestra?

—Tú has visto demasiadas películas —rezongó su amiga.

—No sea tan escéptica, señorita —respondió Pierre.

Luego se dirigió a Jeanette.

—Sí, podría ocurrir perfectamente. Pero debería asegurarse de dejarla junto a un objeto de su pertenencia. Si es que va a dejarla en alguna parte.

—¿Dónde la dejo?

—No me pregunte. Usted es quien debe hallar la respuesta. Usted es quien ha tenido la experiencia que quiera que haya tenido. Que, por cierto, debería contarme.

—Estoy tan cansada que no puedo pensar —confesó Jeanette.

—Querida, cómo no. Es noche cerrada, me he quedado sin batería en el móvil y me muero de hambre, y para colmo mataría por una cerveza. Si alguien me invita a cenar, puedo pensar por usted.

—Está bien, querido nuevo amigo. Yo invito, tengo la rara sensación de que quieres contarnos algunas cosillas interesantes —dijo Marie aliviada de poder marcharse.

XI

—No lo entiendo —dijo Jeanette.

Dobló la servilleta con sumo cuidado junto a la copa vacía de *mousse*, tras haberla aplicado con exquisita suavidad sobre los labios.

—¿Cuándo te has vuelto tú tan refinada? ¡Ay, Dios, que al final va a ser todo verdad! —observó Marie.

—Por supuesto que todo el relato es verídico. La biografía completa de Clermont sólo yo la conozco; la historia de Jeanette, tal como ella la cuenta, coincide en aspectos que no son del dominio público. Además, está la llave. ¿Cómo sabía dónde encontrarla si no era porque ella misma la había depositado allí antes? ¿No?

Marie palideció y su cabeza asintió con la lentitud del que comprende de pronto algo que va más allá de su capacidad.

—Por favor, no nos desviemos. —Jeanette, impaciente, volvía a la carga—. Tenemos al presidente y único miembro de la Sociedad de Investigación Fenomenológica de París, agente inmobiliario para más referencias, que conoce a fondo la historia del *château* Clermont y su puerta dimensional... Ya no entiendo más.

—Veamos, jovencita. Que sea el único miembro de mi sociedad no desacredita mi trabajo. ¡Es más!, he dimitido de otras asociaciones por estar plagadas de farsantes, ¿vale? Pues eso. A partir de aquí, coincidir con alguien capaz de relatar su propio viaje en el tiempo era mi sueño. Nos queda tanto por estudiar, por experimentar, por analizar... Mi mayor anhelo es vivir algo así en primera persona.

—Por supuesto.

La joven se interrumpió en modo abrupto, recuperó la tarjeta y la observó como hipnotizada.

—¡Desants! —exclamó—. ¡Alphonse Desants!

Y miró a Pierre impactada.

—Tú... eres familia del administrador...

—Esto es maravilloso —respondió Pierre frotándose las manos eufórico—. Él era mi bisabuelo, y tú eres la ilusión de mi vida.

A Marie se le cayó un trozo de helado de la boca.

—Él, el incendio... —tartamudeó Jeanette.

—Nooo, murió de anciano. Sé a qué te refieres. Logró salir del incendio, pero hacía menciones en sus cartas que, por fin, ahora comprendo. Se refería a la dama Bluebell con mucho afecto, y lamentaba su desaparición tanto como luego lamentó la de...

—Se me cortocircuita el cerebro, chicos. Es demasiado para mí. Qué pasada. Qué fueerteeee. No sé qué más decir, creo que me he meado encima de la emoción que me ha recorrido. —Marie estaba fascinada.

Se hizo un silencio. Pierre necesitaba tomar aire porque se atropellaba en su relato vehemente y apasionado. Tras apurar su cerveza, tomó de nuevo la palabra.

—Veréis. Hacía tiempo que iba tras esa puerta, pero a cada intento fracasaba... Fijaos cómo será la cosa que conseguí la representación del *château* en exclusiva derrotando a otras agencias. Como veis, mi único interés radicaba y radica en investigar la casa a fondo. Aunque no es del dominio público, la leyenda de su puerta dimensional se conoce desde el medievo, por lo menos.

—¿¿Cómo?! —saltaron las dos muchachas a la vez.

—El *château* se erigió sobre una iglesia románica que quedó arrasada tras una incursión sajona. Los libros sobre el templo recogen la leyenda de la desaparición de personas que visitaban la cripta, pero también la aparición de extraños forasteros que surgían de ella.

—¿Qué significa eso de que debo revertir el proceso?

—Si cierras una, abres la otra... Y viceversa. Las crónicas recogen este hecho inexplicable. Al abrir la puerta que conduce del pasado al presente cerraste la que conduce del presente al pasado.

Pierre observó un momento la cara de confusión de las chicas.

—¿No? ¿Aún no lo comprendéis? Imaginad una jeringuilla al manipularla cuando pinchas: o extraes o inoculas. Nunca ambas a la vez. Pues es tan sencillo como eso. —El hombre observó las caras en interrogante—. Bueno, da igual, lo único que os interesa saber es que es así. Debes encontrar la manera de pasar la llave al otro lado.

—Se me hace muy difícil imaginar cómo, siquiera.

—Yo te ayudaré, pero quiero algo a cambio.

La joven se encogió de hombros e hizo un ademán con la barbilla a modo de pregunta.

—No sé a qué te dedicas, pero déjalo todo y canta. Nunca una voz me ha emocionado tanto como la tuya hoy. Has conmovido incluso a las piedras del *château*, he podido sentirlo. Eres excepcional.

Un rayo de esperanza arrancó chispas a los tristes ojos de Jeanette.

Con el transcurso de las semanas, la vida de Jeanette se transformó de un modo vertiginoso y dio un vuelco radical.

Los chicos de la banda, decepcionados ante la mezquindad de Danny, lo expulsaron y la convencieron para ser la nueva vocalista. Al principio ella se resistía, «Es el pánico el que habla por tu boca, no tú», le decían sus amigos para animarla, pero fue necesario perder una apuesta una noche de borrachera para enredarla y que consintiera. Una vez dio su palabra ya no hubo vuelta atrás, y la banda de rock sinfónico Lonelees empezó a subir los peldaños de la fama. Una canción escrita por ella fue el detonante del éxito: *En sueños fue*, en

la que cantaba su amor imposible con un fantasma del pasado. Cada vez aumentaba la legión de seguidores adolescentes y no tan adolescentes, góticos y *steampunks*, y no tan góticos ni *steampunks*. Todo el mundo coincidía en admitir que Jeanette Gillian era una diosa sobre el escenario. Y era una transformación real que sólo sus amigos podían observar. Los temidos cinco minutos antes de salir al escenario, el miedo la mantenía paralizada. Trataba de disimular, pero era peor el remedio que la enfermedad. El nudo en el estómago se estrechaba y las piernas le flojeaban hasta el punto de no poder sostenerla. Entonces, ante ella y a su alrededor se abría ese abismo negro que lo devoraba todo, la letra de las canciones, el tono, su voz, su persona... Hasta que se vestía, se maquillaba y colgaba la llave de las esmeraldas en su cuello. Así ocurría la transformación, las nubes de algodón desplazaban las brumas de la noche, la subían dulcemente sobre su lomo y, con suavidad, la conducían hasta el escenario. En ese momento saltaba como una pantera y proyectaba su poderosa voz, devorándolo todo a su paso. Secuestraba almas, dejaba corazones cautivos y mentes embrujadas. Los hombres la deseaban y las mujeres querían ser como ella. En seis meses habían saltado a los primeros puestos de las listas de superventas y habían firmado el contrato de su primera gira europea. Sin embargo, en sus horas libres, Jeanette era una joven lánguida. «¿Qué tendrá la princesa?», se burlaban afectuosamente sus compañeros. Y no salía si no era con sus amigos Marie, Jean y Pierre, quien los había tomado a todos bajo su protección, sin que nadie se lo pidiese ni se opusiese. Ellos eran los únicos concedores de la verdad de Jeanette y respetaban sus silencios tanto como sus charlas llenas de inquietudes y lamentos.

—Deberíamos cerrar nuestros respectivos chiringuitos y largarnos a algún lugar del mapamundi, ¿no os parece? A explorar otros mundos —propuso Marie una noche en que los cuatro cenaban en la barcaza de Jean.

—Todo cuanto yo quiero explorar se halla a escasa distancia de aquí —fue la lúgubre respuesta de Jeanette.

—Ya estás otra vez con eso..., debes olvidar.

—¡No! —Jean cortó a Marie—. ¿Cómo que debe olvidar?, ¿acaso podría olvidarte yo a ti, o tú a mí? Debe luchar hasta el final, como en su canción: «Lo nuestro en sueños fue, y si un día no te sueño, moriré».

—No te abatas, Jeanette, encontraremos la solución —la animó Pierre.

—Sabéis que os adoro y que no podría vivir sin vuestro aliento, incluido el tuyo, Marie, pesimista como una madre antigua, y el de los chicos de la banda, que no saben nada y me reconfortan con sus bromas y su rudo afecto. Digo esto porque tengo muy en cuenta vuestros consejos, y a pesar de ello no he perdido la esperanza. Desde mi regreso, vivo con la sensación de que voy a despertar de un mal sueño que me mantiene prisionera de mi verdadera vida, la otra, la que, según Marie, no puede ser.

Rompió en sollozos.

—Jeanette —empezó Pierre—, no he querido decirte nada hasta estar seguro, pero descubrí algo en aquella habitación del *château* que debes ver.

—¿¿Qué?! Habla, por favor, no me tengas así.

—Cuando me hablaste del espejo, me obsesioné. Busqué en los registros, en la documentación, y al final acudí a los diarios de mi bisabuelo Alphonse. Uno de ellos estaba escrito con otra letra.

Pierre le tendió un cuaderno que ella reconoció al punto, no le hizo falta mirar en su interior para saber quién lo había escrito. Cubrió su boca con las manos:

—¡Oh! —fue lo único que logró articular.

Lloró como una niña.

Marie abrió el diario y a las primeras frases ya vio que estaban escritas por su amiga, sólo que, al menos, cien años atrás. Las hojas amarilleaban, algunas aparecían raídas, las cubiertas habían sufrido la humedad de decenios, la tinta parecía desgastada y desprendía un aroma a rancio que provocaba estornudos a Jean. Abrazó a su amiga y lloró con ella.

—¿Cómo puede ser...? —intervino Jean—. Es como un milagro, ¿no?

—No existe viaje en el tiempo sin paradoja que afrontar —reflexionó Pierre.

—Jeanette ha viajado en el tiempo —resopló Marie.

—En efecto, esto lo prueba. La evidencia es irrefutable —confirmó Pierre.

Jeanette se levantó e hizo una llamada desde su móvil:

—Sí, ya tengo claro el nombre del álbum: *Bluebell*, y quiero constar en los créditos como Bluebell. Exacto. Comunicadlo a los medios también, ése es y será mi nombre artístico. ¿Te parece bien? Excelente, lo celebro. Fantástico, mañana en el estudio, sí. Buenas noches. Yo también te quiero.

—Me gusta —aprobó Marie.

—Sí, a los chicos de la banda también.

—Tiene sonoridad y garra —se sumó Jean.

—Como tú —animó Pierre.

—Fue el nombre que me puso Paul cuando yo no recordaba quién era.

—El nombre que sólo un enamorado le pondría a su amada. — Melancólico, Pierre desató su imaginación.

—¿Y qué hay del concierto de Carnaval? —se interesó Jean por cambiar de tema.

—¡Sólo queda un mes! —chirrió Marie.

—¿Es el martes de Carnaval? —preguntó Jean.

—En efecto, y me fastidia que sea privado, para agasajar a la gente de la discográfica —respondió Jeanette.

—¿No va el club de fans también?

—Sí, algunos miembros van.

—Mujer, pero si es muy excitante. Una cena de gala con baile tras el concierto, al estilo veneciano; me muero de ganas.

—¿Con todo el mundo disfrazado? Me parece una mascarada absurda del presidente de la discográfica, que es un caprichoso.

—Ayyy, no te comportes como una diva, por favor.

Jeanette rio.

—Perdona, no quería que sonara así.

Pierre llevaba ensimismado mucho rato, y, siguiendo su línea de pensamientos, que para nada conectaba con la conversación, saltó:

—No me habéis dejado acabar. Escuchadme, os lo ruego, porque si lo del diario os ha impactado, lo siguiente os va a dejar patidifusos. Como os decía, me obsesioné y quise comprobar qué clase de reforma podría haber dado al traste con el espejo. Fui al *château* e inspeccioné la habitación con la intención de encontrarlo. ¡Y lo encontré! Me fijé en unos pequeños tornillos pintados, los examiné a fondo, los había arriba y abajo. Descubrí que la pared era de madera y supuse que se trataba de un panel superpuesto. Entonces me tomé la molestia de desatornillar, y lo siguiente que ocurrió fue que....

—¿Qué? —preguntaron los tres a la vez.

—Que casi se me cae encima. Pero no, tranquilos, no sufrí ningún daño. Lo retiré y descubrí la famosa moldura del espejo, sin espejo. En su lugar, una chapuza. Levantaron un muro improvisado y mal. Pero lo importante es que la moldura conserva la cerradura, la vi y la toqué. Yo le daría una oportunidad a esa llave, ¿sabes?

Jeanette se tocó el colgante de un modo instintivo. Ya hacía tiempo que no se la descolgaba para nada del cuello.

—Quizá todo obedezca a la razón más sencilla. Quizá él necesite la llave para abrir la puerta dimensional —prosiguió Pierre.

Una luz empezó a abrirse camino en la mente de Jeanette.

—No puedo abrirla yo porque estoy en su futuro. Debe abrirla él desde el pasado. La jeringuilla...

—¡Equilicúa!

—Debo ir ahora mismo.

—También debes aceptar la posibilidad de perder la llave para siempre, y significa mucho para ti —observó Pierre—. Puede que la puerta dimensional haya perdido su fuerza, ha podido desaparecer. En ese caso, él no podrá pasar y tú habrás perdido ese tesoro.

—¿Y qué otra cosa podría hacer?

—Ninguna, me temo.

—¿Vamos?

—Porque esperar hasta mañana resultaría una petición demasiado extravagante, ¿verdad? —protestó Marie.

Viendo el cuadro de caras resueltas a acudir a la cita nocturna, se levantó.

—Alcánzame la cazadora, cariño.

En la habitación del *château*, las cosas sucedieron muy rápido. Jeanette, con mano temblorosa, introdujo la llave en la cerradura de la moldura. Al principio no ocurrió nada.

—Prueba otra vez —la animó Pierre.

Todos contenían la respiración, expectantes. Ella volvió sobre la cerradura, oyó un imperceptible clic, tiró y se abrió una pequeña ranura. Muy pequeña.

—No es suficiente —gimió Jeanette.

—Alto, para, no debe romperse —advirtió Pierre.

—Es el peso de la piedra del relleno, no se puede hacer nada —comentó Jean.

—Tranquila, preciosa —la animó Pierre—, así será suficiente. Piensa que luego debemos dejarlo todo como estaba. Calma, y haz lo que tienes que hacer.

Jeanette había añadido una nueva y última entrada en el diario: «Sigue siempre el rastro de las *bluebells* y me encontrarás. Te espero porque te amo más allá del tiempo. Tu Bluebell». La concluyó con la fecha de aquel día.

Depositó la llave en esa parte del diario, lo cerró y lo envolvió con el pañuelo de encaje con la «J» bordada. Había cosido un ramillete de campanillas azules. Introdujo el paquete en la ranura y miró a sus compañeros. Pierre y Jean encajaron la moldura y le dieron unos golpecitos de martillo

para que no se saliese. Luego colocaron el panel de madera y ajustaron sus correspondientes tornillos. Todo había vuelto a su lugar, o tal vez no.

—Ahora, a esperar, preciosa. —Pierre la rodeó con un brazo protector.

Salieron del *château*, coreados por el canto de los grillos, diminutas luciérnagas los acompañaban por el camino, pero la noche pronto disipó sus siluetas.

El concierto acústico de Carnaval fue un rotundo éxito. Aunque Jeanette ya no disponía de su amuleto para armarse de valor, pensó en la llave, la visualizó y la sintió en su cuello como si aún la llevara, y ello le sirvió para lanzarse al escenario como una auténtica fiera. Dejó a su público, como acostumbraba, estupefacto, aturdido, electrizado y enfervorecido. La concurrencia cantaba los estribillos desgarrándose cuerdas vocales y gargantas, y ella, diosa del escenario, lucía poderosa, hermosa y celestial.

Al fondo, semioculto por una columna, alguien disfrutaba en calma del concierto y de la ardorosa entrega de los asistentes. Las luces, la música y los movimientos lo tenían hipnotizado, pero sin duda quien palpitaba en sus pupilas y en su corazón era ella. La palabra «fascinación» se quedaba corta para definir la tempestad de sensaciones que lo asombraban. Nadie reparaba en él. No se había disfrazado a la veneciana, pero vestía un traje antiguo y una bella máscara de raso negro ribeteada en blanca. Era muy alto, y rubio, peinaba su corta melena hacia atrás, y una barba a medio crecer enmarcaba su afilado mentón. Se había infiltrado en la comitiva del *catering* para conseguir entrar. Al principio, se sintió aturdido ante tamaña explosión sensorial, pero cuando se concentró en ella, la calma brotó en su espíritu y ya no lo abandonó.

—Y ahora, damas y caballeros —la voz del presentador había inundado el salón—, dará comienzo el baile. Disfruten y recuerden que la barra está a su disposición.

Todo cambió de repente, se apagaron los focos, se encendieron las arañas. Una orquesta empezó a tocar un minué. Y la gente se disgregó por grupos. Nadie bailaba, y la mayoría se había apiñado en la barra. Dos jovencitas pasaron junto al hombre misterioso, entre codazos y risitas. Regresó una a la carrera y le tendió un papel con un número muy largo escrito. El hombre, sin saber qué hacer con él, lo dejó sobre una repisa. No se movió mucho de donde estaba, pero deambulaba. Fue al dar la enésima vuelta cuando la vio, de espaldas. Rodeada de gente, deseosa de marcharse, o eso parecía. Se había cambiado, vestía un traje de raso carmesí con encaje negro que realzaba su estrecho talle. Su hermoso cabello rojo recogido en una alta cola le caía en cascada sobre el esbelto cuello, una corona de campanillas azules lo sujetaba. Sus hombros, al descubierto, reclamaban la caricia de unos labios ardientes. El grupo se despidió entre besos en las mejillas y risas agradables, y ella se volvió con la mirada perdida. Entonces la fijó en él. Lo había visto. Sus miradas se cruzaron y ya no se separaron. Avanzó unos pasos y se detuvo, tal vez incrédula. Bajó los párpados y los volvió a subir. Siguió adelante. La música sonaba y entre ellos no había nadie más. Ahora fue él quien caminó sin detenerse hasta situarse frente a ella.

—¿Me concedería el honor? —le pidió.

Jeanette, estupefacta, accedió sin apartar la mirada. Él le besó una mano, la tomó y abrió la palma de la otra. En ella sostenía la pequeña llave con las piedras preciosas. Colgaba de una cadena plateada, con la que le rodeó el cuello en un delicado gesto. Cuando sintió los dedos sobre la piel de su cuello, Jeanette perdió el mundo de vista; tan sólo podía sentirlo a él, dentro y fuera de su ser. Vio sus ojos azul zafiro brillar enamorados, aspiró el aroma a cedro y a cuero, cerró los suyos, recostó la cabeza sobre su hombro, se sintió envuelta por la calidez de aquella piel, ambos corazones latieron juntos, se sintió protegida, y sus ojos se inundaron, y aunque trató de frenarlas, las lágrimas se escaparon. Bailaban.

Nada de esto pasó desapercibido para la prensa, que les dedicó toda la

atención de sus *flashes*. «¿Quién era el amor desconocido de Bluebell?» Tenían tema para meses.

Marie y Jean, desde el otro extremo del salón, se fijaron. Ella casi sufrió un ataque de histeria.

—¡Qué subidón, por el amor de Dios! —chillaba al abrazar a su hombre.

—Es que no puede ser, por fuerza ha de ser él. Qué pasada... —Jean, atónito, no podía dejar de mirar en aquella dirección.

Pierre llegaba con bebidas para todos en ese momento. Cuando se percató y lo entendió, lanzó las bebidas y se unió al abrazo.

—Callaos, esto es nuestro secreto —decía en voz baja y atragantada por la emoción.

Bluebell y el desconocido seguían bailando, pero la pista ya se había llenado con otras parejas. Un maestro de ceremonias trataba de organizar una danza de época, de modo inútil, porque era ignorado por todos. La gente se divertía, cada cual con sus círculos.

Paul tomó el mentón de Bluebell y lo alzó hasta que ella volvió a mirarlo. Le sonrió y la besó con una dulzura que le cortó la respiración.

—*Je t'aime, ma femme inconnue* —susurró.

—No puedo hablar —susurró ella a su vez, de modo entrecortado.

—Habla, por favor... Necesito el embrujo de tu voz. —Los labios acariciaban el oído de su amada.

—Temo que, si abro la boca, todo se desvanezca como el humo en el aire y acabes convertido en una efímera ilusión.

—Nada se desvanece cuando permanece en el corazón.

—Pero una extraña bruma separa tu tiempo y el mío.

—No hay otro tiempo para ti y para mí más que el nuestro.

—En sueños fue cuando te encontré, vida mía.

—Yo velaré tu sueño, *ma Bluebell*.

—Te amaré más allá del tiempo.

Entonces él la abrazó con fuerza, cerró los ojos y besó su cabello.

—Gracias —le dijo—. Gracias por regalarme tu tiempo.

—Gracias —respondió ella aferrada—, gracias por venir a buscarme.

—Y ahora, ¿adónde iremos? —le preguntó Paul, mirándola.

Los ojos verdes de Bluebell centellearon. Apreció la sutil transformación de su rostro, a pesar de la máscara. No parecía haber ningún rastro de las antiguas lesiones.

—Tenemos todo el tiempo del mundo para decidirlo. —Lo miró de un modo insoportable para él—. ¿Puedo?

Él besó su mano a modo de consentimiento y ella retiró la máscara con delicadeza. Paul sonrió, con sus labios y con sus zafiros. Bluebell tomó su rostro embelesada. Su atractivo la desarmó. Lo reconoció, aunque era la primera vez que lo veía. Era él, Paul Clermont, el alegre pianista del cuadro. El hombre velado de sus sueños tenía rostro y era real. Estaba ante ella y la contemplaba enamorado. Entonces se alzó de puntillas, él reclinó su cabeza, los labios se encontraron y la pasión desbordó sus corazones en un beso que detuvo el tiempo y disipó cualquier otra cosa que no fuesen ellos dos.

Biografía



Úna Fingal nació en Lleida en octubre de 1964.

En la actualidad vive en una ciudad costera cercana a Barcelona. Amante de la lectura y los animales, su primer cuento lo escribió a los seis años, a los siete montaba obras teatrales con cajas de zapatos, muñecas y vestuarios de papel. La fantasía ha sido siempre su lugar preferido para refugiarse. De formación audiovisual, inició su trayectoria como creadora escénica y actriz, sin dejar de escribir novelas y relatos. Es esposa, madre y abuela orgullosa y enamorada de su familia. Sus dos gatos son su locura de amor.

Música aficionada y aikidoka principiante.

En 2011 lo dejó todo para dedicarse en exclusiva a la producción literaria. En 2015 publicó *La canción del bardo*, a la que han seguido *Tú, tan lejos*, *España, la novela* y *La última frontera*.

Encontrarás más información sobre la autora y su obra en:

<https://www.unafingal.com/>

Referencias a las canciones

I Dreamed a Dream, Cameron Mackintosh Ltd., under exclusive license to Polydor Records, a division of Universal Music Operations Limited, interpretada por Anne Hathaway. (*N. de la e.*)

En sueños fue
Úna Fingal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Diseño de la cubierta: Zafiro Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta

© de la imagen de la cubierta: Shutterstock

© de la fotografía de la autora: archivo de la autora

© Úna Fingal, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edicioneszafiro.com

www.planetadelibros.com

Los personajes, eventos y sucesos presentados en esta obra son ficticios. Cualquier semejanza con personas vivas o desaparecidas es pura coincidencia.

Primera edición en libro electrónico (epub): abril de 2019

ISBN: 978-84-08-20840-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos en redes sociales!

